



CHANZY

Santiago Coll De Arredondo

CHANZY



Primera edición: abril de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Santiago Coll De Arredondo

© Alfonso Buenaventura: Foto de portada

© James Abaddon: Foto de contraportada

ISBN: 979-13-87612-58-0

ISBN digital: 979-13-87612-59-7

Depósito legal: M-9929-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi esposa y a mis hijos, en especial a mi hijo Joan Pau,
que es el corazón de la familia.*

MI BANDA SONORA

*Nou de febrer,
port de Marsella,
a l'Alger,
encara esperen.*

*Es capvespre
la mar s'esvalota.
Pressentiment
a prop de Menorca.*

*No hi ha cap llum
allà a ses roques.
Senten cruïxir
de matinada.*

*Capçanades
que són un neguit,
fins que un crit
desperta deveres.*

*Pressentiment,
un perill que amenaça,
i sa gent corre
descalça.*

*Caic a la mar,
m'agafj a una seca.
Veig un refugi
que és una cona*

*Aquí dins
me passa una vida.
Demà matí
demanaré ajuda.*

*No hi ha ningú,
un silenci que espanta,
trossos que suren
i que la mar estampa.*

*Deu de febrer,
a prop de Menorca,
a l'Alger
encara esperen.*

QUIM TORRES I LEN MESQUIDA (DELÈN)
400 milles, 17 nusos, 24 hores



CAPÍTULO UNO



—Coronel... Mi coronel... es la hora de su medicación, señor —susurró Marcel al adormilado Fiquet.

El coronel entreabrió los ojos y con una leve sonrisa respondió con voz cansada y carrasposa:

—¡Ah...! Marcel, eres tú, amigo mío.

—Sí, señor.

—¿Qué hora es?

—Son las cuatro, señor, es la hora de tomar su medicación.

—Buff —resopló el viejo—. ¡Estoy harto de la dichosa medicación! Necesito salir de este sitio.

—Ya le queda poco, señor.

El viejo militar cogió la cápsula y de un golpe de mano la introdujo en su boca, seguida de un sorbo de agua del vaso que Marcel le aproximó.

—Llámame Paul, Marcel, llevamos semanas juntos, ya somos amigos y sabes que no me gustan los formalismos contigo, y más aún llevando como uniforme un camisón —rieron los dos.

—Lo sé, señor, pero mientras sea militar es mi deber dirigirme a usted en términos militares.

El coronel Paul-Henri Fiquet tenía sesenta y cuatro años, era un tipo alto y corpulento, una antigua cicatriz que rompía su ceja

izquierda y su nariz torcida por algún puñetazo hacía que su rostro tuviera aspecto de bruto, aunque en el fondo era un hombre amable y simpático. Era originario de Remiremont, un pequeño pueblo al este de Francia, a escasos setenta kilómetros de la frontera con Suiza y Alemania. Cerca de allí estaba la ciudad de Épinal, en cuyo hospital militar llevaba ingresado un tiempo. No tenía más familia que a su madre.

Desde muy joven comenzó su carrera militar a las órdenes de Napoleón III, primero en la expansión del Imperio francés en el sureste asiático y más tarde en su propagación en África. Esa vocación castrense le llevó a ascender rápidamente en el escalafón. En su actual destacamento, con base en las posesiones coloniales francesas del Congo, había contraído la malaria hacía unas semanas, pero por fortuna para él empezó con las fiebres ya en Francia, en un permiso de descanso tras una larga temporada de incursiones en territorios del Chad. Estaba ya a punto de conseguir superar la enfermedad y pronto abandonaría el hospital para retomar el mando al frente de su batallón.

Tras el proceso de aislamiento, pasaba sus días de convalecencia en la sala de estancia prolongada del hospital, en la que, además de él, vivían en régimen de residencia dos militares retirados ya muy mayores y con un alto grado de dependencia. A esas horas de la tarde Marcel tenía por costumbre pasar unos apasionantes ratos junto al coronel, en los que escuchaba ensimismado las historias del viejo militar sobre los innumerables frentes y batallas en los que había luchado, en los incontables países y lugares indómitos en los que había estado y a los muchos personajes que había conocido. En fin, una vida repleta de increíbles anécdotas que hacían que al joven se le pasara volando el tiempo inmerso en aquellas fantásticas aventuras.

La entretenida charla de ese día se estaba centrando en el apogeo de la misión civilizadora de Francia en sus colonias africanas y en el rentable comercio con estas, principalmente a través del puerto de Marsella. Atrás habían quedado sus innumerables his-

torias sobre el Vietnam, la Conchinchina y sus cruentas batallas contra los valientes y aguerridos asiáticos.

El relato de aquella tarde se centraba en plena batalla de los doce años que concluyó con la conquista de Madagascar. Marcel estaba absorto ante las temibles guerrillas a las órdenes de la reina Ranavalona III y las sanguinarias y cruentas luchas cuerpo a cuerpo con los nativos que habían mermado notablemente al ejército francés. A menudo, en mitad de sus batallas hacía incisos para adornar sus narraciones; esta vez se detuvo a detallar algunas peculiaridades sobre la increíble fauna de la isla. Concretamente, había llamado su atención un hermoso primate de pelo grisáceo, vientre blanquecino y una larga cola anillada, en cuya cabeza, tras su negro antifaz, destacaban sus grandes ojos anaranjados: era conocido como lémur.

En eso estaban cuando, de repente, les distrajo la apertura de la puerta de la silenciosa sala. Un muchacho entró sigilosamente y se dirigió hacia ellos. Marcel le había reconocido y lo miraba extrañado, era el hijo de la vecina de sus padres.

—Hola, Pierre —dijo Marcel—. ¿Qué haces aquí?

—Verás, Marcel, tu madre me envía, debes ir a casa inmediatamente, tu padre... —le contestó el muchacho con gesto serio.

A Marcel se le transmutó la cara y miró con preocupación al coronel. Este, que había escuchado la conversación, con un movimiento de la cabeza le señaló la puerta.

—Vete enseguida, muchacho, yo me apaño solo.

—Gracias, señor.

Marcel abandonó la sala rápidamente y tras él el muchacho. Una vez fuera del hospital, aceleró el paso en dirección a su casa. Durante el trayecto no cruzó palabra con el joven, que le seguía unos pasos atrás. Al llegar a la casa, en el número 6 de la calle Charlet, Julie, la madre del muchacho que fue a buscarle al hospital, estaba en la puerta de la entrada. Tenía un gesto serio que al joven Marcel le preocupó aún más.

—Están en el dormitorio, con el doctor Toussen.

El doctor Toussen era uno de los médicos de cabecera que acudía a los domicilios y Marcel le conocía desde crío. El chico entró sigilosamente en la penumbrosa habitación donde estaba su madre, Marie-Josephe. Esta, al ver a su hijo, le recibió con la mirada apenada y compasiva, anunciándole el fatal desenlace. Marcel fijó la vista en el rostro de su padre, que yacía en la cama; junto a él estaba el médico recogiendo ya sus utensilios y metiéndolos en el maletín.

—Le ha fallado el corazón, Marcel. Lo siento —dijo el doctor al abandonar la habitación, dándole una palmada cariñosa en el hombro al pasar a su lado.

El joven apenas contestó al doctor más que con una simple mirada de sorpresa. Marcel se acercó a la cabecera de la cama arrodillándose a la altura de su padre. La triste visión de aquel rostro se enturbió con las lágrimas que empezaron a brotar de sus ojos. Su madre se le acercó por detrás y, poniéndole la mano en el hombro, intentó consolarlo. No hicieron falta palabras.

La tarde estaba gris sobre el cementerio de Épinal. Marcel, que vestía su uniforme militar de gala, estaba en pie frente al féretro de su padre, a un lado tenía a su madre y al otro a su hermana Catherine, que había venido desde Le Havre junto a su marido, Paul. Con la mirada perdida sobre el ataúd, sus cavilaciones apenas le dejaban percibir el murmullo del capellán que estaba leyendo el responso de despedida. Junto a ellos estaban Julie y varios amigos y familiares.

Tras el entierro, abandonaron el cementerio en un lento paseo entre cipreses y crucifijos. Por un lado iba la hermana y su marido, y un poco más atrás caminaba él junto a su madre, a la que abrazaba cariñosamente con su brazo sobre los hombros.

Durante la conversación, Marie-Josephe le dijo que pensaba irse a vivir a Le Havre con su hija y su yerno, que no quería seguir viviendo en esa casa sin su padre.

—Me parece bien, madre, yo seguiré aquí un tiempo hasta que me licencie, después ya veré.

Marcel Henri Emile Bodez tenía veintidós años de edad, había nacido el 14 de julio de 1886 en Épinal, ciudad francesa a orillas del Río Mosela, en el departamento de los Vosgos, cerca de la frontera con Alemania. Un chico alto, moreno, de ojos verdosos, con el pelo cortado a lo militar; le gustaba llevar su fino bigote, el cual, a pesar de su edad, no era muy abundante. Había completado el Bachiller de Letras y Filosofía, y actualmente cumplía el servicio militar en el hospital castrense, donde su amistad con el coronel se iba afianzando día a día. Al mismo tiempo, siguiendo los pasos de su padre, estaba preparando oposiciones como agente de aduanas.

La vida continuaba y los días iban pasando. En el hospital, envueltos entre el sigilo de la tranquilidad, el olor a desinfectante, a medicación..., a persona, las entretenidas charlas entre los dos amigos se desarrollaban en un ambiente de complicidad. El coronel era un narrador excepcional y en esos ratos tenía al joven ensimismado con sus relatos. Cuando no contaba historias y anécdotas, charlaban de temas militares o temas culturales y también, cómo no, de temas personales.

—Y dime, Marcel, ¿cómo llevas el tema de amoríos, tienes novia o una amiga especial...? —preguntó el viejo coronel con mirada pícara intentando sonsacar al joven.

Marcel se ruborizó, no esperaba esa pregunta por parte del coronel, pero se atrevió a contarle el asunto que le traía de cabeza esos días:

—Vaya, coronel —contestó titubeante el joven—. Verá, estas semanas me tiene inquieto una chica preciosa.

Con expectante curiosidad, el viejo militar se incorporó sobre un costado, apoyando su codo en la almohada: quería, necesitaba olvidar sus cosas. Abriendo sus oscuros ojos y subiendo las cejas, cabeceó afirmativamente, incitando al chico a que diera paso cuanto antes al relato, quería que se lo contara todo con pelos y señales.

Hacía un par de semanas había aparecido en la biblioteca donde estaba preparando sus oposiciones una chica a la que Marcel no

había visto nunca. Él estaba entre sus libros de comercio exterior, de geografía, de matemáticas... apuntes, lapiceros... y, a eso de media mañana de un lunes, el silencio del estudio fue alterado por el sonido de unos tacones. Aquel ruido desvió la vista de sus libros y observó tras esos pasos a una muchacha que entraba en la sala. Esta saludó a la bibliotecaria y avanzó decididamente a ocupar un puesto vacío cercano al suyo.

Era una chica alta, morena, de melena larga, la cual recogió en una coleta con una cinta, dejando su rostro despejado e iluminado por la lamparita de su escritorio. Su rostro esclarecido mostró sus bonitas facciones: grandes ojos bajo unas finas cejas y una nariz perfecta. En su boca se apreciaba la parte incisal de sus dientes anteriores, enmarcados por grandes labios rojos. A Marcel le pareció la chica más bonita del mundo. Ella enseguida se puso a su tarea, ignorando todo lo que la rodeaba. Marcel, en cambio, no podía apartar la vista del rostro de la chica. Ni los cálculos matemáticos, ni los mapas, ni nada podía apartarle de su maravillosa imagen.

La mañana avanzaba, la chica seguía a lo suyo y Marcel, a lo suyo. «¿Qué debe estar haciendo en la biblioteca? ¿Se preparará para unas oposiciones como yo? ¿Recopila información...?», se preguntaba él. A lo largo de la excitante e intrigante mañana, la chica se levantó varias veces para consultar algunos libros, lo cual incitaba aún más su curiosidad.

Al final de la mañana, la exigua concentración del chico se vio de nuevo perturbada por un nuevo movimiento de la muchacha que daba por finalizada su jornada. Recogió sus libros, soltó su melena y se levantó para abandonar la sala. Marcel la siguió con la vista hasta que desapareció tras la puerta. Su cabeza seguía enfrascada en descubrir quién era esa chica, qué hacía allí, en lo guapa que era... Definitivamente, se estaba enamorando. Esa mañana avanzó poco, casi todo el tiempo estuvo pendiente de ella. Poco después también llegó el fin de su jornada. Recogió sus herramientas de estudio y abandonó la sala tras despedirse de la bibliotecaria. Al salir del edificio miró entre las gentes que había en la calle por si

podía encontrar de nuevo a la muchacha. «¿Cómo se llamará? ¿Será de aquí? ¿Dónde vive?». Su cabeza seguía dándole vueltas.

—¿La encontraste? ¿Qué pasó, qué te dijo? —interpeló ansiosamente el coronel.

No, no la encontró.

El nuevo día se presentaba emocionante. «¿Vendrá hoy?», se preguntaba ansioso. A las nueve, Marcel acudió a su cita... ¿Su cita con quién, con sus libros o con ella? La verdad es que la segunda opción le atraía más. Ocupó su sitio como los días anteriores y organizó su puesto para empezar la jornada. Ni rastro todavía de ella. «¿Vendrá?». Esa incógnita agitaba su mente y le distraía de sus estudios.

Estaba nervioso, cada minuto que pasaba hacía que su corazón latiera más fuerte. Por fin se abrió la puerta y... no, no era ella; su corazón seguía alborotado, hasta incluso podía oírlo. «¡Vaya, a ver si no vendrá nunca más!». Intentando dejar a un lado su estimulante deseo, procuraba centrarse en sus cálculos. El silencio reinaba en la sala, tan solo el paso de las hojas o algún ligero tosido lo perturbaba; el suave aroma del perfume de la bibliotecaria mezclado con el olor a libros envolvía el ambiente...

De repente entró ella. Ahí estaba, aún más bonita de lo que la recordaba. Esa mañana llevaba un vestido azul ceñido a su cintura por un cinturón blanco. Penetró en la sala y ocupó el mismo puesto que el día anterior. Se puso a lo suyo sin distraerse de su cometido ni un solo instante, ni le miró, ni siquiera había notado su presencia. Marcel seguía a lo suyo: a contemplarla, a hacer planes con ella. Sus quehaceres quedaron de nuevo abandonados, otra mañana perdida, o no, ¿quién sabe? La mañana llegó a su fin y al terminar su tarea, al igual que el día anterior, ella le volvió a abandonar.

Así, de esa misma y estimulante manera, pasaron varios días en los que siguió ignorando la presencia de Marcel. Él, en cambio, seguía perdiendo el tiempo haciéndose montones de preguntas sobre ella, cuestiones que no se atrevía a hacerle y que, por supuesto,

seguían sin respuesta. Las cosas tenían que cambiar. «Tengo que hacer que me vea, tengo que decirle que me gusta, tengo que...», se pasaba el día cavilando sobre el tema. Estaba dispuesto a armarse de valor y acercarse a ella, pero ¿cómo? «Yo no soy muy experto en estas cosas y no sé muy bien cómo hacerlo». No paraba de tramar. «Mañana, cuando entre en la sala y se siente en su puesto, me dirigiré a ella y me presentaré, le diré que llevo varios días aquí compartiendo biblioteca, que me he fijado en ella y me gustaría conocerla». Estaba decidido, ese iba a ser su día, esa mañana la conocería y por fin sabría su nombre.

—Cuenta, cuenta —instaba el coronel.

Al día siguiente, la mañana empezó antes de lo normal. Se levantó de la cama hartado de dar vueltas por culpa de los nervios, desayunó apresuradamente y salió de casa hacia la biblioteca. Tomó su puesto y organizó de nuevo sus herramientas para empezar a trabajar. «En cuanto se siente me acercaré a ella, tengo que saber quién es, cómo se llama, dónde vive...», se repetía obsesivamente.

«Hola, soy Marcel. Vengo aquí cada mañana, estoy preparando oposiciones para agente de aduanas. Estos días te he visto por aquí y no puedo apartar mi mirada de ti, la verdad es que me gustas mucho y he decidido que tenías que saberlo», pensó en decirle mientras su corazón latía a toda velocidad. Entonces, la hermosa mirada de ojos oscuros de la chica se clavaría en él. Su perfecta sonrisa haría que el gesto de su cara descubriera dos hoyuelos en sus mejillas que la hacían aún más bonita. Marcel sería el hombre más feliz del mundo, ¡ella le habría correspondido!

De repente, el ruido de la puerta de la biblioteca le rescató de sus ilusionantes planes: no era ella. Durante toda la mañana se fue abriendo aquella esperanzadora puerta sin que ella la atravesara. Desde entonces han pasado ya varios días y ni rastro de ella.

—¿Cómo que no ha aparecido? ¿Y no has averiguado quién es? ¿No la has buscado? —interrogaba desconcertado el coronel sin querer aceptar la rendición de su amigo.

—Pues no, no he conseguido averiguar quién es. La bibliotecaria tan solo la había visto unos días y, como no se había llevado algún libro, no sabía ni su nombre, que tan solo le sonaba de vista...

—Pero bueno, Marcel, alguien tendrá su nombre en la biblioteca o en la portería tendrán alguna acreditación... algo, digo yo.

—Alguien debe saberlo, pero no he sido capaz de dar con ella —respondió con gesto contrariado.

A mediados de abril, durante una de sus largas conversaciones, Fiquet le anunció que le habían dado el alta y que volvía a África; esa misma tarde abandonaría el hospital.

—Querido amigo, en un par de días vuelvo a mi compañía.

—Vaya, no creí que se fuera a ir tan pronto —respondió contrariado.

—Pues sí, necesito salir ya de este lugar e irme a mis aventuras —sonrió—. Antes de irme a África pasaré a despedirme de mi madre y en un par de días salgo desde Marsella.

—Le echaré de menos, señor.

—No sé si nos volveremos a ver, pero te deseo mucha suerte en esta vida. Espero en primer lugar que apruebes tus condenadas oposiciones —rieron los dos— y, sobre todo, que encuentres a tu chica. Esperaré ansioso tus noticias, ya sabes a dónde escribirme.

—Ha sido un honor para mí conocerle, señor; espero volver a verle en cuanto vuelva de permiso —le dijo un tanto emocionado Marcel.

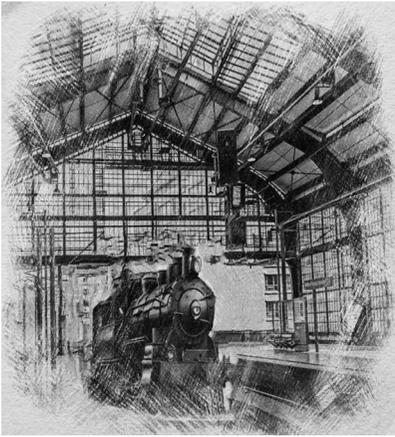
Durante ese verano, el joven siguió compaginando su servicio militar en el hospital con sus intensas jornadas de estudio en la biblioteca preparando sus oposiciones. Continuó viviendo en la casa paterna, donde sus tareas domésticas contribuían a concluir el agotador día a día. Poco tiempo le quedaba libre y tan solo los fines de semana podían verse con sus amigos, la mayoría de los cuales trabajaban en la industria textil, que era la base de la economía de la

ciudad. Solían salir los sábados por la tarde a pasear y a tomar algunos vinos. Al mismo tiempo, e inconscientemente, siempre estaba al acecho de volver a cruzarse con la chica de la biblioteca, la chica que le había robado el corazón. Aun así, ni rastro de ella.

A principios de septiembre de ese mismo año, Marcel se licenció del servicio militar y aprobó por fin las oposiciones como agente de aduanas para las que llevaba meses preparándose. Una vez conseguidas, tenía que establecerse en París unos meses para completar su formación.

Tras unos días para cerrar la casa y atar unos asuntos, quedando pendiente de solucionar el de la identidad de la misteriosa chica de la biblioteca, decidió ir a ver a su madre en Le Havre antes de viajar a la capital francesa.

CAPÍTULO DOS



Ya con vestimenta de paisano y una gran maleta con todas sus pertenencias, caminaba por una callejuela de Le Havre en dirección al domicilio de su hermana, en el 95 de la calle Normandie. Allí esperaba su querida madre, a la que tanto había echado de menos, aunque desde su partida la correspondencia les había mantenido unidos.

Al llegar a la casa, su madre, que ya le había visto venir a través de la ventana, salió a su encuentro; en silencio se unieron en un emotivo y cariñoso abrazo.

Entraron en la casa y se sentaron alrededor de la mesa de la cocina. Dos humeantes tazas de café con leche presidían una entretenida charla sobre sus vidas en esos últimos meses. Marcel le contó que había dejado la casa familiar cerrada y que le había dejado una llave a Julie por si acaso. También comentó que había recibido una carta de su amigo el coronel Fiquet ya desde su destino, contándole que se había recuperado totalmente y que agradecía sus cuidados y su amistad.

Durante la conversación, el chico le dijo a su madre que se trasladaba a París, que había aprobado las oposiciones a agente de aduanas y que se incorporaba enseguida a la central en la capital francesa.

Su madre le miró con gesto comprensivo:

—Lo entiendo, Marcel, debes emprender tu destino y esa es tu elección. Si tú crees que eso es lo mejor para ti, adelante.

—Sí, madre, creo que ahora es lo que más me apetece y es lo mejor para mí. Me atrae la idea de una gran ciudad, París...

—Sabes que te echaré mucho de menos.

—Ya lo sé, madre, yo también la echaré de menos.

En un futuro próximo, tras el periodo de formación en la central, la intención del chico era intentar conseguir como destino la agencia de aduanas de Épinal, en la que su padre había trabajado durante tantos años; de este modo, también podría estar cerca de sus amigos y, quién sabe, quizá encontrar a su chica de la biblioteca.

Sentados tras sus humeantes tazas, charlando tranquila y cariñosamente el uno frente al otro, el sonido de la puerta les distrajo de sus cosas: era su hermana, Catherine. Marcel se levantó sigilosamente; haciendo un gesto a su madre con el índice perpendicular a sus labios en señal de silencio, se escondió tras la puerta de la cocina. La chica llamó a su madre mientras dejaba su abrigo en el colgador de la entrada. La respuesta cómplice de su madre provino de la cocina. Hacia allí se dirigió en su busca, ya que tenía que comentarle ansiosamente que había encontrado trabajo como dependienta en una tienda de modas muy importante y que... ¡Uaaaaah! Un grito tras ella, acompañado de dos golpes índices en los costados de su cintura, hicieron que soltara un fuerte grito y que un espasmo erizara el vello de su piel. Se giró a toda prisa para comprobar el autor de aquel atropello en su propia casa. Enseguida reconoció la carcajada de su hermano acompañada por la risa de su madre, que no se resistió a la escena, a pesar del rostro desencajado de su hija. Los dos chicos se abrazaron con cariño ante los ojos melancólicos de su madre, que los miraba con ternura.

Tras el reencuentro, los tres tomaron asiento alrededor de la mesa y fueron contando sus novedades. Fue mucho el rato que pasaron allí entretenidos, repasando, recordando, haciendo planes... En una de esas, Catherine les guardaba una sorpresa; si la del nue-

vo trabajo era buena, esta otra les iba a sorprender aún más: ¡estaba embarazada! Esperaba su primer hijo para finales de febrero y eso colmaba de dicha e ilusión a la pareja. La noticia llenó aún más de alegría a su madre, que la cogió de las manos fuertemente confirmando su felicidad.

Así pasaron el resto de la mañana, allí sentados, aislados de todo, entre sus cosas, y de vez en cuando en las de los demás. No faltó algún chisme traído por Marcel desde Épinal y al que las dos mujeres pegaban bien el oído para no perder detalle. El chismorreo local no tenía mucho fervor en el chico, dado que sus protagonistas le eran desconocidos y no llegaba a discernir la importancia o no de esos cotilleos.

A mediodía, a la espera de la llegada de Paul, prepararon la mesa para comer. Durante el transcurso de la comida siguieron conversando apaciblemente, sin prisas. La copa de licor posterior al café se alargó hasta media tarde charlando y charlando, poniéndose al día en todos los temas. En uno de esos lances, Catherine ofreció a Marcel pasar la noche con ellos. Este había reservado una habitación en un hostel y su hermana no quería que pernoctara en un lugar frío, teniéndola a ella y a su madre allí; además, en la casa tenían una habitación libre, de momento, claro está. ¿Cómo iba a pasar esas noches apartado de su madre, a la que llevaba tanto tiempo sin ver?

Marcel pasó el resto de la semana en Le Havre. Durante esos días aprovechó para descansar y conocer un poco la ciudad.

—La echaré de menos, madre, vendré a verla a menudo. ¡No crea que se va a librar de mí tan fácilmente! —sonrió el joven abrazándola con cariño.

El domingo por la mañana, tras despedirse de su madre, subió al tren que le llevaría hasta París. Ese mismo lunes comenzaba su nueva vida.

Ya en París, a finales de septiembre de 1909, llegó el día de su incorporación a la central para su periodo de formación. A las nueve menos cuarto de la mañana, en pie frente a la entrada del edificio de la Administración Central de Aduanas, observaba la fachada del enorme edificio en el que empezaba su nueva etapa. Marcel penetró tímido y sigiloso en la ruidosa y dinámica gran sala de la primera planta, que estaba repleta de escritorios y funcionarios enfrascados en sus intrincados trámites. Un trajín de gentes y agentes iban sorteando al joven, que miraba absorto semejante espectáculo. Separadas por un ancho pasillo central, decenas de mesas alineadas en columnas se distribuían en la sala rectangular. Al lado diestro de la sala había una serie de pequeños despachos acristalados y en la puerta de cada uno se podía leer el nombre de la persona que lo ocupaba y el cargo que ostentaba.

Marcel abrió el papel que llevaba entre sus temblorosas manos. En él figuraba un nombre escrito: «M. Georges Duraz. Jefe de Personal».

Enfiló el pasillo en el que estaban esas oficinas acristaladas y buscó en cada puerta hasta dar con el titular que coincidía con su nota. Tocó a la puerta. En su interior un hombre alzó la mano y con un gesto le invitó a entrar. Marcel entró tímido con su gorra entre las manos.

—Buenos días, señor —dijo Marcel.

—Adelante, adelante. Usted dirá, caballero.

—Verá, señor, soy Marcel Bodez. Me dijeron que me presentara a usted para incorporarme.

—¡Ah! ¡Bodez! Sí, sí, le estaba esperando. Siéntese, por favor.

Marcel se sentó frente al escritorio de M. Duraz. Este sacó un dossier del archivador que tenía a su izquierda y lo depositó sobre su mesa. En la portada de la carpeta figuraba la numeración IC-26431.

—Aquí está —dijo Duraz—: Marcel Henri Emile Bodez, nacido el 14 de julio de 1886 en Épinal, tiene usted actualmente veintitrés años... Hijo de Charles-Augustin Bodez y Marie-Joséphé Octavie Brunin, ¿correcto?

—Sí, sí señor, así es.

Duraz siguió leyendo a media voz durante un instante y al finalizar cerró el expediente.

—Bueno, señor Bodez, empecemos si le parece bien. Sígame y le acompañaré hasta su mesa, le explicaré cómo vamos a empezar la tarea.

Georges Duraz rondaba los treinta años, era un tipo muy simpático, educado, divertido y amable; mediana estatura, moreno, con el pelo siempre arreglado y un cuidado bigote, un tipo realmente elegante y atractivo. Desprendía un ligero olor a un agradable perfume. A los pocos años de su llegada a la central fue ascendido a jefe de Personal, dada su pericia en el trato directo con la gente. Duraz estaba ennoviado con una guapísima chica argelina, Sarah, hija de un diplomático al que habían destinado de nuevo a Argelia tras unos años en París. En unas semanas la chica acompañaría a sus padres a su nuevo destino en el norte de África.

En la central había una sección, de la cual formaba parte Georges, en la que se preparaba a los nuevos agentes para pasar a formar parte de la gran cantidad de agencias aduaneras que el Estado francés tenía repartidas por todo el territorio y por todas sus colonias, que en esa época eran muchas. Aparte de tutelar a las nuevas incorporaciones en sus inicios en la actividad como agentes aduaneros y en el papeleo que todo ello suponía, Georges les ayudaba a la hora de su acomodo en la ciudad y les echaba una mano para solucionar posibles problemas de adaptación.

Enseguida, los dos muchachos entablaron amistad. Era fácil, Duraz trataba a los recién llegados con mucho respeto y cordialidad, ganándose desde un principio su confianza. No tardaron mucho tiempo en reforzar su amistad y verse fuera del trabajo. De la mano de Duraz y su prometida, Marcel conoció la lujosa vida de París, acudiendo juntos a teatros y casinos, cenando en los mejores restaurantes y viviendo experiencias impensables para él apenas unas semanas atrás.

Las mañanas las tenía ocupadas en la central, pero las tardes en las que no tenía planes con Duraz se le hacían largas e inter-

minables. Las primeras semanas había recorrido el viejo París, sus tiendas, sus edificios, sus monumentos, museos..., pero se cansó. Buscó algún pasatiempo para aliviar esos largos ratos y encontró entretenimiento durante unas horas a la semana como voluntario en un antiguo seminario del centro de París. Allí, el obispado se había propuesto recuperar unos espacios para acondicionar un pequeño museo donde albergar montones de objetos de diferentes iglesias ya cerradas y otras curiosidades donadas por algunos fieles. Su tarea principal era desempolvar unas salas repletas de muebles y estanterías llenas de libros, de documentos y de innumerables objetos. Huroneando entre el desorden, iba hallando auténticas maravillas empolvadas y abandonadas durante años. Esas cosas de las antigüedades le fascinaban.

Marcel, que se había acostumbrado rápido a la vida en París, se sentía cautivado por el encanto de sus callejuelas y sus maravillosas tiendas de todo lo imaginable. Con su primer sueldo compró un precioso sombrero a su madre, a la que solía escribir a menudo contándole sus vivencias en la gran ciudad: le hablaba de su trabajo, de Georges y de Sarah, sobre lo fascinante de las reliquias del seminario, de museos, de teatros, de sus nuevas degustaciones en restaurantes de diferentes tipos de cocina... La vida del joven epinaliense cambió totalmente, acostumbrado a la tranquilidad de su pequeña ciudad, de repente, París... Eso sí, el vertiginoso ritmo de vida junto a Duraz impedía que ahorrara algo de su sueldo.

Por otro lado, su trabajo en la central cada vez iba mejor y se adaptó perfectamente a sus nuevos compañeros, a los que pronto cogió el ritmo de trabajo. Los días pasaban, los trámites se le daban bien, los expedientes, informes..., todo aumentaba su experiencia bajo la supervisión, y a veces algo más, del que para entonces era ya su protector y amigo, Georges Duraz. En pocos meses estuvo preparado para dar el salto ya como agente y así se lo había insinuado Duraz: «Vete haciéndote la idea de que... bueno, aquí no hay vacantes y esto no va a ser eterno...».

A principios de enero, trabajando en su mesa perdida en medio de la enorme sala, estaba enzarzado en uno de sus retorcidos cálculos sobre el gravamen de impuestos a un cargamento de material alimenticio importado desde el continente americano cuando, relleno de documentos y revisando normativas, sobre su escritorio, al lado del documento sobre el que estaba escribiendo, cayó un sobre blanco. Marcel detuvo lo que estaba haciendo y se giró para ver quién era el portador. Tras él estaba Duraz con una sonrisa de oreja a oreja. Con un gesto de su cabeza señaló el sobre:

—Anda, ábrelo.

Marcel se volvió hacia la mesa y lo cogió entre sus manos. En el anverso ponía su nombre. Manteniéndolo entre sus manos, se dirigió a Duraz.

—¿Un aumento de sueldo? ¡Me irá de fábula! Jajaja —rieron los dos.

Marcel lo abrió, sacó una hoja de papel y, entre temor y emoción, la desdobló lentamente. Encabezando la carta, su número de funcionario; a continuación empezó a leer:

Por la presente informo a M. Marcel Henri Emile Bodez que le ha sido asignado su próximo destino a la oficina de aduanas de Nemours, región de Orán, Argelia, a la que se deberá incorporar el 15 de febrero del presente año».

Firmaba la carta M. Delanney, director general de aduanas francesas.

Marcel se quedó paralizado con las cejas arqueadas y la vista clavada en aquellas líneas. Duraz, que le estaba observando, empezó a reírse a carcajadas:

— ¡Jajaja! ¿Pero qué te pasa, Bodez? ¡Anima esa cara, hombre!

A Marcel le costó reaccionar y, saliendo de su aturdimiento, miró aterrado a Duraz...

—Tranquilo, hombre —le dijo Duraz—. No viajas solo, yo me voy contigo, aunque yo voy a Mostaganem; estaremos a unos dos-

cientos cincuenta kilómetros, pero nos seguiremos viendo a menudo, no te preocupes.

A Marcel le cambió el gesto de terror a sorpresa y dibujó una leve sonrisa.

—He pedido el traslado a Argelia —dijo Duraz—. Sarah me espera; durante estos días que ha estado aquí lo hemos decidido. Cuando llegue nos casaremos y enseguida formaremos familia. Si con el tiempo Argelia no me gusta, siempre puedo pedir otro destino, pero ahora lo que más me importa es Sarah.

Al cabo de unos días de la noticia, a principios del mes de febrero, Marcel viajó a Le Havre a visitar de nuevo a su madre, con la que hacía poco había pasado sus vacaciones de Navidad. Al llegar a casa, la abrazó, la besó repetidas veces y la miró con ternura y emoción. Marcel adoraba a su madre y sabía que durante un largo tiempo no volvería a verla.

Sentados de nuevo alrededor de la mesa de la cocina, donde tantas horas pasaba su madre cosiendo, haciendo punto o, simplemente, leyendo, Marcel le anunció su partida.

—Madre, me han destinado a Argelia, al norte de África, a Nemours. No se preocupe, no me voy solo, me acompaña mi amigo Georges, ya sabe, el chico del que le he escrito a menudo y que tanto me ha ayudado en París. Quiere casarse con su novia y ha pedido su traslado a Argelia.

El rostro de su madre estaba serio, no le gustaba la idea de que su hijo se fuera tan lejos. La sola idea de pasar largas temporadas sin verle le entristecía.

—¿Cuándo te vas? —preguntó seria su madre.

—Mañana viajo París y el lunes partimos ya hacia Marsella para embarcar el día 9. Tengo que incorporarme el 15 de febrero. Lo mejor de tener que ir hasta allí es que tendré un buen sueldo, 1.700 francos al año. Para empezar no está nada mal, ¿no? —sonrió Marcel.

Marcel alargó sus manos hacia las de su madre, estrechándolas fuertemente.

—Le prometo que volveré pronto a verle.

—Ten cuidado, hijo mío.

En el fondo del corazón de aquella mujer estaba el temor de que su hijo, con apenas veintitrés años, partiera a otro continente solo, sin experiencia ni más amistades que la de ese chico al que tendría a decenas de kilómetros; a todo ello había que sumarle que iba a un país musulmán con tradiciones y costumbres totalmente diferentes a las europeas... La angustia la atenazaba.

El lunes, 7 de febrero, Marcel y Georges estaban sentados el uno frente al otro en el interior de un vagón del tren que los llevaba en dirección a Marsella. Con la vista perdida tras el cristal del ventanal, veían pasar el paisaje a gran velocidad: campos, bosques, caseríos... estaciones. Pasaron largos ratos sin entablar conversación, inmersos en sus pensamientos, conscientes de que el paso que iban a dar cambiaría sus vidas. De hecho, al que seguro le iba a cambiar la vida era a Duraz. Su matrimonio con Sarah, formar una nueva familia, comprarse una casita y ser felices juntos, ese era su objetivo.

Su vida en París había sido muy prolífica, pero estaba cansado, necesitaba un cambio y estaba decidido a afrontarlo con todas sus fuerzas; su pasado y sus amistades no tenían lugar ahora en su pensamiento. A Marcel, el plan le pilló por sorpresa, y el hecho de tener que salir de Francia, nada menos que hasta otro continente, aunque relativamente cerca, le pillaba muy joven y sin experiencia.

De vez en cuando, algún paisaje, alguna construcción excepcional o la parada en algún andén los rescataba de sus pensamientos y los devolvía a la realidad. El trayecto era largo y el tren se detuvo muchas veces, dando tiempo a sus mentes a ir y venir de sus cavilaciones, a hurgar entre sus recuerdos, entre caras, voces y abrazos dados que se llevaban consigo. A Marcel le angustiaba el hecho de abandonar a su madre por un largo tiempo y el recuerdo de su padre fallecido en su lecho reaparecía tozudamente. Inconsciente-

mente, entre sus manos, el chico jugueteaba con el reloj de bolsillo de su padre. En la tapa estaba grabado el apellido Bodez. En su mente, siempre la misma pregunta: ¿por qué se fue tan pronto? Todavía tenía muchas cosas que decirle, muchas que preguntarle, muchas que hacer con él... Al abrir el reloj, el reverso de la tapa mostraba una pequeña fotografía de sus padres, ese era el único recuerdo físico que se llevaba de ellos.

Ya al anochecer, el tren hizo su entrada en la estación de Marsella. El andén estaba casi desierto y apenas se veía algún mozo de estación que aguardaba su llegada. Los dos compañeros habían vuelto ya de sus pensamientos y estaban ansiosos de disfrutar su visita a la bulliciosa Marsella.

El tren por fin se detuvo. Ya en pie, se desperezaron con algún que otro estiramiento de sus cuerpos agarrotados tras tantas horas sentados en aquellos asientos más bien incómodos. Recuperadas sus grandes maletas de la zona de equipajes, recorrieron el pasillo central del vagón hasta la salida. Descendieron del tren y accedieron al andén caminando hasta el *hall* de la estación. Desorientados y con dos grandes maletas, poco tardaron en ser detectados por dos avispados críos que portaban unos carretones de transporte.

Fabricados por ellos mismos, el ingenio, unas viejas cajas de madera y unas más que sospechosas ruedas relucientes, que a saber de qué lugar las habían afanado o al juguete de qué crío le habían dado el cambiazo, habían dado lugar a esa perfecta herramienta. Con este ingenioso artilugio de transporte se ganaban algunos céntimos de franco. Acercándose a los recién llegados, se ofrecieron a acompañarlos hasta su hotel y transportar sus maletas. Duraz indicó a los niños que iban al *hostal Le Petit Marseillais*. Salieron de la estación recorriendo las callejuelas de Marsella en dirección al *hostal*, situado muy cerca del puerto.

En su recorrido por el centro de Marsella podían percibir la apasionante vida nocturna de la ciudad. El bullicio de las calles invitaba a disfrutar de la noche marsellesa. En ella, todo tipo de personas, de todos los colores, mujeres elegantes, otras no tanto,

de las cuales alguna les echó el ojo ofreciéndoles algún que otro placer carnal. Pasaron frente a tiendas, tabernas, casinos... luces, ruidos, gritos, humos y olores que les sumergían en una vorágine de sensaciones de las cuales costaba inhibirse y que a sus dos pequeños acompañantes también les iluminaba el rostro de emoción. Caminando entre esa algarabía, pronto llegaron a su destino.

Su alojamiento estaba en un callejón perpendicular a la calle principal donde se concentraban la mayoría de los locales nocturnos, teatros, restaurantes y el vaivén de la gente de la noche. Duraz sacó unas monedas de un bolsillo de su chaleco y se las entregó a los chicos que habían transportado sus equipajes; se ve que fue espléndido, dada la reacción de aquellos dos diablillos, que mostraron su satisfacción agradeciendo el gesto.

Cruzaron la puerta del hostel y penetraron en el *hall*. El aspecto del local era algo tenebroso. Los dos hombres cruzaron sus miradas preguntándose cómo les habían podido engañar de aquella manera al reservar un lugar tan cutre. Tras un pequeño mostrador, a mano derecha, en el interior de un pequeño cuartucho, un hilillo de luz proveniente de una pequeña bombilla iluminaba tenuemente al recepcionista, quien sin mucha prisa se levantó de su asiento para atenderles. Dándoles la bienvenida, aquel hombre, más bien mayor, preguntó a nombre de quién estaba la reserva.

Obtenida la llave proveniente de la temblorosa mano que hacía juego con el resto del cuerpo, les indicó que justo al lado del pequeño mostrador enfilaran la escalera que los llevaba al piso superior, en el que se encontraba su habitación, y que al fondo del pasillo estaba el baño. El sonido resquebrajado de aquellas viejas escaleras de madera que los conducía al piso superior armonizaba con el resto del local. Al entrar en el aposento, aquel cuchitril mostraba dos camas separadas por un pequeño ventanal que daba a un oscuro callejón, una mesita y unas perchas colgadas de unos clavos en la pared; ese era todo el lujo que les ofrecía. Marcel dejó la maleta en el suelo y se tumbó sobre el camastro boca arriba, con las manos cruzadas bajo la nuca, mirando hacia el techo.

—Primera parada, Georges.

Duraz le miró y, sonriendo, le dijo:

—¡Pues sí, Marcel, y de aquí a África!

Los dos chicos estaban exhaustos y decidieron quedarse esa noche a descansar.

—Mañana tenemos todo el día para explorar la ciudad. A la noche ya saldremos a cenar y a visitar un par de locales para divertirnos un rato —dijo Duraz—. Nos daremos una buena despedida.

CAPÍTULO TRES



Un nuevo día empezaba a despertar en Ciudadela, una pequeña población al poniente de la mediterránea isla de Menorca. Aún con la penumbra de esas tempranas horas del mes de febrero, del encalado caserío se abrió una puerta tras la que apareció un hombre abrigado con una gruesa chaqueta y un gorro de lana que cubría su cabeza.

Bajo el pequeño porche repleto de hermosas plantas todavía durmientes, echó un vistazo al cielo. La gélida brisa sobre su rostro le acompañó a lo largo de los veinte metros de patio que separaban su vivienda de las vaquerizas. Con el calor de su aliento iba calentando sus manos entrelazadas frente a su boca. En ese pequeño trayecto, uno de los perros, el más grande, se le acercó seguido de su serpenteante cadena. Una escueta palmada sobre su cabeza fue todo lo que recibió como saludo.

Josep era el payés o *l'amo*, que así se les conoce en la isla a los campesinos. Era un hombre fuerte, alto, moreno, ojos oscuros y un abundante bigote, tenía cuarenta y dos años. Trabajaba en la finca llamada Son Escudero, situada al norte del municipio. Esas tierras estaban muy próximas al mar, castigadas con frecuencia por el fuerte viento del norte conocido como la tramontana, viento

que muchos días del año dificulta la vida en ese aislado paraje, marcando y forjando el carácter de esos infatigables campesinos de manos fuertes y callosas. En los días de fuerte temporal marítimo en los que la tramontana consigue levantar grandes olas, la fuerza del viento arrastra las salpicaduras que se producen con el choque de las olas contra los acantilados, transportando tierra adentro las pequeñas y saladas gotas de mar que enriquece esos pastos, dando a sus productos un carácter único. Esa tramontana es, a su vez, la responsable de peinar el paisaje de la isla hacia el sur, en el cual su vegetación más expuesta cede a su fuerza escorando sus troncos y ramajes en sentido meridional, tierras duras, labradas y cultivadas con dedicación para alimentar al ganado, que era el sustento de la finca.

Entró en la vaqueriza y enseguida fue requerido por el mugido de las vacas, que, inmóviles tras la barrera que les impedía la invasión anticipada del recinto, apremiaban al payés a que les diera acceso al interior y devorar su primera ración de alimento del día.

Bajo la luz proveniente de los candiles de aceite, Josep estaba ya en plena faena. Agachado en la parte posterior de uno de los animales, sentado en un taburete, con una mano en cada pezón, apretando y tirando para abajo alternativamente, conseguía que saliera un fino hilillo de blanca y humeante leche que dirigía con gran pericia y puntería al cubo colocado bajo la paciente vaca. Era una postura incómoda y un gran esfuerzo mantenido durante un buen rato hasta vaciar todas aquellas ubres.

No tardó mucho en aparecer por la vaquería su hijo mayor, Miquel, quien ya con diecisiete años era de gran ayuda para llevar a buen término las duras labores de aquellas tierras. El chico saludó a su padre y aproximó un cubo vacío para sustituir al que ya tenía casi lleno Josep, trasvasando la blanca y humeante leche a una tinaja con la que la transportaban hasta la quesería.

—Padre, se ha muerto el jilguero, lo acabo de encontrar tieso en la jaula —dijo el chico mirando de reojo al padre por debajo de la res que estaba ordeñando.

Era costumbre en los predios tener en pequeñas jaulas de madera y con barrotes de alambre alguno de esos preciosos pajarillos. Su careta roja y su antifaz negro que camufla esos diminutos ojillos zaínos, sus blancas mejillas bajo el casco negro de su cabeza, su cuerpo revestido de un plumaje gris acaramelado, sus alas negras cruzadas de una franja de un vivo color amarillo y su cola negra adornada por pequeños lunares blancos hacen de esta ave la más maravillosa de la isla. A la increíble belleza del pajarillo se suma su maravilloso y alegre canto. Estas jaulas siempre estaban al abrigo de los porches, que las escondían de los voraces halcones y, cómo no, las situaban fuera del alcance de algún que otro gato que se pasaba horas observando a su pequeña presa enjaulada.

—Vaya, habrá muerto de frío, pobre animal. No te preocupes, esta tarde prepararé la cola y atraparemos un sustituto, he visto una bandada que revoloteaba cerca del huerto.

Al acabar la faena con las vacas, los hombres proporcionaban su ración de comida a cada res y pasaban al ordeño de las ovejas y las cabras. Lo siguiente en la lista de tareas era alimentar al caballo. Desde su establo, un relincho reclamaba ahora su turno. Glop, un espléndido caballo negro con su espesa crin y su larga cola sabía que él era el siguiente en comer. Josep entró en el establo y volcó en la comedora el contenido de un pequeño cubo con la mezcla matutina de cebada, maíz y pienso, seguida de una buena ración de heno. Con dos palmadas en el cuello del animal, abandonó el lugar para continuar su jornada. Ya hacía un buen rato que había llegado Sebastián, el jornalero que tenían contratado; este era el hijo menor de un vecino, en cuyo predio no era necesario su trabajo, ya que varios de sus hermanos trabajaban en él.

Finalizadas estas primeras labores, era el turno del desayuno para los tres hombres. Josep y Sebastián se dirigieron a la vivienda. En el porche, donde las plantas ya se habían desperezado y lucían todo su esplendor, cambiaron sus rústicas abarcas por unas zapatillas más cómodas y limpias, colgaron sus gorros y sus chaquetas en el perchero tras la puerta y entraron en la casa. Miquel no entró

todavía a desayunar, tenía una faena pendiente. Bajo el porche, descolgó la pequeña jaula del clavo que la mantenía a salvo de sus muchos enemigos y la depositó en el suelo. Abriendo la puertecilla, extrajo con cuidado el diminuto y rígido cuerpo del jilguero; desde la distancia era observado atentamente por la gata de tres colores que estaba tumbada en su cómodo catre. Un pedazo de trapo le sirvió como mortaja. Ayudado de una azada, dio sepultura al pequeño animal junto a la valla del patio, colocando una losa sobre su tumba para disuadir a la vigilante gata de no profanarla. Cumplido ya su compromiso con el pequeño cantor, acudió al huerto para verificar la presencia de los posibles ocupantes de la vacante. Efectivamente, allí estaban. Una pequeña oleada gualdinegra con sus vivos destellos amarillos se alzó al percatarse de su presencia. Calmada su inquietud por encontrar un sustituto, volvió al caserío.

Al entrar en la casa, el primer destino de los hombres era la crepitante chimenea que desde bien temprano iba calentando el ambiente con el calor de sus llamas y ante la cual extendían sus entumecidas manos buscando atenuar el frío. Conseguida la templanza de sus manos, Josep se dirigió a la cocina donde estaba Joana, su esposa. Joana era la payesa o *madona*, tenía treinta y ocho años, castaña de ojos dorados, no muy alta. Sus pequeñas pero fuertes manos servían para todo, para las labores de la casa, para el laborioso cultivo del huertecillo o para el cuidado de los pequeños animales; además, junto a su marido, realizaba la básica transformación de la leche en el preciado queso.

El matrimonio tenía tres hijos. Miquel, el mayor, moreno y de ojos verdes, un chico introvertido, tímido, ya casi tan alto como su padre. Le encantaba su vida en el predio, en cuyas labores participaba desde bien pequeño. Al acabar la escuela empezó a trabajar junto a su padre, aliviando así la faena. El segundo crío era Pau, de trece años, un chico especial, raro, retraído, le costaba decir las cosas, era un gato esquivo que vivía en su mundo. Eso preocupaba a su madre, que no sabía por qué se comportaba así. Ella era la única que conseguía conectar con él sin que se pusiese nervioso.

La pequeña era Eulalia, una niña de diez años, rubita de ojos azules, risueña y explosiva, lo que contrastaba con sus dos hermanos; todavía iba a la escuela y le gustaba seguir a su madre en las faenas, ayudándola en todo lo que le dejaban.

A media mañana, una vez elaborado el queso y escurriendo ya bajo las prensas, Josep y su compañero de faenas, Glop, se encontraban trabajando en una «tanca», un pedazo de tierra cercado por muros de piedra seca.

El arado penetraba con duro esfuerzo para resquebrajar y deshacer la tierra rojiza, acondicionándola para la siembra de algunas hortalizas como cebollas, coles, puerros, lechugas, patatas, acelgas... El robusto caballo arrastraba el pesado arado por medio de la collera, insertada en su pecho a través de la cabeza. El esfuerzo del animal canalizado con pericia por el payés, que con las riendas en una mano y la otra sujetando la mancera, hundía la reja en la tierra para formar un nuevo y perfecto surco paralelo al anterior. Así lo hacían durante largas horas los días que tocaba arar. Desde la barrera, Miquel no perdía detalle. «Algún día lo haré yo», pensaba.

En otro lugar de la finca, el alboroto en el gallinero era considerable por la presencia de la mujer, que provocaba la excitación entre los moradores de la pequeña cárcel vallada de fina red de alambre que a su vez servía de fortaleza frente a la voracidad de milanos y halcones, y, cómo no, de las insaciables martas. Joana estaba recogiendo los huevos rodeada de gallinas que requerían ruidosamente los restos de hortalizas y pan duro que llevaba en un cubo. Discretamente, la observaba cauteloso algún que otro pavo y, de lejos, el enorme y desconfiado gallo; toda la faena era seguida por su fiel escudero Truc, un pequeño perrillo de color *beige* —este era ya uno más de la familia y no dormía fuera—. También era contemplada desde la puerta por Pau, que, ansioso, frotaba sus manos y emitía un suave seseo entre sus dientes al observar obsesivamente el movimiento de las aves tras su madre.

Pau no se encontraba a gusto en el colegio y se solía escapar. De hecho, de vez en cuando aparecía por casa a media mañana. Su

madre decidió que no volvería a la escuela porque sus compañeros de clase se reían de él y le llamaban tonto. Esto provocaba que Miquel tuviera muchas rencillas. Otras veces le gastaban pesadas bromas que provocaban su huida para apartarse de todo y estar solo. La poca empatía de la escuela para solucionar aquel tema desembocó en la decisión de Joana. Pau dedicaba las largas horas en casa, entre otras cosas, a dibujar, tenía un don para ello que fascinaba a su madre; otras las pasaba observando el ir y venir de los hombres mientras realizaban sus faenas o simplemente pululaba por los alrededores de la casa atento al ajeteo de los animales. Ante algunas circunstancias o estímulos, aparecía su frote de manos y su seseo. Joana estaba siempre pendiente de él, sabía que algo extraño pasaba por la cabeza de ese chico, que sus reacciones ante algunas situaciones, a esquivar a la gente, a apenas hablar, le causarían problemas más adelante y que ella no siempre iba a estar a su lado. Tan solo ella lograba que el chico se dejara tocar, limpiar o incluso abrazar. Eulalia le excitaba enormemente y, cuando la correosa niña se le acercaba, este huía, con la contrariada reacción de la cría, que no conseguía que el otro jugara con ella. Josep no decía nada, pero su alma padecía en silencio la preocupación por el comportamiento del muchacho, tan diferente al de sus otros dos hijos. De este asunto poco hablaba el matrimonio, y menos con sus conocidos.

A mediodía aparecieron en el patio padre e hijo seguidos del agotado caballo, este con la cabeza gacha, empapado en sudor y con la collera rodeada de espuma blanca que rezumaba abundante vapor. Miquel, a pesar de ser muy joven, trabajaba ya como un hombre y siempre estaba atento a los trabajos, sin que su padre tuviera que insistir en ello ni repetir sus enseñanzas. Él mismo quitó el collar de labranza y los arreos al animal, atándolo a una argolla junto al establo. Con una esponja empapada en un cubo de agua limpió el sudor y, ayudado con el canto de un pedazo de tablero fino, escurrió el agua que chorreaba sobre el animal. El caballo era una pieza básica en el trabajo diario y le prestaban todo tipo de

atenciones. Limpio ya, soltó al animal en un pequeño corral frente al establo, junto a un aljibe. De poco sirvió el baño, tan pronto se sintió libre, revolcó sus cuatrocientos kilos rebozándose en una fina arenisca rojiza que lo castañeó; vibrando, todo su cuerpo se rodeó en una neblina de polvo. No tardó en dar buena cuenta del manojo de hierba fresca que le proporcionó el chaval, con lo que pronto olvidó el duro trabajo.

El día era frío y empezaba a levantarse una ligera brisa del norte. Josep se detuvo y miró hacia el horizonte, contemplando la inmensidad del mar Mediterráneo, del que provenía la incipiente tramontana. Desde su posición podía ver a sus vacas y ovejas pasando entre un paisaje salpicado de barracas, esas construcciones de piedra seca en forma cónica que suben escalonadamente entre seis y ocho metros de altura, y cuya finalidad es la de resguardar a ovejas y cabras del duro azote de la tramontana o de la lluvia los días en que aparecen. Alrededor de una de las barracas podía distinguir al hermoso y coronado carnero vigilando su harén.

A medio día, a lo lejos se oyó el alegre sonido del timbre de la bicicleta en la que Miquel llevaba a la pequeña Eulalia, anunciando su regreso del colegio. Para acudir a la escuela, cada mañana su hermano la acercaba a una de las fincas vecinas, en las que uno de sus jornaleros, llevaba hasta la ciudad a los tres hijos pequeños del payés. Aprovechando el viaje, recogía a los demás chicos en edad escolar que eran vecinos del camino. Estaba hambrienta, al igual que los otros hombres. Todos entraron en manada hasta la cocina reclamando su merecido premio.

La niña entró corriendo a abrazarse a las faldas de su madre. «¿Qué tal te ha ido el colegio esa mañana?», le preguntó. Le gustaba, y tanto le gustaba que la niña no paraba de contar números, de leer en voz alta alardeando del fruto de sus esfuerzos, de entrevistar al resto de comensales acerca de tal o cual asunto, de cuál es la capital de no sé qué país, de para qué sirve una u otra cosa... Sus parloteos tenían poca réplica, enfrascados ya los demás en el ir y venir del cubierto al plato y del plato a la boca, sin tregua para pro-

nunciar palabra. La única que resistía sus embates, por compasión, era la madre, esta sí intentaba contestar alguna de las capciosas preguntas con trampa que la puñetera lanzaba con picardía. Pau la miraba de reojo intentando infructuosamente aislarse de sus habladorías y procurando centrarse en su tarea de comer. Así iba pasando la niña los primeros minutos hasta que se acordaba del hambre y empezaba a comer, acabando siempre la última, por supuesto.

—Miquel, esta tarde hay que ir a por un par de borregos, mañana los espera el carnicero —dijo el payés, disolviendo lentamente el azúcar de su humeante café, justo antes de abandonar la pequeña sala en busca del auxilio del camastro donde echar una cabezadita.

Estirando su cuerpo agarrotado tras treinta minutillos de relajante siesta salió al porche para continuar el resto de la faena. En ese momento, por el callejón que provenía de los pastos, apareció el chico con los dos borreguillos, a los que llevaba cogidos de una de sus patas posteriores a modo de carretilla, enfilando el camino hacia uno de los establos que esa noche iba a ser su último refugio.

A Miquel no se le había olvidado el compromiso de su padre acerca de la pérdida de su pequeño amigo cantor, al que había que sustituir con presteza. No le gustaba que la jaula estuviera sin el inquilino que les deleitara con su alegre canto y, al ver a su padre en el portal, le recordó que esa tarde debían ir a atrapar un jilguero. Josep, al que ya se le había pasado el tema, reculó y entró de nuevo en busca del bote de la pegajosa pasta que usaban para la caza de pequeños pajarillos o para atrapar a las indeseables ratas que merodeaban siempre cerca de los heniles o por los alrededores del gallinero y las pocilgas.

Al salir de nuevo al patio se encontró con el chico, que, jaula en mano, le esperaba ya para su cometido. Ambos enfilaron el camino al que acudían las pequeñas bandadas de estas avecillas en busca de las sabrosas semillas de los cardos o de las amarillas flores de las plantas de diente de león. Efectivamente, allí estaban. Al ver a los dos humanos, alzaron el vuelo interrumpiendo su festín. Josep pudo ver la zona exacta de la que se alzaron: en ese momento se

estaban deleitando con las suculentas y granadas florecillas amarillas.

Al llegar al lugar elegido, el hombre arrancó tres ramitas largas de un matojo seco y las untó una por una de la pegajosa pasta; seguidamente, las colocó sobresaliendo de entre los tallos de las plantas a las que, con seguridad, acudirían de nuevo las aves para continuar su banquete. Los dos hombres se alejaron hasta un lugar desde el que poder ver con claridad la zona elegida y, a la vez, pasar desapercibidos para los tímidos y huidizos jilgueros.

—Tiene que ser un macho, no nos sirve una hembra porque su canto es muy sencillo.

—¿Y cómo sabremos si es un macho? —preguntó Miquel.

—Suele ser fácil, hay varias formas: por ejemplo, que la careta roja vaya más allá tras los ojos; se puede saber también por el largo del pico o por la zona del hombro de las alas, donde el plumaje en los machos es negruzco y en las hembras es amarronado...

Poco tuvieron que esperar para que los jilgueros sobrevolaran de nuevo la zona y se posaran sobre las balanceantes ramas. Al comprobar Josep que un par de ellos se habían agarrado sobre sus palitos engomados, salieron rápidamente de su escondite para que las aves huyeran precipitadamente del lugar. Dos de ellas, las que se habían posado en sus ramitas pegajosas, no pudiendo elevarse y cayeron al suelo debido al peso de la rama engomada y cuyo mejunje viscoso las atrapaba por sus garras. Rápidamente, fueron a su rescate para evitar que pringarán el plumaje con la pasta. Efectivamente, dos preciosos ejemplares cayeron en sus manos.

—Mira, hemos tenido suerte, creo que son dos machos.

Agarró una de las dos avecillas y la otra se la dio al chico para que la sujetara. De su bolsillo sacó un pequeño paño untado en aceite y, con mucho esmero, limpió cuidadosamente las pequeñas garras, liberándolas totalmente de la cola. Lista una, se la cambió al chico por la otra, a la que hizo lo mismo. Ave en cada mano, dio a elegir al chico cuál sería su próximo cantor, explicando que una de ellas era joven, del anterior verano, ya que sus patas eran todavía de

un color grana, y la otra, con las patas blanquecinas, era ya de más edad. El chico las observó meticulosamente y eligió a la más joven.

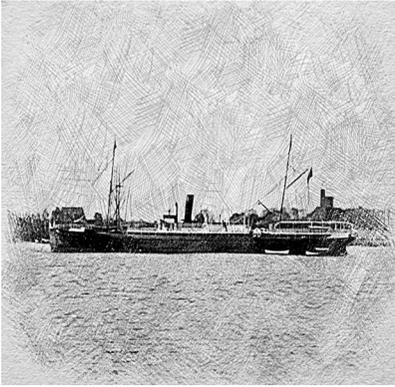
—Me gusta más esta, el color rojo de su careta es más intenso y, al ser joven, durará más —contestó el chico con una enorme sonrisa.

Abriendo la mano en la que aprisionaba el jilguero descartado, le devolvió su libertad. El otro fue enjaulado para el deleite del chico. Sin embargo, y a pesar de la comida fácil, para el joven jilguero había llegado su cadena perpetua.

Al final de la tarde, tras el ordeño y la elaboración del queso, acababa la faena y llegaba la hora de retirarse al cobijio de la caldeada casa, a resguardo del frío anochecer. Con la familia en torno a la mesa, concluía el día.

Estos campesinos están expuestos a la dureza del trabajo bajo el sol, el viento o la lluvia. Son vidas duras, con trabajos pesados, sin fiestas ni descansos. Gentes que aman su trabajo en el campo, que veneran el paisaje y la naturaleza de su isla; una vida de orgulloso sacrificio heredado de generación en generación.

CAPÍTULO CUATRO



Tras la desgastada cortina que cubría la ventana de la habitación, la incipiente claridad del amanecer anunciaba lo que iba ser el gran día para los chicos. Un rayo de sol que se colaba entre una rendija de la marchita cortina incordió en el rostro de Marcel, que, lentamente, se fue despertando.

Entreabrió los ojos protegiéndolos del flechazo del haz de luz por su mano, bostezó y, bajo las sábanas, estiró todas sus extremidades.

—Buenos días —dijo Duraz—. Nuestro último día en el continente.

—Sí, y hay que aprovechar el día —respondió adormilado Marcel—, Marsella nos espera.

De un salto, Georges salió de la cama y empezó a vestirse. Marcel siguió un rato tumbado perezosamente.

Dispuestos ya, salieron del hostel en dirección al *boulevard*. Caminaron toda la mañana inspeccionando cada rincón, cada tiendecilla, cada curiosidad. En teatros y casinos, para esa noche, los carteles anunciaban la actuación de algún que otro destacado artista. La mañana pasó volando de aquí para allá. A lo largo de su paseo, Marcel iba rebuscando entre las anécdotas del viejo Fiquet,

en las que Marsella había sido el escenario de alguna de sus aventuras. Deseaba revivir alguna de las experiencias de aquel viejo militar, quien, no mucho tiempo atrás, también había sido joven en la maravillosa Marsella. El bullicio de la calle incitaba a disfrutar al máximo sus últimas horas en el continente; el inminente destino que le esperaba, probablemente, no le iba a proporcionar las cautivadoras emociones en las que había estado inmerso durante esos últimos meses.

Su paseo por el casco antiguo —seducidos entre sus entramadas callejuelas y sus pequeñas tabernas— les condujo al concurrido barrio de Le Panier. Gentes provenientes de todas las partes del mundo y de todas las culturas, el correteo esquivo de los críos, el vaivén de carretillas cargadas de mercancías... todo lo que les rodeaba les sumergía en la magia de Marsella. Una magia de la que, de repente, le sustrajeron unas enormes y familiares letras sobre la fachada de un oscuro edificio, en las que se leía «La Vieille Charité». Era el hospicio del que le había hablado el coronel alguna que otra vez.

En una ocasión, a él le llevaron una tarde de borrachera tras liarse a puñetazos con un tabernero rencoroso por su impago en una de sus juergas con algunos de los soldados de su compañía. Allí estuvo recluido unos días en los que conoció a un misterioso personaje que desde un principio acaparó su curiosidad. Le veía entrar y salir siempre enfundado en sus extrañas... ¿vestimentas árabes? No sabía, pero sí que eran raras. Poco tardó en acercarse a él. «¿Qué hacía? ¿En qué invertía su tiempo que tanto provecho le daba, dado lo abultado de su bolsa?», se preguntaba.

Con disimulo, Marcel le miraba al contar y recontar las monedas. Al personaje le cayó bien el jovenzuelo con el ojo morado y pronto simpatizaron. Poco tardó en quedarse perplejo al comprobar que era un simple trilero. Bueno, simple no, en absoluto. De hecho, era un mago, incluso era capaz de embaucar hasta los mismísimos gendarmes, que no conseguían echarle el guante a sabiendas de que les estaba engañando. Juegos de manos, adivinan-

zas, apuestas..., cualquier cosa conseguía su objetivo de engordar la bolsa. Estuvieron juntos varios días hasta que su destacamento embarcó rumbo a una nueva aventura. Desafortunadamente, no adquirió ni una sola de las dotes del personaje. Lo intentó, pero se le veía de lejos y provocaba las carcajadas del resabiado trilero que hacían que Fiquet se enfadara consigo mismo.

A lo largo de su recorrido, en una pequeña tienda, adquirieron una buena cantidad de aquel célebre jabón de Marsella que se fabricaba en varios talleres marseleses y era utilizado en todo el país.

Tras largas horas de entretenida caminata, decidieron por fin homenajearse con una succulenta comida, que, cómo no, fue a base de la mercancía que llegaba cada día de Le Vieux Port, fruto del duro trabajo de sus pescadores. Una maravillosa y típica sopa bullabesa seguida de una exquisita dorada al horno sobre un lecho de cebolla y tomate hizo las delicias de los dos comensales. Las riquísimas galletas *navettes* de Marsella culminaron el menú, todo ello bien regado con abundante vino de la Provenza. Acabaron el banquete con café, copa y puro —el puro tan solo para Duraz, ya que el otro no conseguía aficionarse—.

Al atardecer, después de unas horas de descanso en el hostel, salieron de nuevo a la conquista de Marsella. Tenían ganas de diversión y ese era el objetivo de su último día en el continente.

La tarde transcurrió nuevamente entre las callejuelas y cafés de la vieja ciudad. El entretenido paseo culminó en un conocido restaurante marseles en el que volvieron a dar buena cuenta de otro sabroso banquete.

Tras la cena iniciaron su ansiado periplo vespertino por el centro de la ciudad. Su primer objetivo era el Gran Casino Limoges. Durante su caminata matutina habían visto que la cartelera anunciaba para esa noche la actuación del famoso cantante francés Francis Dufor, al que Duraz ya había visto alguna vez en París. Marcel, que se había acostumbrado pronto a este tipo de eventos, estaba encantado de esas nuevas experiencias y de ir sumando espectáculos que recordar. El día transcurría según sus expectativas

y sus planes de disfrutar del espectáculo de la noche, culminado con el embarque al día siguiente hacia su nueva vida, les colmaba de ilusión. ¡No se podía pedir más!

El elegante *ball* del Gran Casino les dio la bienvenida al lujoso local. Marcel disfrutaba contemplando tanto *glamour*; su rostro irradiaba emoción y felicidad.

—¿Qué te parece, Bodez? Esto es maravilloso, ¿eh?

—Me encanta esta vida —respondió—. ¡Espero que en Argelia todo esto también exista!

Una mueca en la cara de Georges le bajó de su nube: adonde iban difícilmente se encontraba este bullicio, esta cultura... No iba a ser lo mismo. Eso urgía, obligaba a disfrutar del ahora.

Al penetrar en la sala pudieron observar que en la platea un gran número de mesas estaban ya ocupadas por el público que esperaba a que la apertura de las enormes cortinas rojas ribeteadas en dorado descubrieran el escenario y se diera paso a la ansiada actuación de Dufor. Esa noche habían tenido suerte al poder ocupar uno de los palcos a la derecha del escenario; la ubicación algo más elevada de los palcos que rodeaban la platea ofrecían un lugar privilegiado para disfrutar de la función.

Elegantes caballeros y atractivas damas iban accediendo al recinto, que se iba llenando paulatinamente. Los camareros se movían ágilmente con bandejas repletas de copas de champán y canapés, sirviendo a los clientes que ocupaban ya sus localidades, cerrando así el círculo glamuroso. Un camarero los acompañó hasta su palco y les sirvió champán en unas lujosas copas de cristal. Los dos chicos estaban ya hechizados en un entorno de refinados espectadores que se entretenían entre conversaciones y risas, a la espera del inicio del recital. La elegancia, el decorado, la gente, el vaivén de los camareros, el champán..., todo contribuía al espectáculo.

En el camerino se encontraba ya casi dispuesto el artista de esa noche, Francis Dufor, célebre cantautor que, a sus cuarenta y siete años, estaba en pleno apogeo de su carrera. Sentado frente a un enorme espejo, un último retoque a su peinado, al corbatín, al bigote... todo tenía que estar perfecto; no en vano era uno de los cantantes más elegantes y codiciados de Francia. Tras él, una tos seca provenía de su esposa, que, bajo una manta de cuadros verdes y negros, estaba acurrucada en una butaca. La pareja formaba due-to en algún tramo de sus actuaciones.

Sin embargo, aquella noche no iba a ser posible. Mme. Dufor llevaba ya un tiempo enferma. Una fuerte faringitis le provocaba esa tos que arrastraba desde hacía un par de semanas. Debido a ello, los Dufor tuvieron que contratar a Mlle. Elise Henry, amiga de la pareja desde hacía unos años. Accedió a ello durante unos días mientras Mme. Dufor se recuperaba. Elise era una guapísima chica de veintiocho años, una consagrada cantante que acababa de regresar de una exitosa gira por América y que pudo acceder al compromiso al haberse tomado un tiempo de descanso tras la agotadora *tournée*. También ella andaba en los últimos retoques a su maquillaje.

La puerta trasera del camerino se abrió y se asomó un muchacho anunciando la llegada del carruaje para llevar a Mme. Dufor hasta su casa, donde le esperaban sus dos hijos junto a la niñera.

—Bueno, querida, no me esperes despierta. Tras la actuación tomaré algo aquí con unos empresarios que han venido desde París para hablar sobre algunas actuaciones en Bélgica —dijo Francis, despidiéndose y lanzándole un beso con la mano para evitar el contagio.

Sentados ya en sus localidades, ansiosos ante el inicio del espectáculo, charlaban y contemplaban la sala, al tiempo que iban disfrutando de su exquisito champán y unos sabrosos canapés. De repente, una tras otra se fueron atenuando las luces de la sala; la enorme cortina roja desplazándose hacia los lados descubrió el escenario, quedando un haz de luz central que iluminaba un ta-

burete. Enseguida estallaron los aplausos ante la aparición de M. Chevalier, dueño del lujoso local.

—*Madames et messieurs*, ¡bienvenidos una noche más al Gran Casino Limoges! Esta noche tengo el honor de presentar de nuevo, y como última actuación esta temporada, ¡al magnífico Franciiiis Dufooor! —anunció el presentador arrastrando su voz en las últimas sílabas, a la vez que abandonaba la tarima señalando con la mano extendida al artista que aparecía en escena.

Los aplausos estallaron aún más fuertes ante la aparición de Dufor y las primeras notas musicales dieron paso a una deliciosa velada. Canción tras canción, alguna de ellas embellecida por la guapísima Elise, cumplieron con las expectativas de los chicos. El artista deleitó a su público, su perfecta actuación no defraudó.

Al finalizar la función, los dos compañeros salieron del casino entusiasmados. Parados en la acera y rodeados de la gente que iba haciendo corrillo comentando el espectáculo, intentaban combatir el frío subiendo las solapas de sus abrigos para resguardar sus orejas y, frotando sus manos frente a sus bocas, insuflaban sobre ellas la calidez humeante de su aliento. Habían disfrutado del espectáculo, pero necesitaban más.

—Es pronto. ¿Qué te parece si vamos al Alcázar? Actúan Derenga & Green. He oído que son muy divertidos, ¡creo que nos gustarán! —dijo Duraz.

Un par de manzanas más abajo, en dirección al puerto, estaba el Alcázar. El espectáculo estaba ya iniciado y, por fortuna para ellos, aún quedaba alguna localidad. Entraron sigilosamente, tomando asiento en una de las pocas mesas que quedaban libres. Duraz alzó disimuladamente un brazo para llamar la atención de uno de los camareros; con un gesto de su mano bebiendo de una figurada copa, se hizo entender. Sobre el escenario, dos personajes combinaban malabarismos y humor. Se trataba de una pareja de artistas estadounidenses, por ahora desconocidos, que venían con la vitola de tener gran éxito.

El dúo estaba formado por Leo Derenga y Georges Green, muy famosos en Norteamérica; artistas innovadores con un es-

pectáculo novedoso en el que intercalaban números cómicos con diferentes juegos malabares con mazas. Esas escenas cómicas en las que se metían el uno con el otro hacían las delicias de sus espectadores. Hacía un tiempo que actuaban por el viejo continente y actualmente en Francia estaban teniendo una gran acogida; estaban dispuestos a triunfar también aquí. La divertida actuación cautivó al público, que les premió con un sonoro y largo aplauso.

Al término de la actuación, en el exterior del local, el frío se había intensificado con la aparición de una creciente brisa. Los muchachos de nuevo se abrigaron para proteger sus humeantes bocas y sus frías orejas.

—¿Qué hacemos, Marcel? ¿Tienes sueño...?

—No mucho...

—¿Qué te parece si vamos paseando hasta el muelle? Seguro que nuestro barco está ya esperándonos; podemos echarle una ojeada.

—Genial, me gustaría verlo.

—Creo que está muy cerca de aquí.

Le Vieux-Port del que tanto le había hablado su viejo amigo el coronel Fiquet estaba situado en la cala del Lacydon, alrededor de la cual fue fundada la ciudad de Marsella por los griegos 600 años a. de C. Custodiado a cada orilla por los fuertes de San Juan y de San Nicolás, Fiquet hablaba de él como el Puerto del Imperio.

Comentando las actuaciones de las que acababan de disfrutar, fueron paseando en dirección sur y en pocos minutos llegaron a los muelles. A esas horas reinaba la calma. La fría brisa sobre sus rostros transportaba una mezcla de olores a mar..., a pescado. Los muelles estaban solitarios, tan solo un par de extraños personajes apoyados en la esquina de una de las callejuelas cercanas y envueltos en el humo de sus cigarrillos interrumpieron su charla ante la aparición de aquellos dos elegantes incautos que se adentraban en la penumbra de los andenes. Ninguno de los dos muchachos había viajado nunca en barco y no podían contener su ansia e ilusión por empezar su aventura a bordo.

Pararon ante un gran cartel de señalización buscando el muelle comercial del que debían zarpar, pero este no les aclaró sus dudas. Marcel recordó que en su cartera llevaba el pasaje del día siguiente, en el que detallaba: «*Liner* Marechal Bugeaud, muelle de La Joliette». Efectivamente, en el panel estaba reflejado el muelle que debían buscar. Su paseo era seguido sigilosamente por aquellos dos extraños. Durante su recorrido podían observar todo tipo de embarcaciones amarradas una al lado de la otra, ordenadas por esloras; un ligero vaivén de la marea provocaba el leve crujido de los cabos de amarre y hacía que los mástiles se movieran acompasadamente de izquierda a derecha, de babor a estribor...

Ya en el muelle de La Joliette, llegaron hasta la popa de un enorme barco en la cual, tras una ondeante y gran bandera francesa, destacaban unas enormes letras blancas sobre un fondo oscuro. Allí se podía leer: «Général Chanzy»; extrañados, siguieron su avance sobre el oscuro muelle. «Estará más adelante», pensaron, a pesar de que no parecía haber otro buque más allá. Decepcionados, decidieron volver a su hostel y descansar para el día siguiente. Al volverse, entre la penumbra que proporcionaba la escasa luz de una farola, aparecieron dos siluetas. Un destello en la mano de una de ellas descubrió un enorme cuchillo. Empezaban mal el viaje: tras el vaciado de sus carteras, fueron despojados de todo lo valioso que llevaban consigo, adiós sus gemelos y anillos. A los cacos no les interesó ni su documentación ni ese billete de barco que uno de ellos lanzó al aire con desprecio. Afortunadamente, no vieron sus relojes.

CAPÍTULO CINCO



En la isla, en las tierras de Son Escudero, las primeras faenas matutinas ya estaban listas. Concluido el primer ordeño del día, el ganado había dado ya buena cuenta de la mezcla de cereales y pienso que se les proporcionaba como complemento a los pastos. La elaboración del queso también había finalizado.

Ese día tocaba acudir a su ronda matutina en la pequeña población. Josep abastecía a cinco tiendas de ultramarinos y los repartos solía realizarlos entre cuatro y cinco veces semanales, según las comandas que recibía de sus clientas.

La economía de la finca se basaba en la distribución de los productos que se producían y elaboraban en ella: la venta de leche y sus derivados, sobre todo el queso; la venta del grano, de huevos, frutas, verduras, carnes y embutidos, además de las pequeñas manufacturas como cestas y canastas que elaboraban con esparto o palma. Todo ello contribuía a mantener el negocio.

Una vez cepillado el caballo y con los arreos ya colocados, era la hora de que Josep se aseara y se arreglara para acudir a la ciudad. Encaramado ya en el carro, el atento Truc, al que le encantaba

acompañar a su dueño en sus callejeos por la ciudad, estaba ya esperando.

El caballo estaba excitado, se notaba que ese trayecto le gustaba. Salía vigoroso, con ganas de lucirse, y no pasaba por alto para algunas de las briosas yeguas que pastaban cercanas al camino y que todas las mañanas le piropeaban con apasionados relinchos y ágiles carreritas al otro lado del muro de piedra. Unas señales a las que el animal correspondía, cómo no, con el arqueo de su cuello, tal que un cisne, y una elegante zancada, un perfecto galán.

En la parte posterior del carruaje, Josep había cargado las vasijas de leche y las canastas de verduras y embutidos. Esa mañana le acompañaban también los dos pequeños borregos encargados por un carnicero amigo suyo. En la finca también se engordaban los terneros que cada temporada nacían allí, pero en ese caso era el mismo carnicero quien se acercaba a por ellos, ya que su transporte no era tan fácil. También se criaban cerdos, conejos, pollos y palomos.

Por el camino tampoco faltaban los saludos con los campesinos cercanos a sus tierras. Apenas cinco kilómetros separaban su finca de la pequeña ciudad. Sus tierras estaban situadas en la zona norte del término, a mayor altitud, lo que le daba una completa visión de la población. Sobre ella destacaba la majestuosa catedral, cuyo estruendoso repique de campanas llegaba a todos los rincones de la población.

Su tarea esa mañana era el reparto de sus productos a las tiendas de ultramarinos, la visita al carnicero y cumplir unos encargos que le había hecho su esposa. Al llegar a la pequeña localidad, acudió en primer lugar al molino que regentaba su amigo, *Es Fariner*. Este molino era uno de los veinte que en esa época funcionaban a pleno rendimiento en la ciudad. Una vez al mes recogía un saco de harina que se elaboraba con el trigo que él mismo cultivaba en sus tierras y que unos días antes se encargaba de llevar a la molinenda. En los predios grandes se solían llevar a tal efecto cantidades mucho más importantes, ya que disponían de varios jornaleros a

los que había que alimentar y cuyo apetito era voraz tras las duras jornadas de trabajo.

Esta harina venía mezclada con el salvado y el germen, y en cada casa se tenía un cernidor con el que separaban los tres elementos según el diámetro de sus mallas. Casi un kilo y medio de trigo hace falta para obtener un kilo de harina limpia. Este era un preciado bien, esencial en la elaboración de diferentes tipos de masas. El pan era primordial, pues acompañaba prácticamente todo lo que se comía en la casa: queso, sobrasada, *cuixot*, *carn i xulla*, verduras, carnes y, sobre todo, la leche. También se usaba la harina para las empanadas, ensaimadas y cocas dulces y saladas, un montón de delicias realizadas con maestría por aquellas inagotables mujeres. Ni el pan duro era desaprovechado, ya que de él daban buena cuenta tanto gallinas como conejos.

Ya en el molino, Josep encontró en plena faena a Andreu, el molinero. Era un personaje amable, buena persona y muy apreciado por los payeses que le llevaban su trigo.

—Buenos días, *fariner* —dijo Josep—. ¿Cómo va la mañana?

—¡Hombre, Josep! ¿Cómo estás? Pues ya ves, aquí estoy, rebozado en mi trabajo —contestó riendo—. ¿Qué tal la familia? ¿Cómo tienes al mayor? Supongo que trabajando como uno más, ¿no?

—Así es, la verdad es que es de una gran ayuda para el caserío. ¿Qué tal tienes al tuyo? No lo veo por aquí.

—Sí, por ahí atrás anda limpiando sacos...

Al terminar la breve conversación pagó la molienda y, cargando su saco de harina al hombro, se dirigió de nuevo al carro, donde pacientemente le esperaban sus acompañantes, en especial Truc. El fiel perrillo seguía todos sus pasos erguido, vigilante, atento a todo.

Ya con el saco de harina en la parte posterior, siguieron su itinerario hacia su próxima parada.

A esas horas, la pequeña población de Ciudadela era un ajetreo de gente de un lado para otro, carros, bicicletas y algún que otro

vehículo a motor. En esa época, estos vehículos eran escasos y la mayoría pertenecían a alguno de los muchos terratenientes existentes en la isla.

Paró frente a una de las tiendas de ultramarinos a las que esa mañana tenía que surtir. Esta primera estaba situada en la plaza del mercado.

—¡Ooou! —ordenó el payés a Glop.

De la parte trasera cargó con dos tinajas de leche con capacidad para una veintena de litros cada una y entró en la tienda.

—Buenos días, Margarita. ¿Cómo va?

—Buenos días —le respondió la tendera mientras atendía a una clienta.

Atravesó la dependencia y se dirigió a la parte posterior, donde tenían el despacho de leche. Tras verter su contenido en una cuba desde la cual se distribuía a las lecheras de las clientas, salió de nuevo hacia el carro llevando consigo las vasijas vacías. A continuación cargó con una caja repleta de productos elaborados en su hacienda, quesos, requesón, sobrasadas, *cuixot*, manteca... Entró de nuevo hasta la trastienda y la dejó sobre una mesa. La cría de cerdos era esencial en los predios, bien para su venta como carne, o bien para la elaboración de embutidos.

Volvió de nuevo al carro, vigilado en todo momento por el perrillo, que seguía sin quitarle ojo. El caballo, sin embargo, aguardaba sin su esbelta figura, con la cabeza gacha, como aburriéndose. Repitió la escena con un par de canastas, esta vez repletas de acelgas, habas, coles, coliflores y patatas. En esa época del año, la diversidad de productos que se cultivaban en el campo era limitado en comparación con la estival, en la que se sembraba un gran y variado abanico de ellos: tomates, pimientos, berenjenas, calabacines... En cuanto a la fruta, predominan las naranjas, mandarinas y manzanas. Si la temporada de estío había sido buena, también se solía abastecer de una variedad de melón que se podía almacenar durante varios meses. A partir de mayo empezaba un amplio surtido de frutas como la sandía, melón, ciruelas, peras, melocotones...

Tras dejar los últimos productos, recogió las cajas vacías de días anteriores y dio a la dueña la nota de entrega. «Mañana, además de la leche, tráeme tres o cuatro *carn i xulles* y, si todavía te quedan, tráeme algún butifarrón blanco», añadió la tendera.

Lo mismo hizo con un par de pequeños comercios a los que esa mañana debía aprovisionar de las comandas que le habían hecho. Para terminar su ronda, debía hacer entrega de los dos infelices borreguillos que esperaban pacientemente su ignorado destino.

Al llegar a la carnicería saludó a su buen amigo Bartomeu y entró hasta la trastienda con los dos pequeños corderos, a los que llevaba agarrados bajo sus brazos. En la parte posterior del local había un reducido corral para las pequeñas mercancías; allí liberó a los animales de sus ataduras. Los dos hombres eran amigos, pero se veían poco, así que aprovechaban estas ocasiones para ponerse al día de sus vidas y de algún chismecillo que circulaba por la ciudad: que si este se había peleado con aquel, que si el hijo de tal se casaba con la hija de cual, que si el alcalde, que si el cura, que si los malditos zapateros volvían a hacer protestas... Conocida era la más que rivalidad entre el gremio de los zapateros y el de los payeses, que tropezaban en muchos asuntos; en fin, cosas de pueblo.

—¿Sabes que mi cuñado se ha ido ya? —contó el carnicero.

—¿Ya? —respondió sorprendido Josep.

—Pues sí, han tenido que cerrar el taller porque la Fabril Mahonesa ha cerrado definitivamente. Hace un par de semanas que partieron.

Los bancos no daban más crédito a la renqueante empresa textil, que desde hacía unas temporadas tenía menos clientes a quienes vender sus productos debido a la fuerte competencia de las empresas peninsulares, que estaban tirando los precios. De ella dependían numerosos talleres de toda la isla a la que le vendían su producción.

—Con el asunto de la Fabril y lo poco que les compraban las fábricas de calzado no les llegaba —matizó Bartomeu—. Ha emigrado a Córdoba, uno de sus hermanos se fue ya hasta allí y se ve que le va muy bien con la zapatería que montaron al llegar.

—¡Ah! Es verdad que su hermano había partido ya, no me acordaba. Vaya, pues sí que se han ido lejos, estos ya no vuelven.

En esos años de recesión, la emigración a la ciudad argentina de Córdoba estaba siendo el destino de muchos menorquines. El hecho de que el Gobierno no accediera a conceder los puertos francos era un agravio frente a la competencia de la península, se lamentaba el carnicero.

—Es que estamos abandonados, aquí no pintamos nada. Mucho cobrar impuestos, pero hacer algo por nosotros... nada de nada. ¡Deberíamos dejar de pagar! —protestó el payés—. ¡Este mes ha vuelto a subir el precio del guano y del pienso!

—No sé a dónde vamos a llegar, o esto cambia o nos esperan años difíciles —replicó de nuevo Bartomeu.

La situación económica en la isla era complicada. Los continuos rumores de quiebra de los bancos y una amenazante nueva crisis financiera no acababan de permitir el despegue de la maltrecha economía. Todo ello, agravado con el cierre de la industria textil y las trabas al calzado, presagiaba una nueva y más profunda recesión; un cúmulo de circunstancias que había provocado ya una terrible emigración, sobre todo a Argentina y Uruguay.

Culminados los encargos del predio, faltaba el que le había hecho Joana: adquirir unas lanas y unas agujas de tejer. Para ello, la mujer le había mandado a una pequeña tienda en pleno centro, en la conocida calle de las Vueltas, justo al lado de la catedral, en ella se vendía todo tipo de tejidos y utensilios de costura. Tras el encargo de su esposa, cerca de allí, paró en una joyería para comprarle un regalo a esta, ya que ese día era su cumpleaños. Josep sabía que su esposa andaba ilusionadísima con un monedero de malla de plata que se había puesto de moda. Los domingos, cuando acudían a la iglesia a escuchar misa, se solía ver a muchas mujeres con estos a la hora de la limosna.

Cumplidas sus tareas, se dirigió al carro, donde le esperaban sus fieles compañeros. El pequeño perro removía la cola con una alegría que parecía que llevara días sin verle. Una suave caricia de la

enorme mano sobre la pequeña cabecita del can aumentó aún más su excitación. El caballo, ahora sí, estaba erguido y atento al paso de otros burros y mulos que iban y venían tirando de sus carros cargados con pieles, cauchos, cordones, suelas y tacones para las muchas fábricas de calzado que, a pesar de todo, sobrevivían y daban vida a la pequeña ciudad. Esta industria se estaba recuperando poco a poco de la crisis que hacía poco más de diez años había golpeado la isla tras la pérdida de la guerra de Cuba y que había provocado la parálisis de la exportación de calzado hacia el Caribe. Ahora, el mercado peninsular estaba dando un respiro, pero no bastaba para mantener a las numerosísimas fábricas.

De regreso a la finca, a medida que avanzaba por el estrecho camino, su rostro percibía las rachas cada vez más fuertes de la tramontana, que le obligaron a ajustarse al cuello las solapas de la chaqueta y calzarse bien el gorro de lana que sacó del bolsillo de su chaqueta. El último tramo, ya en sus tierras, era un angosto camino en dirección norte de casi un kilómetro, flanqueado por paredes de piedra.

Al llegar al caserío, las primeras construcciones eran las vaquerizas y *l'apres*, una especie de callejón donde eran ordeñadas las ovejas y las cabras. Adosado se encontraba el henil, mermado ya en casi la mitad de sus provisiones. Los tejados de las diferentes construcciones que formaban parte de la finca contaban con su eficaz sistema de recogida de agua de lluvia que, a través de sus canalizaciones, la conducían a varios aljibes, imprescindibles para la supervivencia de la finca. Tras las vaquerizas estaban los establos y las cocheras, donde se guardaban los carruajes que se utilizaban en las labores de la finca, así como los que servían para el transporte de la familia. También se guardaban guarniciones, aperos y arados. A continuación se encontraban el corral y las pocilgas.

Enfrente, separados por un gran patio estaban las viviendas, tanto la de los payeses como la de los terratenientes, dueños de esas tierras. Frente a estas había un pequeño jardín en el que Joanna mimaba sus rosales y geranios, y donde también crecían varios

arbustos y plantas aromáticas como el romero, la manzanilla, el tomillo y un pequeño laurel. A través de este pequeño jardín se accedía a la vivienda. Un pequeño pórtico daba la bienvenida y distribuía las diferentes estancias. A mano derecha se encontraba un reducido habitáculo que albergaba el preciado horno de leña. A su lado, la quesería y una habitación donde se almacenaba y secaba el queso ya elaborado. Sus ventanas, siempre abiertas para que circulara el aire, estaban selladas con una fina red que impedía la entrada de las molestas moscas. Frente a la quesería, al otro lado del porche, se encontraba la puerta de entrada a la austera casa del payés.

El mobiliario en la casa era escaso y sencillo: en el comedor, una mesa larga con bancos de madera, unas sillas, algunas pequeñas fotografías familiares en sus paredes y poco más; una de esas fotografías mostraba al orgulloso y elegante Josep montado en su engalanado caballo durante la romería de las fiestas de San Juan. En los dormitorios, las camas, un par de sillas y un armario. Destacaba en la vivienda una enorme chimenea que en los duros meses de invierno proporcionaba el cálido ambiente y cuyo olor prevalecía por toda la estancia. Cuando el día oscurecía, los candiles alargaban la jornada con su tenue luz. Una pequeña cocina culminaba la austera morada.

Desde el porche principal, una escalera daba acceso al primer piso, en el que se encontraba la residencia de verano de los dueños de las tierras. Esta estancia contaba con muebles mucho más cómodos y confortables que los del piso inferior. En la parte alta del edificio había un gran desván donde se almacenaba el grano; servía también de despensa para embutidos y conservas que se elaboraban en los meses de abundancia.

Al llegar al predio, liberó de los arreos al caballo y lo soltó en la quintana. Con el encargo en la mano, fue al encuentro de su esposa, que salía del gallinero.

—Aquí las tienes. De paso, te he traído una cosa.

Su mano tras la espalda escondía algo que despertó la curiosidad de la mujer, que, ansiosa, intentaba ver lo que era. Josep le ofreció un pequeño paquete envuelto en papel de estraza. Si creía

que se había olvidado de su cumpleaños, estaba equivocada. Josep no es que fuera muy detallista, pero era un buen hombre y amaba a su esposa; de vez en cuando le traía algún obsequio o agasajo porque sí; esas cosas a ella le encantaban.

Joana dejó el cubo en el suelo y se apresuró a abrir el paquete con la ilusión de una niña. Al verlo, se le abrieron los ojos de alegría y abrazó a su esposo, dándole un tierno beso en los labios. Enseguida se dio cuenta de que estaba en medio del patio y de que les podían ver, así que, separándose un poco de su marido, se allanó el delantal y cogió el cubo. Josep la miraba con una sonrisa burlona ante su ruborizada reacción.

—He visto a Bartomeu...

—¿Ah, sí? ¿Cómo está Cisca?

—Están bien. ¡La hija mayor se casa!

—¿Ya? ¡Es demasiado joven! ¿No te parece?

—No sé, pero después de San Juan tenemos boda...

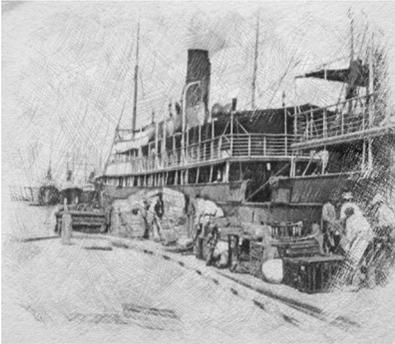
Caminando hacia la casa, le iba comentando esos chismes que se cuentan en todos los pueblos; que si esto, que si lo otro... En una de esas se acordó de contarle lo de los naufragos que habían sobrevivido al encallar su barco en la cala del Pilar: «Que se ve que se decía que podrían ser contrabandistas, dicen que traían cemento, pero no se ha encontrado más que algún saco roto, que a lo mejor dio tiempo a descargar antes de que les descubrieran los de Son Hermità, ellos niegan, pero algo hay...».

Entre chismes, entraron en la casa para comer.

Tras una reconfortante siesta, se reanudó la tarea cotidiana del predio. La tarde era corta y oscurecía temprano. Con la última faena de la elaboración el queso se daba por terminada la labor en el exterior de la casa. Antes de la cena, muchos días dedicaban largos ratos a manufacturar bolsas y cestas con la hoja seca de un pequeño palmito que se daba muy bien en esa árida costa y que ellos mismos recogían. También usaban el esparto para los taburetes, para hacer trabas para las cabras e incluso grandes canastas con las que transportar el heno o la leña.

La tarde se alargaba y daba tiempo también para jugar a las cartas. Los juegos como el *cau*, la brisca o el *truc* eran los más comunes. En caseños más grandes en los que varios jornaleros pernoctaban en el mismo predio, después de cenar se divertían con una batalla de glosas, en las que luchaban a través de ingeniosas rimas improvisadas; también contaban cuentos e incluso algunos de ellos echaban algún pulso con el que lucirse ante una de las hijas del payés o de alguna de las criadas que pudieran tener los señores.

CAPÍTULO SEIS



Con las primeras luces de ese 9 de febrero, el muelle de la Joliette se ponía en marcha: el embarque de las casi doscientas toneladas de mercancías que debían viajar hasta la ciudad norteafricana había comenzado.

Los estibadores iban subiendo la carga acumulada sobre los muelles a través de una ancha rampa que conectaba el andén con la bodega de popa: sacas de correspondencia, barriles, cajas con diferentes productos alimenticios, artículos manufacturados, cargamentos de material y utensilios para la construcción... Gran parte de estas mercancías eran distribuidas por las diferentes colonias francesas del continente africano. El duro trabajo de estos hombres era mitigado, en parte, por la enorme grúa del buque que, embolsados en una gran malla, introducía los bultos más grandes y pesados en el interior de las bodegas. Todo lo que subía a bordo era supervisado por el sobrecargo M. Parsi, quien anotaba en su libreta qué se subía y dónde era colocado en el interior de las bodegas.

El día había despertado nublado, amenazaba lluvia y un más que notable viento del norte había aparecido a lo largo de la madrugada. En cubierta, el capitán estaba atento a los trabajos de carga de las mercancías, observando desde la distancia la concienzuda

faena de uno de sus hombres de mayor confianza, Jean Parsi. De esa manera se iniciaba un nuevo viaje hasta Argelia.

Cayol fue interrumpido por M. Carlini, su segundo oficial.

—Capitán, ha llegado el parte meteorológico. El señor Guizol le espera en el puente de mando.

Cayol acudió de inmediato al puente, ese parte le tenía preocupado y tenía especial interés en confirmar la previsión cuanto antes. Guizol estaba frente a la mesa en la que estaba desplegada una carta náutica del Mediterráneo occidental; sobre ella, una pequeña brújula de latón, un compás de puntas, un juego de regla, escuadra y cartabón, un pequeño cajón con unos lapiceros y una goma de borrar. En ella estaba marcada la ruta habitual que seguía el Chanzy cada semana con destino a Argel, dejando a las Baleares a estribor.

El oficial estaba concentrado en el boletín meteorológico que les habían entregado desde la capitanía del puerto.

—¿Qué dice? —preguntó Cayol.

—Vamos a tener un viaje movido, señor. A lo largo de la tarde se prevén fuertes vientos de primer y cuarto cuadrante que irán en aumento durante la noche.

Estos vientos del norte, tanto la tramontana como el mistral de componente noroeste y el gregal del noreste, cuando soplan con fuertes rachas, son capaces de levantar un temible oleaje que dificulta sobremanera la navegación.

—Iniciaremos la ruta ordinaria. Si vemos que se cumple el parte, ya corregiremos la ruta hacia el golfo de León. Ya veremos —dijo Cayol mientras echaba un vistazo al documento.

En algunos casos, si el temporal era muy potente, aprovechaban el canal entre Menorca y Mallorca para encontrar refugio en la costa sur de una de las dos islas y proseguir con más garantías la travesía.

—De acuerdo, señor.

—Voy de nuevo a cubierta. No creo que tarde mucho en llegar el pasaje —dijo Cayol abandonando el puente.

Bajo el atento control del sobrecargo, el trabajo de los estibadores iba reduciendo poco a poco el tamaño de la enorme pila de mercancías con destino a Argel.

A media mañana apareció un primer carruaje que se detuvo a pocos metros frente a la pasarela de acceso al buque. De él bajó un hombre elegantemente vestido que se dirigió hacia la rampa de embarque. Tras él, el cochero llevó su maleta hasta donde aguardaba un miembro de la tripulación. La recepción de los pasajeros corría a cargo del segundo oficial, el marsellés Nicolás Carlini.

—Buenos días, señor —le dijo sonriendo Carlini.

El hombre correspondió con una sonrisa, entregándole su pasaje.

—M. Bolondo —dijo, leyendo el billete—, bienvenido al Chanzy, señor.

—Gracias, oficial.

Tras una señal de este, un muchacho de la tripulación recogió el equipaje que portaba el cochero y enfiló la rampa.

La faena de botones era llevada a cabo por algunos de los jóvenes camareros, que en esas primeras horas no eran necesarios en el comedor.

—Sígame, señor, le acompañaré hasta su camarote —dijo el joven.

Enfilando la pasarela, subieron a bordo hasta la primera cubierta, atravesaron el lujoso salón en dirección a la zona de popa y bajaron al piso donde estaban situados los camarotes de primera clase. Caminando a lo largo de un estrecho pasillo, llegaron al camarote número dos, ese era el que indicaba el billete que le había mostrado Bolondo.

—Este es, señor. Espero que disfrute del viaje, señor.

Bolondo sacó una moneda del bolsillo de su chaleco y se la entregó al joven que le había portado el equipaje. El chico agradeció la propina con una sonrisa. Bolondo penetró en el lujoso camarote enmoquetado. En él, dos camas con un par de banquetas situadas a sus pies y un armario; a su lado, un pequeño lavabo, sobre el que

colgaba de la pared un espejo. Las cortinas, las sobrecamas y las banquetas estaban tapizadas a juego. Detalles como la calefacción y el acceso a una terraza cubierta daban a estas cabinas una gran categoría. Por este tipo de camarote había pagado la nada despreciable cifra de 90 francos.

Bolondo tenía su camarote a estribor del buque y su habitación daba al muelle. Asomándose al portillo, curioseó la llegada de un nuevo carruaje. El cochero bajó de un salto y abrió el portón; en el suelo depositó un pequeño cajón que servía de escalón para facilitar el descenso de los pasajeros. Del carruaje descendió un hombre alto con vestimenta militar; girándose hacia el portón, alargó la mano para ayudar a bajar a una elegante y hermosa dama. Tras ella bajó un crío y, seguidamente, una chica con otra pequeña criatura en brazos. «Por su vestimenta, probablemente se trata de la niñera de la familia», pensó Bolondo. El cochero, con la ayuda de un par de chicos de la tripulación, descargó el equipaje mientras el militar y su familia se acercaban a la pasarela, donde, de nuevo, el sonriente Carlini les dio la bienvenida recogiendo sus billetes.

Bolondo se retiró de la ventanilla y se sentó en su cama. Su reloj de bolsillo marcaba las diez cuarenta. «Es pronto, echaré una cabezadita», pensó, la noche anterior había estado de diversión y se había acostado tarde.

—*Messieurs Fémélieux* —dijo el oficial—, bienvenidos al Général Chanzy. Son cinco, ¿verdad, *monsieur*? —preguntó sonriendo Carlini, con la consiguiente confirmación del militar—. Muy bien, adelante, disfruten del viaje.

El chiquillo se adelantó y con gran ilusión remontó la rampa a toda prisa. La mujer que llevaba a la otra cría en brazos le seguía algo desbordada.

Paul Fémélieux era militar, concretamente, ostentaba el cargo de teniente. Estaba casado en segundas nupcias con Mme. Germaine Blanchenay. De su primer matrimonio tenía dos hijos, y de este, dos más. Estos últimos eran los que los acompañaban: Yves, con cinco años recién cumplidos, y Chantal, con un par de añitos.

Con ellos viajaba la asistenta que se encargaba de los niños, Marie Garcin, de veintiún años. La familia viajaba hasta Argelia a visitar a los padres de Mme. Féméliaux. Estos todavía no conocían a sus nietos.

Un nuevo coche llegó al muelle, esta vez a motor. De la parte posterior bajó una pareja. Del maletero, un par de maletas y sendos arcones. Al ser requeridos, dos chicos de la tripulación se acercaron a recoger el equipaje.

—Buenos días *messieurs* —saludó uno de los chicos—. ¿Estos arcones pueden ir a la bodega?

—Sí, sí —contestó el hombre recién llegado—. Los equipajes vienen con nosotros, gracias.

—De acuerdo, *monsieur*.

Los nuevos pasajeros se dirigieron hacia la rampa de embarque, donde esperaba el segundo oficial.

—Buenos días, *messieurs*.

—Buenos días —contestó la pareja.

—¿Sus pasajes, por favor?

—Aquí tiene.

—*Messieurs* Mollinari, ¿correcto?

—Así es.

—Pues adelante, los chicos los acompañarán hasta su camarote. Buen viaje —les deseó.

Los Mollinari eran un matrimonio formado por Marius Mollinari y su esposa Velia Sonnino; a su vez, eran pareja artística del canto, mimo y danza; eran conocidos como el dúo Jolly-Velia. Tenían previsto zarpar con destino a Argel dos días antes, pero una inoportuna fiebre hizo que tuvieran que retrasar el viaje.

La mañana era fría y el creciente viento norte soplaba cada vez con más fuerza.

La estiba iba avanzando. Además de la carga del muelle, en la bodega se almacenaban también los equipajes de los pasajeros a medida que iban llegando. Parsi, el sobrecargo, al tiempo que iba registrando en su cuaderno la carga que subía a bordo, supervisaba

su correcta disposición y su adecuado anclaje, algo fundamental sobre todo en días con la mar movida: debía evitarse a toda costa el desplazamiento de la carga que pudiese provocar una escora que pusiera en peligro la estabilidad del buque.

Al poco rato, sobre el muelle aparecieron los agentes de aduanas Bodez y Duraz. En sus caras estaba dibujada la alegría e ilusión por embarcar hacia su nueva vida. Sus equipajes eran transportados nuevamente por el par de críos de la estación, quienes la noche de la llegada a Marsella de los agentes cotillearon con disimulo durante el trayecto hasta el hostel de a qué hora debían estar de nuevo prestos para portar en sus carretillas el pesado equipaje y, cómo no, intentar conseguir de nuevo un generoso donativo.

Esquivando viandantes y trabajadores del puerto que iban y venían en todas direcciones, llegaron al fin frente al buque. El desconcierto en cuanto a la discrepancia en el nombre del barco les tenía algo preocupados. Ya se había formado una pequeña cola de pasajeros con los que iban a compartir viaje. Ante ellos reconocieron, con agradable sorpresa, a los malabaristas que habían visto actuar en el Alcázar la noche anterior, Derenga & Green. Tras los acróbatas, llegó su turno.

—Buenos días, *messieurs* —dijo de nuevo Carlini.

Cada uno de ellos tenía ya su billete en la mano para entregárselo al oficial.

—Disculpe, señor. Viajamos a Argel y nuestros billetes confirman este muelle, pero el nombre del buque es el Marechal Bugeaud —comentó Duraz.

—Cierto, señores, pero el Marechal Bugeaud ha sufrido una avería y va a ser sustituido por el Général Chanzy; son buques prácticamente iguales.

Tras la comprobación de sus pasajes, ascendieron por la pasarela, dejando atrás, por fin, suelo francés.

Sus pasajes eran de segunda, por los que habían pagado 75 francos. La compañía ofrecía para sus trayectos desde billetes de primera clase, por 90 francos, hasta billetes de cuarta clase, por los

que apenas se pagaban 22. Accedieron a cubierta y bajaron un par de pisos recorriendo un estrecho pasillo hasta la zona de camarotes de segunda. Uno de los chicos de la tripulación les orientó hasta el número quince de su cabina. Entraron al pequeño y sencillo habitáculo. A mano derecha tenían una litera; enfrente, un par de banquitos donde depositar sus equipajes y un pequeño armario.

En el andén, donde los familiares de muchos de los pasajeros esperaban ya la salida del buque, se respiraba un ambiente festivo envuelto en un contraste de emociones.

Instalados ya en su camarote, Marcel y Georges decidieron subir a cubierta a la espera de la ansiada partida. El ajetreo en el muelle, con la llegada de los pasajeros y el duro trabajo de aquellos sudorosos hombres embarcando la carga, entretenía su espera. Marcel observaba fascinado el enorme buque: poco a poco iba descubriendo detalles y colores que la oscuridad de la noche anterior le había impedido distinguir. Lo que más le llamó la atención fue la enorme chimenea roja con la ancha franja negra que remataba su parte superior; calculó que medía entre ocho y diez metros. En la cabina de mando se veía a un par de oficiales que estaban dialogando.

Los dos chicos avanzaron hacia la cubierta delantera, en la que algunos pasajeros ocupaban ya los bancos que había en ella. La cubierta, las barandillas y los bancos eran de madera; había correajes, ruedas salvavidas amarradas, diversos botes de salvamento a ambos costados del buque..., un montón de detalles entre los cuales a Georges le hicieron mucha gracia los respiraderos, unos curiosos artilugios cilíndricos de unos dos metros de altura cuya apertura tenía forma parecida a la campana de una tuba.

Su atención se centró en la grúa que estaba en plena faena; bajo ella se abría la cubierta que daba acceso a la bodega, en la que ya se apreciaba gran cantidad de bultos y equipajes. Al llegar a la proa se asomaron por la borda, comprobando la considerable altura que les separaba del muelle. Volviendo la vista atrás, la enorme chimenea dejaba ya escapar los primeros humos; bajo ella, los dos oficiales seguían charlando.

En cubierta, varios pasajeros se entretenían observando el ajetreo del muelle y algunos marineros iban de un lado a otro, todo ello en medio del creciente y gélido viento que, paulatinamente, iba aumentando su intensidad. Ansiosos por continuar con su inspección, pasaron de nuevo por uno de los pasillos contiguos al gran salón y que les conducía a la cubierta posterior, la de popa. Sobre sus cabezas tenían dos enormes botes salvavidas y más hacia la zona de popa podían observar otros dos. De igual manera estaban dispuestos otros cuatro en el costado de babor del *liner*.

—Buenos días, señores —saludó un hombre uniformado de la tripulación—. Soy el capitán Cayol.

—Buenos días —contestaron los chicos.

—¿Qué tal se encuentran esta mañana? ¿Animados?

—¡Sí! Estamos ansiosos por zarpar —respondió Georges

—¿Qué los lleva a viajar hasta Argelia?

—Trabajo, señor. En unos días nos incorporamos a nuestros nuevos destinos como agentes de aduanas.

—Agentes de aduanas, buen trabajo —afirmó el capitán.

—¿Es su primer viaje en barco?

—Sí, así es, estamos un poco nerviosos por el tiempo.

—No se preocupen, no se darán cuenta y mañana sobre las tres de la tarde estaremos en África —dijo sonriente el capitán para tratar de confiar a los chicos.

—¿Cuánta tripulación lleva el barco, capitán?

—Somos setenta.

—¿Y pasajeros?

—Esta vez embarcamos a ochenta y siete. Un total de ciento cincuenta y siete personas.

Desde la cubierta de popa, que era más ancha y despejada, podían observar con más detalle el duro trabajo de los estibadores que seguían subiendo a bordo la carga amontonada en el muelle; de igual manera, podían curiosear ante la llegada al muelle de los pasajeros y que iban formando ya una larga cola frente a la pasarela, donde el oficial los iba recibiendo. Todo ese trajín les tenía fasci-

nados. El final del buque estaba flanqueado por la enorme bandera francesa que ya habían podido ver la noche anterior.

De pronto, a Marcel le llamó la atención la llegada de dos chicas que se pararon a la altura del sobrecargo, que en ese momento estaba en el muelle, comprobando las últimas cajas que se subían a bordo.

—Buenos días, señor. Somos las nuevas camareras. Nos han dicho que nos presentemos a M. Lucien Malrait —dijo una de ellas.

—Muy bien, señoritas, suban a bordo por esta misma pasarela —respondió Parsi, señalando la misma rampa por la que lo hacían los estibadores—. Asciendan dos pisos y a mano derecha entren en el comedor principal, pregunten por él.

Marcel no las perdía de vista, sobre todo a una de ellas: una guapísima morena que desde la distancia le llamó la atención. «Me suena esa chica, no sé...». Las muchachas desaparecieron de su vista al penetrar en el buque.

—¿Las has visto, Duraz? Esa chica morena es guapísima, me he enamorado —dijo Bodez sonriendo y provocando la risa de su compañero.

—Sí que son guapas, sí.

—La cuestión es que esa morena... Dijo pensativo.

Las dos jóvenes accedieron al buque siguiendo las indicaciones del sobrecargo y allí encontraron a M. Malrait, responsable del restaurante.

—Buenos días, buscamos a M. Lucien Malrait —dijo una de las chicas.

—Buenos días, señoritas, soy yo.

—Ella es Marie Crespel y yo soy Camile Clément. Somos las camareras.

—Ah, sí, les estaba esperando. Síganme, por favor.

Las dos chicas fueron tras Malrait a través del enorme comedor en busca del *maître*.

—Buenos días, señoritas. Soy Joseph Cotte, el *maître*. Las acompañarán a su camarote, donde encontrarán sus uniformes. Cambiense y vuelvan enseguida, que empezamos la tarea ya.

Las dos chicas eran amigas desde hacía unos meses. Se conocieron en la cafetería donde trabajaba Marie, Camile solía ir a desayunar allí. Esta última era camarera de habitaciones en la misma compañía desde hacía años; rubia, de ojos azules, media melena y más bien bajita. En cambio, Marie era la primera vez que subía a un barco; una chica alta, con melena morena, grandes ojos negros y de finas facciones. Llamaba la atención por su belleza.

Sobre el muelle todo seguía a su ritmo. Los minutos avanzaban y se acercaba la hora de partida tan ansiada por los dos aduaneros. Los chicos seguían en cubierta contemplando la llegada de nuevos pasajeros y la desaparición paulatina de aquel montón de mercancías, a la que aquellos incansables hombres habían reducido casi en su totalidad. La llegada de los carruajes despertaba en los chicos la curiosidad por descubrir quién era el siguiente pasajero. Esta vez su sorpresa fue mayúscula: del nuevo carruaje descendió ni más ni menos que Francis Dufort, seguido de la guapísima Elisa Henry, la misma que acompañó a Dufort en el escenario la noche anterior.

Mientras, en el interior, las dos chicas ya cambiadas se presentaron ante el *maître*.

—Bueno, señoritas, ¿tienen experiencia como camareras, verdad?

—Sí, señor —dijo Camile—. He estado en varios buques de la compañía.

—Para mí, embarcar es nuevo, hasta ahora había trabajado en una cafetería —añadió Marie.

—Bueno, no se preocupe, ya le iremos indicando su faena. Trabajarán juntas —respondió Malrait—. Ahora empecemos a montar las mesas para el almuerzo.

A bordo, pasajeros y tripulación se mezclaban en un ir y venir de equipajes. La pasarela seguía transitada por nuevos pasajeros a los que los dos jóvenes seguían examinando, saciando así su curiosidad. El turno era ahora para un súbdito alemán, el Dr. Hammer, hombre joven, poco más de treinta años, rubio, de nariz achatada, llevaba un cuidado bigote. Carlini le recibió con un saludo en ale-

mán al comprobar su nacionalidad. Tras él se acercaron los señores Audivert; Antoine Audivert era notario e iba acompañado de su esposa, Joséphine.

El día se iba estropeando, el cielo estaba cada vez más cubierto y el viento aumentaba su intensidad. El frío se hacía notar en las caras y las manos de las personas que andaban en cubierta, provocando el ajuste de sus prendas de abrigo para intentar mitigar la baja temperatura.

En el comedor, los camareros estaban en plena faena montando ya las mesas. Marie llevaba una bandeja repleta de cubiertos con el escudo de la compañía en el mango. Uno de los niños Fémélieux, que andaba jugueteando y corriendo por la zona, era perseguido por la niñera que le ordenaba que parase de corretear. En su huida chocó con Marie, provocando el desequilibrio de la bandeja y la caída al suelo de los cubiertos, con el consiguiente estruendo. La chica se agachó rápidamente; el niño y todo el personal que se encontraba en el comedor se pararon ante el estallido de los cubiertos. La niñera agarró del brazo al crío y pidió disculpas a la joven; ella estaba agachada recogiendo los cubiertos, escondida tras sus cabellos para evitar la mirada directa de toda aquella gente.

Marcel, que había presenciado la escena en el momento de penetrar en el comedor para resguardarse un poco del frío, corrió en ayuda de la chica. Agachándose junto a ella, sus miradas se cruzaron y enseguida la joven bajó la cabeza desviando su vista. Un escalofrío recorrió a Marcel al reconocerla: ¡sin duda alguna, esa chica era la de la biblioteca! Su pulso se aceleró aún más.

—Gracias, señor. No se preocupe, ya lo recojo yo.

—Me llamo Marcel, Marcel Bodez...

—Yo soy Marie...

Enseguida terminaron de recoger los cubiertos y se levantaron quedando en pie, enfrentados, mirándose a los ojos en silencio. De pronto ella reaccionó y, dándole las gracias, siguió con su trabajo. Marcel se quedó unos instantes quieto observando a la muchacha

que se alejaba de él. Una mano en su hombro le rescató de sus pensamientos.

—Sí que es guapa, sí —dijo Duraz

—Georges, esta chica es de la que te he hablado tanto. ¡Sí, hombre, la misteriosa chica de la biblioteca! —exclamó Marcel.

Los dos chicos observaron con curiosidad a la chica mientras abandonaba el salón en dirección a las cocinas.

Se acercaba la hora de zarpar y el flujo de pasajeros disminuyó. De la chimenea del buque salía ya una gran columna de humo rápidamente dispersada por el viento. En las entrañas del paquebote, los fogoneros andaban ya con su duro trabajo de suministrar carbón a la enorme boca de las calderas. Los maquinistas, entre manivelas y manómetros, controlaban la presión de las calderas para conseguir el máximo rendimiento a la hora de zarpar. También en la cocina del buque el chef Boccoz dirigía a sus hombres en la elaboración de la primera comida del día; ollas humeantes, sartenes calientes, preparación de platos... A su vez, desde la despensa, Jean Rossi, el gambucero, proporcionaba los productos necesarios para la elaboración de los diferentes menús. Todo en el interior del *liner* estaba poniéndose a punto para el inicio del viaje.

En el exterior, sobre el muelle, seguía la expectación de los familiares ante la inminente partida.

—Bienvenido a bordo... *monsieur* Halouze —saludó por enésima vez Carlini.

Georges Halouze, argelino, dueño de una importante confitería de París. Viajaba a su ciudad de origen a visitar a sus familiares en busca de unos días de descanso tras las duras jornadas de trabajo durante las Navidades.

De nuevo desde cubierta, los chicos seguían sin perder detalle de la ajetreada mañana. A pesar del entretenimiento, los nervios seguían aguijoneando el estómago de Marcel, al que no se le borraba la mirada de la chica. «¿Casualidad o destino?», eso era lo que rondaba dentro de su cabeza. La siguiente era una dama que llamó la atención de los chicos debido al pequeño perrillo que llevaba en

brazos y que no paraba de ladrar. Tras ella era el turno de una joven y elegante chica, Mlle. Lucie Weill, alemana; viajaba a Argel a visitar a una de sus hermanas que estaba a punto de dar a luz.

El turno frente a la rampa era para M. León Monnier, vicecónsul de Dinamarca en Orán; regresaba a su consulado tras unos días de descanso en la capital francesa. Era ya mediodía y frente a la pasarela aún aguardaban varios pasajeros para embarcar.

A bordo, en el comedor, el capitán y el doctor del *liner*, Ange Catanei, conversaban tranquilamente. Catanei era el médico del buque, amigo personal de Cayol desde hacía años. Junto a este, fue destinado desde el paquebote Marechal Bugeaud al Général Chanzy.

Su conversación fue interrumpida por Jean Parsi:

—Capitán, tenemos un problema: una de las pasajeras está temerosa del viaje, dice que el día se prevé muy agitado y quiere desembarcar.

—¿Desembarcar? ¡Demonios! ¿Quiénes son? —exclamó Cayol.

—Son un matrimonio, los Mollinari. La esposa es la que está aterrada.

—¡Vaya, hombre! ¿Llevan equipaje en bodega? —preguntó el capitán.

—Sí, capitán, ya lo he comprobado y han sido de los primeros en llegar. Habría que vaciar más de media bodega para acceder a sus arcones.

Cayol pensó un instante y preguntó a Parsi dónde se encontraban los pasajeros.

—Iré a hablar con ellos.

Los tres caballeros acudieron al camarote de los Mollinari para intentar convencer a la pareja de lo inoportuno de su decisión en esos momentos tan adelantados del embarque. Tras una tranquilizadora conversación, el experimentado capitán consiguió convencer a la señora de que el estado del mar no empeoraría y que se preveía una mejora durante el trayecto.

La cola de pasajeros llegaba a su fin. Tan solo faltaban por completar la lista el comercial español Antonio Sanchidrián, el jesuita Gabriel Billot y los ingleses Mrs. Michael y Gertrude Bruce. Tras ellos subió a bordo el oficial con el registro de pasajeros completado. Ya desde la cubierta, dio la orden a los encargados del muelle de que podían retirar la pasarela de embarque, sellando la barandilla de acceso con dos cadenas. La carga del muelle había desaparecido, todos los pasajeros estaban ya a bordo, faltaban pocos minutos para las trece horas y todo estaba a punto. En el puente de mando Cayol sacó su reloj de bolsillo y miró la hora, eran las 12:45. En ese momento interrumpió el segundo oficial.

—Todo a punto, señor.

—Gracias, oficial.

Cayol salió de la cabina bajando las escaleras que daban al enorme salón en el que los camareros estaban en plena faena. Le gustaba asegurarse y confirmar que estaba todo a punto y su tripulación en sus puestos. Su recorrido le llevó hasta la sala de máquinas. Allí estaba Rigobert Sylvestre, jefe de máquinas, el responsable de que su preciada máquina a vapor estuviera a punto para mover aquel enorme y pesado barco.

—Señor Sylvestre, ¿todo en orden? —preguntó Cayol.

—Sí, capitán, aquí abajo todo a punto, señor. Cuando quiera podemos zarpar.

Cayol asintió y prosiguió su ronda para cerciorarse de que todo estaba dispuesto. Todo debía estar en orden; hombre meticoloso, sin cabos sueltos. Sabía que el viaje iba a ser movido y acudió a la bodega para cerciorarse que la carga estuviera bien asegurada. Una vez conforme, salió a cubierta, donde los pasajeros iban intercambiando las últimas palabras con sus familiares que estaban en el muelle. Seguro ya de que todo estaba en orden, había llegado la hora de zarpar. Eran las 13:00 horas del 9 de febrero de 1910. Pensativo, penetró en la cabina del puente de mando, donde Guizol esperaba órdenes.

—Señor Guizol, zarpemos, todo a punto.

La potente bocina del barco dio la señal de partida a toda la tripulación. El segundo oficial que estaba en cubierta, tras el visto bueno del agente de autoridad portuaria, dio la orden a los trabajadores del muelle para que soltaran las amarras de los noráis, liberando por fin al Chanzy; los marineros se apresuraron a recoger los enormes cabos. El humo de la chimenea aumentó bruscamente y el buque empezó a moverse lentamente, separándose del muelle e iniciando su marcha. Bodez y Duraz estaban en la cubierta de proa disfrutando de sus primeras sensaciones sobre el mar. Lentamente, se aproximaban a la bocana del puerto; ante ellos tenían ya el ansiado Mediterráneo, el enorme mar que debían atravesar hasta su destino, Argel.

CAPÍTULO SIETE



El tránsito de pasajeros y mercancías entre el puerto de Marsella y las numerosísimas colonias francesas del norte y centro de África era continuo, sobre todo a través de dos puertos estratégicos: uno de ellos era el de Argel, en Argelia, anexionada a la República francesa en 1848, y el otro puerto importante era el de Túnez, que desde 1881 era un protectorado francés.

Esa misma mañana, desde el puerto de Argel, un buque de la Compagnie Navigation Mixte soltaba amarras para realizar el viaje inverso al *Général Chanzy*. Se trataba del vapor *María*, al mando del cual estaba el comandante Size. El día, en aguas norteafricanas, amaneció tranquilo y sin indicios del mal tiempo al que apuntaba la previsión del parte meteorológico del que disponían. A causa de la menor eslora de este barco con respecto al *Chanzy*, decidieron tomar la ruta entre Menorca y Mallorca, adentrándose en el golfo de León para capear con mayores garantías el oleaje previsto.

La travesía a bordo del *Chanzy* avanzaba y, tras instalarse en sus respectivos camarotes, en los concurridos pasillos de segunda clase se percibía la alegría de los viajeros que acudían al salón. El comedor estaba ya en plena ebullición; los primeros pasajeros iban ocupando sus mesas y los camareros comenzaron a distribuir los primeros servicios. El jefe de cocina,

Jean Boccoz, había decidido, junto a su equipo, que, dado que el estado del mar se preveía movido, era mejor evitar incluir en el menú platos líquidos como consomés o purés. Así, en ese almuerzo, para los pasajeros de primera y segunda clase se sirvió de primer plato unos huevos duros gratinados con salsa bechamel; un segundo plato compuesto por escalope de ternera y patatas asadas con mantequilla, y de postre se ofreció una tarta Charlotte. El ir y venir de los camareros entre la cocina y las mesas era intenso; entre ellos estaba Marie, que, a pesar de su poca experiencia en grandes restaurantes, se estaba desenvolviendo de manera excelente. No tardó mucho en llenarse el elegante comedor. El ambiente festivo reinaba entre el pasaje, que ya empezaba a disfrutar del almuerzo.

En el puente de mando, Cayol y Guizol eran conscientes de que el estado del mar empeoraba rápidamente. Desde el refugio que les daban los cristales de la cabina, observaban sobre la cubierta de proa las últimas maniobras de un par de marineros que, ya empapados, trataban de asegurar algunas partes movibles; también podían ver a otro de ellos que revisaba el estado de los cabos de amarre de los botes de salvamento.

—Señor Guizol, voy a almorzar, me esperan mis invitados — dijo Cayol.

—Sí, señor, no se preocupe. Si hubiera novedades, le aviso.

La mayoría de mesas del comedor estaban ya ocupadas y los primeros platos estaban ya servidos. En una de las mesas, gracias a la habilidad y el don de palabra de Georges, los dos chicos habían tomado asiento junto al famoso cantante Francis Dufor. Poco antes, al salir hacía el comedor, en los pasillos de los camarotes de segunda habían coincidido con el cantautor, que se alojaba en una cabina cercana. Duraz le abordó felicitándolo por su actuación de la noche anterior, dándole coba y comentando que eran seguidores suyos. Esto les valió de inmediato la simpatía del artista. De camino, recogieron de su camarote a Mille. Henry. Al llegar, Dufor les ofreció compartir la mesa, que, en parte, estaba ya ocupada por un grupo de amistades del cantante, a los que presentó.

—Señores, a mi lado les presento a mis nuevos amigos, dos agentes de aduanas que cruzan por primera vez el Mediterráneo; van a incorporarse a sus nuevos puestos de trabajo en Argelia. Ellos son Marcel Bodez y Georges Duraz. Los acabo de conocer, pero me parecen dos personas con muy buen gusto: ¡ayer mismo estuvieron en mi espectáculo! Jajaja —dijo Dufor, que rompió a reír a carcajadas.

—¿No nos querrán hacer una inspección, verdad? —añadió uno de los comensales, haciendo reír a toda la mesa.

—Les advierto que también les estuvieron viendo a ustedes. Espero que en sus equipajes no traigan algún artilugio de contrabando desde América —dijo Dufor, dirigiéndose a los acróbatas Derenga & Green y haciendo estallar en risas a los demás comensales—. Me he permitido invitar a nuestra mesa a estos dos jóvenes, si no tienen inconveniente, claro está.

—Es para nosotros un honor—agradeció Georges.

Los ocupantes de la mesa asintieron con la cabeza, saludando a los dos jóvenes.

—A mi derecha les presento a Mme. Marcelle Lafarre, excepcional adivina y cantante —iba diciendo de nuevo Dufor—. A su lado, los cómicos belgas Jean y Stéphanie Stakey. Le sigue el fantástico actor y gran amigo mío, Janiot. A continuación el hombre que es capaz de desenroscarse la cabeza! El maravilloso y único Nestor. En el otro extremo de la mesa tenemos a los artistas del *music-hall* Jolly y... su esposa, ¿Venía...?

—Está indispuesta, no nos acompañará —aclaró el hombre.

—A la izquierda de Jolly está mi guapísima acompañante en este viaje, Elise; y a su lado, a sus ya conocidos Leo y Georges.

—¿Por qué viajan tantos artistas juntos? —preguntó Duraz.

—Viajamos todos porque tenemos contratos para las próximas semanas en el Casino de Argel y en el Kursaal, donde, por supuesto, esperamos volverles a ver —contestó Dufor.

El entretenido almuerzo iba transcurriendo con cordialidad entre las entretenidas anécdotas e historias que iban contando los diferen-

tes artistas. El grupo formaba parte de la *troupe*. estas agrupaciones actuaban en territorio francés, pero también lo hacían en las colonias. Green contó, entre risas, que deberían haber viajado junto a Jolly-Velia unos días antes, pero por un inesperado y agradable reencuentro de su compañero Leo con una vieja amiga tuvieron que retrasar también el viaje, aprovechando para dar una última función a la que casualmente habían acudido los dos jóvenes la noche anterior.

En un momento del agradable almuerzo, Marcel distrajo su atención de la conversación por la presencia de Marie. La chica había aparecido tras la puerta de la cocina y se dirigía hacia su mesa portando varios platos en sus manos. La charla había quedado en un segundo plano. El joven se iba poniendo nervioso con la aproximación de la chica y sus pulsaciones se aceleraban, se sentía ruborizar. Al llegar repartió los platos y en su maniobra cruzó su mirada con la de Marcel, al que sonrió discretamente. Él le correspondió. Este detalle no pasó inadvertido a su compañero Duraz. El joven Bodez acompañó con su mirada a la chica hasta que desapareció nuevamente tras la puerta de la cocina.

—Marcel, vuelve —dijo Georges con una sonrisa.

Marcel le miró volviendo de su ensueño; también le sonrió.

Cayol llegó a la mesa presidencial, donde le esperaban ya el resto de sus acompañantes. La mayoría eran pasajeros de primera clase, entre ellos estaba M. Bolondo; el Dr. Hammer; el Dr. Catanei, médico del buque; el teniente Féméliaux y su esposa, Germaine; el teniente de infantería Faget, que regresaba a Bou-Saâda, en Argelia, donde estaba destinado, y finalmente un jesuita, el padre Billot, invitado expresamente por el capitán. Los hijos del matrimonio Féméliaux estaban en una mesa contigua, acompañados de la niñera de la familia.

Al llegar a la mesa, los caballeros se levantaron para recibir al capitán.

—Buenos días, *madames et messieurs*. Siéntense, por favor. Empecemos el almuerzo si les parece bien.

En la mesa principal, el servicio de los primeros platos empezó y la conversación se reanudó. Mme. Féméliaux estaba inquieta, no

le gustaba el hecho en sí de viajar en barco, pero si a todo ello se le sumaba el más que ostensible balanceo del buque y el color gris del día, su preocupación ante la travesía iba en aumento.

—Capitán, mi esposa está preocupada por el estado del mar, no le agrada navegar y menos en un día tan movido —dijo el teniente Féméliaux.

—No se preocupe, mi querida *madame*. He cubierto esta ruta cientos de veces con el mar en peor estado y este magnífico buque lo ha surcado perfectamente. Mañana a esta hora estaremos en Argel. Además, en casa me esperan mi esposa y mi encantadora hija de quince años, Suzanne, por lo que no pienso arriesgar lo más mínimo —contestó Cayol, esbozando una sonrisa.

Con un forzado gesto de alivio, intentó que pareciera que se sentía tranquilizada, pero en el fondo seguía igual de inquieta. Los comensales siguieron en sus charlas al tiempo que iban degustando sus menús.

—Dígame, padre, ¿para qué viaja hasta Argel? —preguntó Cayol al jesuita.

—Verá, capitán, mi diócesis en París me manda durante un tiempo a la Catedral de Nôtre Dame de Argel, a la prédica cuadragesimal de Cuaresma. Como usted sabrá, hoy es Miércoles de Ceniza, el primer día de Cuaresma. Queda poco más de mes y medio para Semana Santa y durante este tiempo mis compañeros de Argel necesitan refuerzos —sonrió el sacerdote—. Me hace mucha ilusión, no he estado nunca en África y me interesa mucho conocer cómo se desarrolla la confluencia con otra religión mayoritaria.

El transcurso del almuerzo se desarrollaba en un ambiente aparentemente relajado y en una atmósfera de relativa normalidad pese al continuo movimiento del buque; algunas veces, estos balanceos acababan en pequeñas sacudidas, ante las que se oían algunas exclamaciones de nerviosismo. La degustación del magnífico postre dio paso a unas entretenidas tertulias acompañadas de un reconfortante té o café y, cómo no, de algún que otro licor que favorecía la distensión del viaje. A medida que finalizaban las entretenidas charlas, los pasajeros regresaban paulatinamente a sus

camarotes. Durante el trayecto de regreso a sus cabinas, los dos chicos pudieron comprobar que el movimiento del *liner* había aumentado y que les costaba cada vez más mantener el equilibrio.

—Me temo que vamos a tener un viaje movido —comentó Georges.

En el camarote de los pequeños Féméliaux, los bruscos movimientos del buque que hacían crujir y chirriar su estructura lo sumían en un entorno siniestro que tenía inquietos a los dos niños. Con los críos tumbados en sus camas, la niñera intentaba entreteñerlos con uno de sus enrevesados cuentos infantiles con el que conseguía transportarlos hasta el interior de sus fantasías, abstra-yéndolos de la realidad. El relato de la niñera consiguió tranquilizar a los pequeños hasta el punto que habían caído en un profundo sueño, ajenos al devenir del temporal.

Entrada ya la tarde, tras un rato intentando descansar en su camarote, Cayol acudió al puente de mando, donde confirmó sus sensaciones: iba a ser una travesía malísima. Tras los grandes ventanales podían contemplar el sobrecogedor espectáculo que les imponía la naturaleza. El fortísimo viento avivaba las tremendas olas, algunas de las cuales alcanzaban a salpicar hasta el mismo borde de la cabina. El capitán miró a su primer oficial con mirada de preocupación.

—Señor Guizol, vamos a tener una travesía peor de lo que esperábamos.

Frente a la carta náutica, Cayol modificó el rumbo y ordenó a Guizol su corrección.

—Vamos a virar el rumbo al oeste y pasaremos entre Mallorca y Menorca, como habíamos hablado. Esperemos encontrar mejores condiciones al sur de Menorca.

El buque iba surcando cadenciosamente aquellas terribles olas que cada vez cubrían con más ímpetu la proa del buque, provocando grandes cabezadas y fuertes movimientos. En el interior del barco, los rostros evidenciaban gran preocupación y, en muchas de las personas, el fuerte meneo del buque provocaba pánico y más de un mareo. Los pasillos tan solo eran transitados por algunos

camareros que iban de camarote en camarote anunciando a los pasajeros que esa noche no iba a haber cena en el comedor y que tan solo se serviría en los compartimentos algún alimento como cruasanes o galletas y botellines de agua.

Un tanto ajenos al devenir en el exterior, la frenética faena en la sala de máquinas continuaba, aunque a veces les costaba mantener el equilibrio e incluso acertar con sus paletadas de carbón en el interior de las enormes bocas de las calderas. Sylvestre, junto a sus maquinistas y su numeroso grupo de fogoneros, cercano a la veintena, se esforzaban en su afán por alimentar aquella magnífica máquina a vapor que liberaba toda su potencia en la enorme hélice que conseguía que el Chanzy avanzara a buen ritmo a pesar de las adversas condiciones marítimas.

Esa dura tarea de alimentar al corazón del buque en forma de máquina de vapor que a su vez abastecía de energía al resto del lujoso paquebote durante todas las horas que duraba el trayecto, se lograba gracias a esos hombres anónimos a los que nadie veía ni conocía y de los que se ignoraba su dura e importante labor. Estos fogoneros turnaban su tarea de alimentar al monstruo con la de descansar y paliar el agotamiento que suponía ese duro trabajo.

La cresta de las olas invadía la cubierta del buque hasta llegar, cada vez con más frecuencia, a bañar los cristales de la cabina de mando. Cayol y el primer oficial veían con más que preocupación la furia del Mediterráneo, que amenazaba con tragarse al *liner*.

—¡Esto va en auge, oficial! ¡El mar está enfurecido!

—Sí, señor, esto es más de lo que esperábamos.

La preocupación y el nerviosismo de Cayol eran fundados, especialmente porque unos meses atrás, en una de esas travesías hasta Argelia, el buque había sufrido daños de importancia debido al fuerte temporal de ese día y que lo había dejado al borde del naufragio, al que consiguió resistir gracias al efectivo trabajo de sus hombres y al de las bombas de achique. Lo que tenían enfrente se parecía mucho a aquel día.

CAPÍTULO OCHO



Ajenos al ajetreado viaje del Chanzy, Josep y su esposa estaban en la quesería finalizando la elaboración de las últimas piezas de queso de esa tarde. Alrededor de la mesa de trabajo, con sus manos mojadas hasta los codos por el suero que se escurría de entre los finos tejidos de los paños de tela, iban exprimiendo y dando forma a todo aquel cuajo para convertirlo en el preciado producto.

La fría y pequeña habitación estaba iluminada por la parpadeante luz del candil que danzaba al son de algún resto de la ventisca que conseguía colarse por el resquicio de la puerta y que distorsionaba a su ritmo las sombras de los dos payeses.

De vez en cuando, el fuerte ruido del viento y el sonido de las gotas de agua que se estrellaban contra los cristales de la pequeña ventana interrumpían su trabajo, observando con recelo el aguante de los cristales ante el embate de la tempestad. Al finalizar su faena, ya bien entrado el atardecer, cubiertos de nuevo con sus ropajes de abrigo, abandonaron la quesería cruzando el pequeño porche que les separaba de su vivienda; el retumbante sonido del temporal acompañó su breve recorrido hasta la puerta.

Al oírles, el perro grande salió del refugio de su pequeña caseta a su encuentro; las orejas gachas sobre su cabeza para protegerlas del viento y el tímido meneo de su cola hicieron que Josep sintiera compasión y lo soltara para que esa noche durmiera con ellos en el interior del hogar, junto al pequeño Truc. En esas noches tan desapacibles solían dejar abiertas las puertas de las boyeras para que sus animales pudieran cobijarse.

Ya en el refugio de la casa, cambiaron su húmedo calzado por unas zapatillas secas y, liberándose de sus fríos ropajes de abrigo, se cubrieron con sus templadas prendas de hogar. El perro se les adelantó y corrió junto al pequeño Truc a ocupar una vieja canasta de esparto situada frente a la chimenea; tras él, la pareja fue también en busca de su agradable calor. Eulalia, cumpliendo con una de sus tareas, era la encargada de mantener vivo el fuego de la chimenea. Unos minutos frente a la calidez del crepitante fuego consiguieron rescatar sus manos y sus rostros del gélido exterior.

Entrados en calor, Joana entró en la cocina, donde la cría había empezado ya a preparar la cena. Josep se acercó a la pequeña ventana que daba a la parte trasera de la casa, sobre la cual el impacto de las gotas de lluvia en sus cristales apenas dejaban distinguir algo de afuera. «Está haciendo mucho viento y mucho frío; será una noche dura», rumiaba.

—Miquel, ¿has dejado suficiente forraje a las vacas?

—Sí, padre. También he visto que los corderos se metían en las barracas. Todo el ganado está a cubierto.

Josep seguía en la ventana mirando hacia la fría oscuridad de la noche. Tras él, sobre una pequeña mesilla, Pau estaba sombreando con sus carboncillos el dibujo de un caballo con la cabeza algo extendida; en la brida destacan los pabellones que tapaban sus ojos para que fijara la vista al frente y no se descentrara del trabajo; en su boca, un filete al que iban enganchadas las largas riendas; la collarera en su pecho amarraba el arado que clavado en la tierra era canalizado por un hombre que con la otra mano sujetaba las riendas. Josep le observaba, contemplaba el magnífico y detallado trabajo al

que el crío daba forma, fruto de su habilidad con sus lapiceros y su extraordinaria imaginación. «Sin duda, estuvo viéndonos mientras arábamos la otra tarde», pensó.

El *liner* cada vez avanzaba con mayor dificultad en medio de una mar que empeoraba su estado a medida que pasaban las horas. La preocupación del pasaje y la tripulación cada vez era más patente. Los pasajeros estaban reclusos en sus camarotes al igual que el resto de tripulación que ya había terminado su turno. Tan solo algún camarero y algún que otro oficial iban recorriendo los pasillos atendiendo las demandas de los pasajeros.

En el camarote número quince de segunda clase, tumbado sobre su litera, Marcel se sentía inquieto. Harto de cavilar, decidió salir de la pequeña cabina y dar una vuelta por los salones en busca de distracción. Aquel estrecho pasillo, solitario, envuelto en el crujir de las maderas y en el parpadeo de algunos de los farolillos que iluminaban tenuemente su recorrido, hacían del lugar un escenario fantasmagórico. Con dificultad fue avanzando en dirección al salón principal, aferrándose a la barandilla para asegurar sus pasos. Al llegar allí se encontró con una agradabilísima sorpresa: Marie estaba sola, estaba terminando de limpiar una de las mesas del almuerzo. Respiró hondo y cruzó el salón para acercarse a ella. Marie, al verle, dejó lo que estaba haciendo y se incorporó.

—Buenas noches, Marie. ¿Todavía estás trabajando?

—Hola, Marcel. Sí, pero ya estoy acabando —respondió la chica un tanto sonrojada.

—¿Te apetece que nos sentemos un rato a charlar? No aguanto más encerrado en mi camarote con este movimiento y este estremecedor ruido que parece que nos vamos a partir en dos —le propuso algo nervioso Marcel.

—Sí, sí, ya casi había terminado y me iba a retirar —aceptó Marie con su bella sonrisa.

Los dos jóvenes se sentaron alrededor de la mesa que la chica acababa de limpiar.

—Bueno, Marie, creo que te conozco.

La chica le miró con cara de confusión.

—¿Cómo que me conoces?

—Veras, soy de Épinal.

La chica levantó sus cejas en señal de sorpresa; no esperaba ese detalle de aquel perfecto desconocido con el que en pocas horas había coincidido varias veces.

—Yo también soy de Épinal —respondió ella.

—Sí, me lo imaginaba, te vi en la biblioteca municipal hace unos nueve meses. Coincidimos algunas mañanas allí.

—Pues sí, puede ser. No suelo acudir mucho a la biblioteca, pero necesitaba preparar algún examen y allí tenía más tranquilidad que en casa —sonrió.

—¿Qué estás estudiando?

—Estoy cursando Farmacia y ,si no recuerdo mal, esos días fui para preparar un examen de Química. Pero yo no te vi, ¿dónde estabas?

—Pues justo frente a ti, unos escritorios más al fondo.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—La verdad es que no me atreví, y cuando estuve decidido a hablar contigo no volviste a aparecer. Te busqué, pero nadie sabía nada de ti y me di por vencido.

—Qué pena, me hubiera gustado conocerte allí —rio de nuevo.

—Vaya... —contestó, un tanto desconcertado— Y... ¿un examen de Química?

—Sí, si no recuerdo mal, en esa época necesitaba reforzar la dichosa tabla periódica, no sé si conoces mucho de esto, pero lo del peso atómico, el símbolo químico..., todo eso es un poco lioso. Cuando hube recopilado la información, no volví más.

—¿Y qué fue de ti después? —curioseó Marcel

—Pues ese era mi último examen del año y necesitaba trabajar una temporada para seguir pagando la carrera, que así es como la

voy sacando. Al terminar el curso decidí cambiar de aires y me fui a Marsella en busca de trabajo. Encontré uno en una cafetería del barrio antiguo en la que estuve hasta octubre, hasta que me harté de aguantar a mi jefe y de soportar a algún que otro borracho maleducado que me hacía sentir humillada y menospreciada. Entre cafés, coñacs y *cointreaus* para los mismos colgados de cada día, terminaba mi jornada en aquel antro y llegaba la hora de volver a casa. Para ello tenía que caminar por callejuelas solitarias, estrechas, oscuras y con un apestoso olor a orín y vómito, paredes que parecían cobrar vida a mi paso, ventanas que no paraban de observarme... Mi corazón latía con fuerza, aceleraba el paso para intentar dejar atrás esas miradas, esas sombras, esas atronadoras voces imperceptibles que me llamaban... Así cada noche. Todo esto me aterraba y me frustraba, no le veía sentido y necesitaba un cambio. Pocos días después encontré otro trabajo en un local de desayunos en el que estaba más a gusto y...

—¿Y cómo has venido a trabajar al Chanzy? —interrumpió el chico.

—Pues la verdad es que a mi amiga Camile, que ya lleva años trabajando para esta compañía, le habían ofrecido un cambio de buque y le pidieron que si tenía alguna conocida para cubrir la otra vacante que había quedado aquí, así que me lo dijo y aquí me tienes. ¡Aunque la verdad es que hubiera preferido estrenarme en un viaje menos ajetreado! —rieron los dos.

—Y tú, ¿qué me cuentas? —preguntó la chica.

—Pues en la época en que coincidimos en la biblioteca estaba estudiando para opositar a agente de aduanas, menos los días en los que tú aparecías por allí, en los que no conseguía concentrarme... —rio—. Al mismo tiempo estaba cumpliendo mi servicio en el hospital militar, del que me licencié en septiembre. Aprobé las oposiciones y poco después me trasladé a París, donde acabo de finalizar mi formación en la Central de Aduanas. Viajo junto a mi compañero Georges Duraz, el que estaba sentado junto a mí durante el almuerzo. Nos dirigimos a nuestro nuevo destino

en Argelia. Yo voy a la ciudad de Nemours, en la región de Orán. ¿Sabes dónde está?

—No —contestó la joven.

—Bueno, en realidad yo tampoco. Cuando me lo anunciaron busqué información del lugar, pero sé poca cosa...

—¿Tienes familia? —preguntó Marcel.

—Sí, tengo a mis padres y una hermana pequeña, de doce años.

—¿Doce años? ¿Entonces cuántos tienes tú? Perdona la pregunta, no quería...

—No te preocupes, no me molesta, yo tengo veintiuno, ¿y tú?

—Veintitrés —contestó Marcel.

—Y tú, ¿tienes familia? —interrogó de nuevo la chica.

—Tengo a mi madre y una hermana mayor que yo, que será mamá en unos días; a mi padre lo perdí hace casi un año —respondió Marcel con el rostro entristecido.

—¿Y cómo te ha dado por estudiar Farmacia?

—Pues la verdad es que no sé, en casa nadie tiene relación con ello, pero tenía una cosa clara y era que quería estudiar, no me resigné a trabajar en el servicio o de camarera toda la vida. Me gustó esto de la química; en cambio lo de medicina, la abogacía o ser maestra no me ilusionaba.

—Pero esto de farmacia es muy complicado, ¿no?

—Bueno sí, estoy empezando, apenas llevo dos cursos. Sin embargo, esto de preparar medicamentos, de mezclar elementos, fórmulas, reacciones químicas... me gusta.

Siguieron conversando largo rato contando anécdotas y vivencias, también hubo lugar para alguna que otra risa, a pesar del cada vez más brusco balanceo del *liner*. Charlando distendidamente, pasaron dos largas horas entretenidos como si se conocieran de toda la vida. De vez en cuando, algún que otro silencio en el que sus miradas se fijaban queriendo decir algo más eran interrumpidas por algún ruido o movimiento violento del barco, sacándolos del hechizo. Se había hecho tarde y decidieron retirarse a sus camarotes.

—Buenas noches, Marie. Me ha gustado mucho hablar contigo esta noche, hacía meses que deseaba este momento —dijo Marcel a la chica, que le sonrió.

—A mí también me ha gustado conocerte.

Al despedirse, Marcel se armó de coraje y le cogió la mano para besarla.

Al llegar a su camarote, Georges estaba aún despierto, tumbado en su camarote boca arriba con las manos tras la nuca y mirando al techo con gesto temeroso.

—Pero bueno, Marcel, estaba preocupado, ¡llevas casi tres horas por ahí! ¿Qué demonios estabas haciendo? ¿Te has perdido o qué? —interpeló un tanto irritado.

—¡Adivina con quién he estado hasta ahora! —dijo, sin dar tiempo a contestar—. ¡Pues ni más ni menos que con ella!

—¿Con quién? —respondió el otro, cariacontecido.

—¡Pues con quien va a ser, con Marie!

Georges cambió de semblante incorporándose sobre su costado, mostrando un renovado interés en saber qué y cómo había pasado.

—¿Cómo que con Marie? —preguntó, sonriendo con complicidad.

—¡Pues sí! Al salir a husmear por el barco llegué hasta el comedor, donde todavía estaba ella recogiendo. Estaba sola y ahí vi mi oportunidad. Estuvimos hablando hasta ahora. Efectivamente, es la chica de la biblioteca, también es de Épinal, como yo. Está estudiando Farmacia. He estado muy a gusto con ella. ¡Estoy muy contento, Georges! —contaba excitado sin dejar hablar a Georges—. Es guapísima y muy cercana; hemos quedado para charlar y tomar algo juntos mañana en Argel. Supongo que tendremos tiempo antes de salir para nuestros destinos, ¿no?

—Sí, supongo que sí, pero no depende de nosotros... No sé a qué horas tenemos tren, se me olvidó ese detalle —sonrió un tanto contrariado.

—Bueno, duérmete, que mañana tenemos un día largo.

Por un momento se les había olvidado el ajetreo del barco e intentaron conciliar el sueño. Marcel no paraba de pensar en ella, no

podía borrar de su mente aquel maravilloso rostro, cada facción, esos hoyuelos de sus mejillas al sonreír, sus perfectos dientes blancos tras esos labios a los que deseaba besar con todas sus fuerzas, sus manos, sus cabellos... ¡Toda entera era perfecta y por fin había estado con ella!

Las horas pasaban y los dos oficiales asistían asustados al espectáculo que les ofrecía el colérico Mediterráneo. Una cosa era segura, y es que esa noche Cayol no se iba a poder acostar ni un rato. En cada cabeceo, la proa era barrida por las feroces olas, que provocaban que el agua se colara en las bodegas, donde los marineros se afanaban en achicarla. En las entrañas del buque, las máquinas seguían al máximo rendimiento gracias al duro esfuerzo de los fogoneros, que a pesar de las dificultades por mantenerse en pie seguían alimentando a las voraces calderas. La maldita brújula parecía poseída, no paraba quieta ni un segundo, impidiendo saber con certeza el rumbo que llevaban. Eso complicaba aún más los cálculos de Cayol para intentar rectificar las corrientes y transmitir a su oficial la derrota que se debía mantener.

Todo ello no hacía más que aumentar su temor por poder mantener a flote el majestuoso paquebote que estaba a merced del embravecido mar que no les daba tregua. Al mando del timón, Guizol seguía las ordenanzas del capitán; el agua que salpicaba las cristalerías no conseguía ser eliminada suficientemente por el limpiaparabrisas, complicando aún más su labor. Tan solo el potente foco situado en lo alto de la cabina seguía iluminando la cubierta y el oleaje, ayudando enormemente en su cometido.

De repente, en unos de los bruscos cabeceos del barco, los dispositivos de sujeción de agarre de un bote salvavidas cedieron, dejándolo caer sobre la cubierta. La siguiente ola se lo llevó por delante, arrojándolo al mar.

—¡Dios mío, capitán! ¡Acabamos de perder uno de los botes salvavidas de babor, se lo ha tragado la enorme ola! —gritó aterrado el oficial.

—¡Estamos a merced de las olas, hemos perdido el rumbo y el oleaje nos azota por todos los flancos! ¡Corrija el rumbo, oficial!

El *liner* quedó a merced del oleaje que lo azotaba de través. Desde su posición, aquellos dos experimentados marinos intentaban rectificar el rumbo para recibir la marejada de aleta y navegar a favor del oleaje, corriendo el temporal. Poco a poco lo fueron consiguiendo, aunque el bravísimo mar provocaba fuertes cabeceos, hundiendo la proa y saliendo esta despedida hacia arriba con fortísimos movimientos de balanceo que hacían chirriar toda la estructura del casco. En las entrañas del paquebote la tarea era cada vez más complicada y en repetidas ocasiones los fogoneros perdían el equilibrio cayendo al suelo, haciendo, aún si cabe, más duro su trabajo.

—Oficial, intentemos recibir el mar por la popa a ver si podemos mantener el rumbo.

—¡Lo sé, señor, pero el mar nos vence!

A duras penas, los esfuerzos conseguían mantener el rumbo correcto y el fuerte oleaje estaba agotando las fuerzas de los dos oficiales.

El bote que acababan de perder dejó libre uno de los cabos de sujeción con un enorme cuadernal en el extremo, el cual se convirtió en un peligroso péndulo que iba oscilando frente a la cabina al son del movimiento del barco. En un fortísimo golpe de mar, el pesado péndulo cambió repentinamente su trayectoria impactando de lleno sobre el cristal delantero de la cabina, haciéndolo añicos y dejando a los hombres a merced de las salpicaduras que entorpecían aún más su ardua labor. Guizol intentaba, como buenamente podía, aferrarse al timón y fijar la vista en su trayectoria. A su lado, el capitán observaba aterrado el sobrecogedor espectáculo.

De nuevo y sin descanso, otra enorme ola alcanzó de lleno al barco penetrando en el puente, donde Cayol y Guizol cayeron al suelo en un tremendo caos. Todos los demás cristales estallaron, dejando la cabina totalmente abierta. El capitán se incorporó agarrando el timón para intentar recuperar el rumbo. La pérdida mo-

mentánea del control del barco produjo una enorme sacudida que aterró a todo el pasaje. Guizol trataba de incorporarse a pesar de que se había hecho daño al impactar contra el lateral del pequeño habitáculo. El agua entraba a chorros en el puente dificultando la visibilidad y el equilibrio; por fortuna seguían teniendo al enorme foco que resistía los embates de las olas. El desconcierto y la confusión en la cabina impidieron que se percataran de la tenue luz proveniente de un antiguo faro en la costa norte de Menorca. A pesar de las adversidades, y con gran esfuerzo, Cayol consiguió gobernar de nuevo el barco.

En tierra firme, tumbado en su cama, Josep se sentía inquieto ante el sonido del viento y la lluvia que no le dejaban conciliar el sueño. En el piso superior, en las estancias del «señor», una de las persianas se había soltado y estaba batiendo con fuerza sobre la fachada norte. El estruendo de los golpes le estaba poniendo nervioso y decidió subir para atrancarla y evitar que los fuertes topetazos terminaran rompiendo el cristal de la ventana. Abrigándose con una chaqueta, salió de su casa y subió al piso superior. En penumbras, entró y se dirigió hacia el ventanal del que provenía el golpeteo de la persiana. Tras el refugio del cristal, esperaba que, en una de esas, el viento la cerrara sobre el ventanal para así poder agarrarla con más facilidad y sin mojarse en exceso.

De repente, en el horizonte, sobre el mar, un destello de luz llamó su atención e intentó fijar la vista en ese chispazo; tras el cristal mojado que distorsionaba la visión del exterior quiso verlo de nuevo para averiguar su procedencia, pero no veía con precisión y tan solo lo pudo ver centellear un par de veces. Abrió los cristales para agarrar la persiana. Con la mirada puesta en el oscuro horizonte, trató de descubrir su origen, pero fue inútil, no consiguió volver a verlo. «Debió ser un reflejo», pensó. El poco tiempo que estuvo con la ventana abierta bastó para empaparle la cabeza y la chaqueta.

Restablecido el orden en ese ventanal, bajó a su casa a secarse y a prepararse un vaso de leche caliente; con este entre sus frías manos se dirigió al pequeño ventanal del cuartito que daba al norte. Intrigado, con la vista perdida tras los cristales, cavilaba sobre la procedencia de aquel destello que creía haber visto con claridad.

El oleaje seguía azotando al *liner*, que seguía avanzando sobre la tempestad. Guizol, que a duras penas se había incorporado, estaba junto al capitán, que había cogido el timón e intentaba mantener el rumbo tratando de evitar que el buque quedara a merced de las imponentes olas que amenazaban con tragarse al barco. Empapados, temblaban de frío y de miedo ante el estruendoso sonido del mar que rompía contra el buque e invadía la cubierta hasta el mismo borde de la cabina, haciendo temer que el buque quedara sepultado en uno de sus fortísimos cabeceos y volcara. De repente, el foco iluminó una enorme y furiosa ola que se dirigía hacia ellos. Al verla, los dos hombres enmudecieron con caras de terror. La imponente ola provocó un profundo seno ante ella en el que cayó el buque, quedando escorado a su merced; la ola asaltó al buque penetrando con toda su fuerza y violencia en el puente, donde los dos hombres no consiguieron resistir a su fuerza, desapareciendo con ella.

En el piso inferior, Carlini, el segundo oficial, sentado sobre la cama de su camarote, estaba inquieto, nervioso; eran ya casi las cuatro de la mañana y en breve le tocaba relevar a su compañero al frente del timón. Los bruscos y violentos movimientos del buque le tenían preocupado. En ese momento, por debajo de la puerta de su camarote observó que se estaba colando agua. Alarmado, se calzó, cogió su abrigo y salió del camarote enfilando las escaleras que daban acceso al puente de mando. A medida que las subía, una cascada de agua procedente de la cabina aumentó todavía más su preocupación por lo que estaría sucediendo allí arriba.

Al abrir la puerta, observó horrorizado que el puente estaba vacío, sin cristales y el buque a merced del oleaje. Entró en el habitáculo y cogió fuertemente el timón, intentando recuperar el rumbo. A duras penas conseguía ver algo en el exterior, además de las blancas olas que iban invadiendo la proa del barco. Intentó fijar la vista en su trayectoria para averiguar el rumbo del oleaje y evitar que el buque se atravesara. Así pasaron unos eternos minutos hasta que pareció haber conseguido su objetivo. De repente vio algo: forzando aún más su vista, ante él, a pocos metros se adivinaba la silueta de la costa. Alarmado ante el imponente acantilado, a través del telégrafo dio la orden a la sala de máquinas de marcha atrás, gritándola también a través del telefonillo. El jefe de máquinas obedeció de inmediato, provocando una gran sacudida en todo el buque.

Carlini dio un golpe de timón a babor para evitar el choque contra el acantilado. El buque viró con dificultad ante la fuerza de la marea, que, de nuevo, le venía de través, golpeando y zarandeando fuertemente su estructura. Parecía que lo iba a conseguir, pero ante él divisó de nuevo otra gran roca. Sin tiempo a reaccionar, en todo el barco se sintió un fortísimo golpe que hizo temblar de nuevo al buque. Su popa había chocado contra un enorme saliente, perdiendo el timón y la hélice, dejándolo a merced de los acantilados y abocado al horrible destino que esperaba al *liner* y a aquellas gentes que unas horas antes habían iniciado su ilusionante viaje. El majestuoso buque, atrapado entre aquellos imponentes peñascos, recibió una nueva y definitiva ola que se llevó consigo al oficial, dejando la cabina desierta.

El pasaje se alarmó tras el fuerte sonido del golpe proveniente del casco y al que pudieron sentir bajo sus pies. Marcel, aterrado, se incorporó nervioso y asustado.

—¿Has oído, Georges? ¡Algo está pasando! —gritó Marcel.

—Tranquilo, Marcel, es el oleaje —intentó tranquilizarle Duraz.

Pero Georges también estaba muy asustado y su rostro lo reflejaba. Rápidamente, se vistieron. En su reloj Marcel pudo ver que eran las cuatro y diez de la madrugada. Aquel fuerte crujido preci-

pitó la salida del camarote de los dos amigos en dirección al piso superior. En los pasillos la gente se arremolinaba nerviosa tratando de mantener el equilibrio. Entre el caos, los chicos avanzaron en dirección al salón, donde ya se encontraban algunos pasajeros; varios miembros de la tripulación trataban de mantener la calma ante la desconcertante situación que se había producido tras el fuerte impacto que había hecho temblar al paquebote.

El agua que bajaba de las escaleras del puente había encharcado el piso, atemorizando aún más a las personas que iban ascendiendo desde las cubiertas inferiores y que ante la confusión no sabían qué hacer ni cómo reaccionar. Algunos hombres, entre los que se encontraba el teniente Féméliaux, salieron al exterior por una de las puertas que daban a la cubierta lateral, en la parte estribor del barco; las cristaleras de babor del salón eran golpeadas fuertemente por el furioso oleaje, aterrando todavía más a las personas que se encontraban ya en la zona. Una vez afuera, los hombres miraron atemorizados aquellos imponentes acantilados hacia los cuales la fuerza del mar parecía conducirlos sin remedio. Luchando contra la corriente de agua que atravesaba la cubierta de proa, intentaban liberar de sus anclajes uno de los botes salvavidas.

Marcel salió tras ellos, quedando bloqueado al observar con espanto la situación del buque frente a los peñascos. Agarrado a la barandilla, intentaba mantener el equilibrio ante aquel temible panorama, tan solo iluminado por el potente foco que se encontraba en lo alto de la cabina. Al mirar hacía el puente de mando, Marcel vio extrañado que estaba vacío y sus cristaleras habían desaparecido. Desde su posición podía observar las maniobras del grupo de hombres que no conseguía liberar de sus sujeciones al bote salvavidas; a ellos se les había unido su amigo Duraz.

En ese preciso instante, una enorme ola barrió de nuevo la cubierta de babor a estribor, tragándose a todos aquellos hombres. Ese nuevo embate provocó un fuerte crujido tras él. Al volverse vio con espanto cómo se estaba abriendo una enorme grieta en la cubierta de popa. Por un instante miró hacia el interior del sa-

lón, en el que se arremolinaba un montón de gente asustada entre chasquidos de luz, gritos y llantos. En medio de esa gente estaba Marie con uno de los niños Féméliaux en brazos, ayudando a la niñera que portaba consigo a la cría. Marcel y Marie cruzaron sus miradas y, sin dudar un instante, entró a por ella, instándole a que le siguiera hacia el exterior para intentar salvar la vida y no quedar atrapados definitivamente en el interior del buque. Marie le agarró fuertemente del brazo y le siguió hasta la puerta lateral del salón llevando consigo al pequeño Yves en el otro brazo; desesperadamente, Marie intentaba localizar entre aquel barullo a la niñera que se había rezagado en busca de la madre del pequeño; a la vez era apremiada por Marcel para salir al exterior.

—Marie, el barco está sin gobierno y a merced del oleaje, en pocos minutos se hundirá y se llevará consigo a todos nosotros. Ahí enfrente está la costa, si no saltamos ya e intentamos nadar hacia ella, moriremos, sé valiente y salta conmigo —le dijo Marcel, mirando a la chica, que contemplaba aterrada el mar enfurecido tras la barandilla.

—¿Y el crío? ¡No sabe nadar, se ahogará! —contestó Marie desesperada y aterrada, mirando hacia donde Marcel le estaba pidiendo que se lanzara.

—¡Marie! ¡No tenemos tiempo para volver al interior, debemos saltar ya!

Muy cerca de donde estaban encontró un salvavidas en la barandilla de la cubierta; lo soltó de su sujeción y se lo puso al crío. Liberó la cadena que cerraba la barandilla de acceso de la pasarela y miró a Marie. Cogiéndola de la mano, saltaron al mar los tres.

En la caída al agua perdió el contacto con la chica y el niño. No conseguía encontrarlos. Por más que gritaba y chapoteaba en su busca no había rastro de ella. Decepcionado, intentó nadar hacia los peñascos, pero cada brazada era inútil, el ajetreo del mar con las olas en todas direcciones jugaban a su merced con el cuerpo del hombre, impidiendo su avance. Por fortuna para él, había aprendido a nadar muy bien gracias al río que tenía cerca de casa y al que

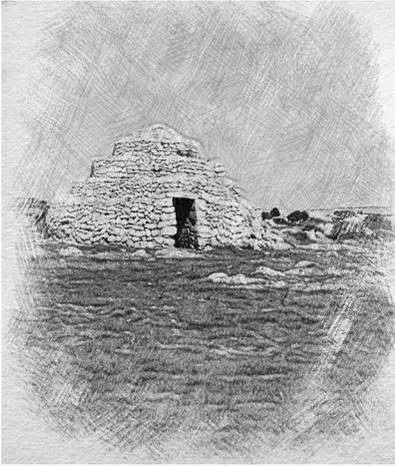
había acudido desde niño con sus amigos. La visión del acantilado, difuminado por la neblina de las salpicaduras que provocaba el oleaje contra las rocas, daba fuerzas al chico para seguir intentando su avance hacia ellas.

De repente, tras él, a pesar del ruido del viento y el mar, pudo oír una enorme explosión; luchando contra la fuerte corriente, pudo volver la cabeza hacia el barco, observando cómo se hundía. En ese mismo instante sus pies tocaron fondo, notó las rocas; impulsado por una nueva ola, se vio encaramado sobre unos peñascos que daban acceso a una pequeña cueva. Rápidamente, huyó hacia su interior, sin percatarse siquiera de la pérdida de sus zapatos. La pequeña cueva estaba situada al fondo de una cala en la que el mar y la fatalidad habían decidido tragarse al formidable buque con todos sus ocupantes con él. ¿Todos menos a tres de ellos?

Desde la penumbra de la noche, Marcel intentaba localizar a sus dos acompañantes llamándoles con todas sus fuerzas. Era inútil, el fuerte sonido del viento y de las olas impedían que oyera nada. Al cabo de un buen rato, desanimado y temblando de frío, se adentró en aquella pequeña cueva flanqueada por unos salientes rocosos que la guarnecían de las olas. Aquella pequeña gruta en el que la fortuna depositó a Marcel le salvó de una muerte segura. A tientas, poco a poco fue penetrando hasta el fondo del pequeño refugio. Sintiendo a salvo, se sentó acurrucado, con sus brazos recogidos sobre el pecho para intentar entrar en calor. Estaba empapado y aterrado; tan solo una camisa y un pantalón le protegían del terrible frío invernal; lo demás, lo poco que había podido coger, lo había perdido en su pequeña travesía. Tiritaba, no había manera de paliar el frío de sus manos, el terrible castaño de sus dientes impedía dirigir hacia ellas su aliento. Su asustada mirada estaba fijada en la boca de la cueva y su cabeza elucubraba sobre cuál habría sido el destino de Marie.

No pasó mucho tiempo hasta que la luz del nuevo día le ofreció algo de serenidad, a pesar del estremecedor sonido de las amenazantes olas del exterior.

CAPÍTULO NUEVE



La mañana avanzaba en Son Escudero y tras sus primeras tareas, Josep acudió a desayunar. Apoyado en el hueco de la puerta de la cocina, contemplaba cómo Joana iba cortando aquellas maravillosas rebanadas de pan recién hecho. El hombre seguía dándole vueltas a lo que había visto esa noche tras los cristales del ventanal, no conseguía quitárselo de la cabeza.

—Anoche vi algo raro: durante la madrugada, una de las persianas de la estancia de los señores se soltó y subí a cerrarla.

—Sí, la oí, pero hacía mucho frío y me hice la dormida —dijo la mujer sonriendo.

—Al subir a cerrarla, tras los cristales, en la oscuridad del horizonte, vi una luz, parecía estar cerca de la costa, por más que lo intenté no conseguí volver a verla; no sé... —contaba preocupado mientras, abstraído en sus pensamientos, seguía dando pequeños sorbos a su humeante café.

Con el nuevo día nada había cambiado: el viento seguía soplando con fuerza y las olas amenazaban con asaltar su refugio

con cada embestida. Con el paso de las horas, sus ropas se secaron y sus temores se fueron calmando. Aún temeroso, se acercó a la boca de la cueva, desde la que podía ver gran parte de la pequeña bahía. No había ni rastro del buque, entre el oleaje tan solo podía distinguir gran cantidad de objetos que flotaban a merced del mar.

Tampoco había rastro de Marie. A pesar de las amenazantes y furiosas arremetidas del mar, intentaba desde su arriesgada posición buscar algún indicio de ellos en los recovecos de las rocas cercanas. Sus esperanzas estaban puestas en que sus dos acompañantes en la huida habrían corrido su misma suerte.

A lo largo de toda la jornada, su cerebro era continuamente martilleado con las angustiosas imágenes que se le habían quedado grabadas: la mirada aterrada de Marie con el pequeño Fémélieux en sus brazos; la enorme ola barriendo la cubierta y llevándose con ella a su querido amigo Georges; la impresionante visión del resquebrajo del buque... Imágenes y flashes envueltos por el fuerte sonido de la tempestad, mezclado con los gritos de terror y angustia provenientes del interior del gran salón, una pesadilla de la que intentaba despertar. «¿Qué había sido de todos ellos?», se preguntaba.

Las horas pasaban y todo seguía igual, todo excepto su apetito. En una de sus embestidas, entre los restos que las olas iban acercando hasta la orilla apareció una naranja. Con alguna dificultad la pudo alcanzar. Hambriento, la pelo y la devoró. Sus ansias de escudriñar entre los recovecos en busca de Marie y hallar un sendero que le permitiera escapar de su celda le sacaban a menudo de su trinchera. De ese afán por abandonar su bendito refugio le disuadían las amenazantes olas que le obligaban a retroceder. Con el paso de las horas, el oleaje iba arrimando a la orilla algunos trozos de madera y algún pedazo de tela, con los que fue construyendo un pequeño escudo frente a la boca de la cueva para intentar protegerse del frío viento, que con la llegada del anochecer se haría aún más gélido.

En el puerto de Argel, desde hacía unas horas reinaba una gran expectación ante la llegada del Chanzy. Entre el gentío se encontraba Sarah. Emocionada e ilusionada, esperaba con ansia la llegada de Georges, al que seguro le alegraría la sorpresa de que ella estuviera en el muelle. Pero las horas iban pasando y el Chanzy se retrasaba más de lo habitual en días de temporal, eran ya las cinco de la tarde y hacía un par de horas que debería haber amarrado. Algunos familiares de los pasajeros manifestaban ya la preocupación y el nerviosismo ante el retraso del buque. A medida que iba pasando el tiempo, la angustia iba en aumento.

Las autoridades portuarias intentaban tranquilizar a los familiares diciéndoles que el temporal era más potente de lo habitual en el Mediterráneo y que era normal que tardara tanto. A la oficina de capitanía portuaria había llegado un telegrama del vapor María, que esa noche había hecho el trayecto inverso al Chanzy, informando de que debido a la fortísima tempestad se habían desviado el rumbo hacia Barcelona, donde habían amarrado a la espera de una mejora. Las horas iban pasando, el día oscurecía y el pesimismo se había apoderado del muelle. Las alarmas se habían disparado. La joven prometida de Duraz se encontraba al final del espigón, apartada del barullo y con la vista perdida en el horizonte; allí en pie, percibiendo el frío viento sobre su rostro, asumía ya que ese barco nunca llegaría a Argel.

En la pequeña bahía, rodeado de rocas y mar, las horas transcurrían lentamente. La inquietud de no saber dónde estaba y qué iba a ser de él atormentaba su cabeza; a ello había que sumarle el trágico desenlace de su apasionante viaje a una nueva vida, que provocaba que el miedo se fuera apoderando de su alma ante una nueva noche en soledad y con el terrible frío que lo torturaba. El atardecer, poco a poco, lo fue dejando a oscuras y aislado en aquel

agujero. Tras el cobijo del pequeño refugio reforzado con los restos del buque que el mar le había proporcionado cayó la noche. Sus intentos de descansar y dormir eran en vano, el frío y el miedo que provocaba el retumbar del sonido del viento y del enfurecido mar alargaron la noche hasta que el cansancio acumulado de esos días lo rindió en un profundo sueño.

Eran poco más de las siete de la mañana y apenas empezaba a clarear. Marcel abrió los ojos y percibió que algo había cambiado. Aunque el sonido del viento seguía con fuerza, las olas parecían haber bajado su intensidad. Lentamente, se incorporó y se aproximó a la apertura de la cueva para observar el exterior. El oleaje, efectivamente, concedía pequeñas treguas que le permitían ver la cala con más detenimiento que el día anterior. Examinando el acantilado que le rodeaba, buscó una ruta por la cual abandonar su celda y liberarse de su presidio. No iba a ser fácil, más aún andando descalzo. A este tremendo inconveniente puso remedio con unos pedazos de tablero que le servían como suelas amarrados a sus pies mediante algunas tiras de las telas que le había ido proporcionando el mar.

Al cabo de unos eternos minutos trazando visualmente la vía que le pudiese llevar hasta lo alto del acantilado, aprovechó una momentánea bajada de la marea para salir de la cueva. Empezó a subir los peñascos con mucha dificultad a través de un terreno escabroso de afiladas rocas erosionadas que, para más inconveniente, enganchaban las telas que envolvían sus pies. Una vez alcanzada cierta altura, y sintiéndose ya a salvo del oleaje, miró para atrás en busca de su ansiada Marie. En cada uno de los recovecos que aquellos acantilados escondían a sus pies intentó divisar algún vestigio de ella, pero su fortuna fue nula. Decepcionado y con el frío calado hasta los huesos, siguió su ascensión. Sus manos agarrotadas y su continuo temblor debido a su escasa ropa mojada complicaban aún más su lucha contra aquel terreno de retentivos escollos.

Poco a poco iba avanzando hacia su objetivo.

Tras su escarpada y difícil ascensión, por fin alcanzó la cima del acantilado. Mirando hacia el fondo de la cala podía observar el siniestro espectáculo que había provocado aquella tempestad. Desde allí, entre la blanca espuma de las olas, podía distinguir numerosos cadáveres flotando junto a otros restos del buque, un horror que, por ahora, conseguía dejar atrás. Tras recuperar el aliento que le supuso el enorme esfuerzo de la escalada, arrinconó el pavor de las imágenes y buscó tierra adentro algún vestigio humano. «¿Dónde estaba? ¿Qué sitio era ese?», se preguntaba.

El día estaba nublado y la llovizna aparecía esporádicamente. Empujado por el fuerte viento, empezó a caminar sin rumbo fijo entre las afiladas rocas que iban deshaciendo las ya mermadas telas y que apenas conseguían retener los pedazos de tablero que había usado como suelas; con sus temblorosas manos heladas intentaba infructuosamente anudar las tiras y evitar perder esa protección, que por poco tiempo más consiguió aliviar sus pies. Caminando tierra adentro, encontró un estrecho sendero que alivió la tortura que le infligían las puntiagudas rocas; un camino hecho por el continuo paso de ovejas y cabras, o al menos eso parecía por la presencia de numerosos excrementos en forma de pequeñas bolitas. Empujado por el viento iban avanzando lentamente. El frío impacto de las pequeñas gotas de agua que habían empezado a caer y que la ventisca le clavaba en la espalda como agujas hacían mella en sus ya escasas energías.

El paisaje era árido, tan solo rocas, y algo de vegetación, alguna sabina, alguna mata...atrás quedaba el inicio del estío en el que el paraje era moteado por el amarillo de las flores de manzanilla que a su vez lo perfumaban con su agradable aroma; del mismo modo habían desaparecido las blancas flores de filamentos morados de las alcaparreras, que permanecían durmientes hasta llegada de la nueva primavera. Pocos arbustos más sobreviven en esa costa.

Tras unos minutos caminando a través del tortuoso terreno, una extraña construcción de piedra en forma cónica llamó su atención.

Hacia ella se dirigió con la esperanza de estar en tierra habitada. Al llegar se inclinó ante una pequeña portezuela, sin acertar a ver nada en su oscuro interior. Desde dentro, el balido de una oveja sació su curiosidad. Incorporándose, buscó en el final de la planicie algún otro indicio de civilización. A lo lejos pudo vislumbrar la pequeña silueta blanca de un caserío, eso cambió su ánimo: ¡al fin una meta! Empezó a caminar en esa dirección avanzando lentamente por un camino enfangado rodeado de paredes de piedra y matorrales. A medida que avanzaba hacia su destino, podía distinguir el humo que salía de la chimenea de la casa y que era rápidamente dispersado por el fuerte viento, hecho que le animaba a seguir a pesar de sus ya escasas fuerzas.

En Son Escudero, Josep terminó el ordeño matutino de sus últimas cabras y vertió en el tanque el último cubo repleto de blanca y humeante leche. Al salir de las vaquerizas tuvo que cubrirse la cabeza con su gorro y subir el cuello de su chaqueta para resguardarse del frío y la llovizna. Una vez suministrada la ración mañanera al caballo, era el turno de saciar su apetito. Tras su rutinario cambio de calzado, entró en la casa.

A esas horas el hogar ya estaba caldeado gracias a la eficaz chimenea. En la cocina, donde Joana estaba preparando el desayuno, husmeó algo que llevarse a la boca y calmar su gula: un trozo de queso junto a un pellizco de aquel sabroso pan recién hecho satisfacía momentáneamente el hambre. —El horno de leña permanecía en marcha casi todo el día. En él, además del pan, se cocinaba gran parte de las comidas—. Miquel iba preparando la mesa para el desayuno; una bandeja con queso, sobrasada y *cuixot* en una mano, y en la otra una jarra con humeante leche caliente. Esa mañana la mujer había preparado unos huevos fritos que el chico también llevó a la mesa.

Mientras esperaba el inicio del desayuno, Josep, tras el resguardo de la pequeña ventana trasera observaba aquel desapacible día. Entre sus manos una humeante taza de café con leche de la que iba gozando a pequeños sorbos.

—¡Ahí afuera hay alguien! —exclamó alarmado Josep.

Joana salió de la cocina hacia el ventanal donde estaba Josep. Tras los cristales mojados, a unos cincuenta metros, podía distinguirse la imagen distorsionada de un hombre que entre la lluvia y el viento avanzaba lentamente hacia el caserío. Los dos payeses se miraron con mal presagio. Josep, rápidamente se dirigió a la entrada, donde se puso el abrigo y el gorro de los que se había despojado apenas unos minutos antes, y acudió a la parte trasera de la casa a su encuentro.

—Buenos días —dijo Josep.

—*Bonjour, monsieur, j'ai froid et faim* —respondió Marcel, mirando con semblante demacrado.

Aquel hombre con apenas una camisa y un pantalón estaba tiritando de frío, sus brazos recogidos frente a su pecho intentaban retener el poco calor corporal que le quedaba. Sus pies llenos de barro culminaban la desoladora facha de aquel desdichado. Ante el tembloroso hombre, el payés se quitó el abrigo y se lo puso sobre los hombros.

—*Merci, monsieur* —dijo agradeciendo el gesto.

—Sígueme —le indicó, acompañado de un gesto de su mano extendida.

Marcel siguió a aquel hombre hasta la casa. En el pequeño porche los estaba esperando la mujer con unas toallas y unas ropas secas. Josep ayudó a Marcel a secarse la cabeza y a limpiarse los pies con el agua caliente de la jarra que Joana le acercó. Al diluirse el barro, dejó al descubierto unos pedazos de tela que los enrollaban. Poco le costó liberarlos de ellas, dejando a la vista algunos cortes ensangrentados.

—Entra y prepara otro sitio en la mesa, yo le ayudaré a vestir.

Ya con ropa seca entraron en la casa dirigiéndose hacia la gran chimenea. Frente a ella, el misterioso hombre extendió las manos en busca del calor que paliara en algo el frío que le tenía calado hasta los huesos desde hacía dos días. Josep extendió una manta sobre los hombros de aquel hombre, que seguía tiritando.

—¿Quién eres? ¿Qué ha pasado? —preguntó el payés.

Marcel no entendía muy bien, pero el idioma en el que le hablaba aquel hombre le era familiar. Josep hablaba en menorquín, un dialecto del catalán, con construcción sintáctica algo similar al francés y muchas palabras en común, a las que se sumaban algunos galicismos adoptados desde la dominación francesa de la isla a mediados del siglo XVIII, entre los años 1756 y 1763.

—*Où suis-je?*

—Estás en Menorca.

—*Mon nom est Marcel* —dijo señalándose—. *Le bateau a fait naufrage. Il y a plus de gens.*

—Este hombre parece ser francés, creo que se llama Marcel y tiene que haber naufragado cerca de aquí —dijo Josep dirigiéndose a su esposa.

—*Oui, je suis français, mon bateau a fait naufrage* —respondió el misterioso hombre.

—Yo soy Josep y ella es Joana —dijo el aparcerero apuntando a su pecho y después señalando a su esposa.

Los dos payeses se miraron con cara de preocupación ante la posibilidad de que se hubiese producido otro naufragio. «Seguro que aquel hecho era la respuesta a los destellos que había visto hacía un par de noches», pensó Josep. En ese momento, Marcel cogió un carboncillo que había en un cesto al lado de la chimenea y en un pedazo de la encalada pared dibujó un barco medio hundido, a su lado puso «100 hommes morts». Debajo del dibujo escribió Chanzy. Josep levantó las cejas sorprendido.

—¡Dios mío! ¡Ha escrito cien hombres muertos!

La mujer ofreció un tazón de leche caliente al chico. Agradeciendo el calor entre sus manos, la bebió gustosamente. Josep, que mediante gestos y palabras se hacía entender, le invitó a sentarse a la mesa ofreciéndole la silla más próxima al crepitante fuego. La escena era observada con curiosidad por Miquel y Eulalia; la niña esa mañana no había acudido a la escuela debido al mal tiempo. Pau, escondido tras la puerta de la habitación contigua, miraba a

través de una rendija a aquel extraño que estaba con sus padres. Sobre la mesa, el pan, el queso, la sobrasada y los huevos fritos que acababa de preparar la mujer... Toda esa comida atraía la mirada del hambriento personaje. Josep le ofreció la sobrasada y el queso, pero el náufrago prefirió los huevos.

El francés devoró los huevos fritos y el delicioso pan. También iba dando buena cuenta de los pedazos de queso y sobrasada que el anfitrión le iba acercando a su plato. Josep y su familia, del mismo modo, iban comiendo, contemplando a su huésped y sin apenas mediar palabra. Observándole comer, podían imaginar el trance por el que aquel hombre debía haber pasado, empapado y sin nada que comer en mitad de aquel tremendo frío invernal. Marcel los miraba con gratitud.

—*Merci, monsieur, je vous remercie.*

—Te llevaré a la ciudad, allí te ayudarán y curarán tus heridas; espérame aquí mientras preparo el carruaje.

Josep se abrigó y salió de la casa en dirección al establo. Cogió la brida del caballo que estaba colgada de la pared y entró en la cuadra. Acariciando al caballo, se la introdujo en la cabeza y salieron del establo cruzando el patio hasta la cochera, allí le colocó los arreos y lo engancho al carro. Tras atar al animal en una argolla del patio entró en la casa en busca de Marcel. Joana les había preparado unos abrigos y unos gorros; también les entregó una manta para cubrirse las rodillas.

—Vamos a Ciudadela, allí nos prestarán ayuda.

Con un suave golpe de las riendas en el lomo del animal y un sonido seco de la boca, ordenó al caballo iniciar el camino hacia la cercana población. Al poco de iniciar el trayecto, Marcel extendió la mano hacia Josep ofreciendo lo único que había salvado del naufragio: un par de monedas. Josep al verlas, las rechazó, poniendo su mano sobre la del francés.

—No, amigo mío, no me debes nada. Dios te ha traído hasta mí para que te ayude y es lo que voy a hacer.

El francés le miró agradecido asumiendo con la cabeza. Los dos hombres hasta ese momento se iban entendiendo gracias a la

ayuda de algunos gestos que facilitaba su comprensión. Durante el trayecto, el joven intentó explicar a Josep que una chica y un niño saltaron al agua junto a él y que creía que podían estar vivos en alguna cueva. También viajaba un buen amigo suyo que podía haber seguido su misma suerte. El contrariado payés no acababa de entender lo que el francés intentaba decir a pesar de la insistencia del chico.

El resto del trayecto lo hicieron con más prisa de lo normal, a pesar de que el camino estaba embarrado y lleno de charcos debido a las lluvias de esos días. Apenas conversaron durante el resto del recorrido.

Marcel iba contemplando el paisaje sumido en sus pensamientos, no se explicaba cómo demonios había podido sobrevivir a aquel infierno. A su cabeza retornaban una y otra vez las imágenes de Marie y su amigo Georges. «¿Qué había sido de ellos? ¿Y si seguían vivos? ¿Y si necesitaban ayuda?», pensaba Marcel. Pese a estar agotado, quería saber de ellos, ir en su busca.

De tanto en tanto era distraído por las muchas y curiosas construcciones de piedra que ya había visto justo después de haber escapado de su refugio en el acantilado y se preguntaba para qué servirían.

—Son barracas, sirven para resguardar a los corderos —dijo señalando con el índice alguno de los corderos que se encontraban en las inmediaciones.

«¿Una construcción tan grande y laboriosa para resguardar a unos corderos?», pensó extrañado. Pero rápidamente su mente trasladó de nuevo sus pensamientos al lugar donde había perdido a sus amigos. Al cruzarse con algunos vecinos de las fincas próximas al camino por el que transitaban, estos saludaban con extrañeza y curiosidad por el desconocido que acompañaba a Josep.

El payés había acelerado el trote del caballo y pronto llegaron a Ciudadela. Eran poco más de las nueve y media de la mañana cuando llegaron al juzgado de D. Miguel Bonet. Bajaron del carro y entraron en la casa, donde fueron recibidos por el secretario. Este los acompañó hasta el despacho del juez.

—Buenos días, Sr. Juez —dijo Josep con el gorro entre las manos.

—¡Hombre, Josep! ¿Qué te trae por aquí a estas horas? —respondió sonriente, mirando al hombre que le acompañaba.

—Verá, señor, según lo que he podido entender, este señor, que creo que es francés, es superviviente de otro naufragio.

El juez levantó las cejas sorprendido.

—¡Otro! Bueno, siéntense —dijo el juez ofreciéndoles asiento en las sillas situadas frente al escritorio de su despacho.

Este se sentó frente a ellos con gesto serio y con las manos entrecruzadas sobre su mesa.

—A ver, Josep, explícame lo que ha pasado.

—Esta mañana, después de ordeñar he ido a desayunar. Mientras estaba tomando mi café frente a la ventana trasera de la casa he visto cómo este señor se acercaba por el patio y he salido a su encuentro. Tan solo iba cubierto con un pantalón y una camisa. Le he preguntado quién era y qué hacía allí, pero me ha respondido cosas que no he logrado entender del todo. Al ver su estado le he llevado hasta la casa. Una vez seco, le hemos dado ropas limpias y le hemos dado de comer. Ya dentro, sobre la pared de la chimenea, ha dibujado un barco medio hundido y ha escrito «100 hommes morts». Bajo el dibujo también ha escrito Chanzy; eso es todo.

El juez miró a Marcel y le dijo:

—*Quel est votre nom, monsieur?*

—*Bodez, Marcel Bodez* —respondió el francés.

—*Que s'est il passé?*

—*Mon bateau a fait naufrage, je pense qu'il y a beaucoup de morts, monsieur.*

El juez le miraba con preocupación.

El joven fue relatando, que hacia un par de días, el 9 de febrero, había embarcado en el puerto de Marsella rumbo a su nuevo destino en Argelia, a bordo del liner Général Chanzy.

Marcel contaba que era agente de aduanas y viajaba junto a su colega, el señor Duraz, quien también había sido destinado a ese

país. A las pocas horas de zarpar, empezó a aumentar el fuerte viento y a empeorar el oleaje; durante la noche el barco se movió mucho. Sobre las cuatro de madrugada notaron un fuerte golpe en los bajos del barco, lo que les hizo abandonar de inmediato su camarote. Al llegar a cubierta estaban ya rodeados de acantilados. Al ver que el hundimiento era inminente, se lanzó al mar junto a una chica y un niño a los perdió en el salto, por más que los buscó no pudo dar con ellos. El oleaje le arrastró hasta las rocas donde se pudo refugiar en una cueva durante el día de ayer, hasta que esta mañana el estado del mar le había permitido salir y trepar por el acantilado; una vez a salvo pudo llegar a una casa donde de este señor —señalando a Josep— tan amablemente le habían dado ropa seca y comida.

—¿Cuántas personas viajaban en el barco?

—Entre pasajeros y tripulación éramos algo más de ciento cincuenta personas, ahora no recuerdo exactamente —iba respondiendo en francés.

—¿Y es usted el único superviviente?

—No lo sé, señor, no pude ver a nadie más desde mi posición. Sin embargo, estoy convencido de que tiene que haber más gente viva allí abajo.

Josep entendía lo que narraba su nuevo compañero gracias a que el juez le iba traduciendo lo más importante. El payés miraba fijamente a Marcel. «Con la escasez de energías y el tremendo frío que le tenía casi congelado, poco hubiera durado con vida en aquel paraje si providencia de Dios no le hubiera llevado hasta mí», pensaba Josep.

El juez se levantó y salió al recibidor en busca del secretario, un joven abogado que ejercía la gestión administrativa del juzgado.

—Manda a buscar al señor Mir, del consulado francés. Que venga enseguida, tenemos otro naufragio.

El joven abogado llamó a un chico al que estaba enseñando a manejarse entre archivos y documentos.

—Deja de archivar lo del mercado y vete hasta el consulado francés. Dile al Sr. Mir que venga enseguida, que tenemos un nuevo naufragio.

El chico salió a toda prisa, cruzó la plaza del Borne, y enfilando un par de calles llegó al consulado.

Miguel Mir era el cónsul de Francia en la isla. En ese momento estaba reunido en su despacho con los cuatro náufragos franceses supervivientes del Martial. Apenas hacía un mes, el 13 de enero, una goleta de carga con bandera francesa que transportaba 215 toneladas de cemento y capitaneada por M. Gustave, había partido del puerto de Cassis. Llevaba una tripulación de siete hombres. Tras embarrancar en la cala del Pilar, en la misma costa norte de Ciudadela, a pocas millas del siniestro del Chanzy, tres de ellos desaparecieron arrastrados por el oleaje, dos marineros y un oficial. Sobre el escritorio del despacho del Sr. Mir, junto a los pasaportes de aquellos cuatro hombres, estaba el documento pericial y varias fotografías del accidente. Con estos, ultimaba los trámites para abandonar la isla en los próximos días con destino a Francia a través de Barcelona.

Joan, que así se llamaba el chico del juzgado, entró en la casa y llamó a la puerta que había a mano derecha del recibidor. Desde el interior escuchó una voz invitándole a entrar. El chico abrió la puerta. Frente a él, el señor Mir estaba sentado tras la mesa de su despacho. Sentados alrededor del escritorio, otras cuatro personas que se volvieron hacia él, lo que hizo que se sintiera algo intimidado.

—Buenos días, señor Mir —dijo Joan, un tanto vergonzoso.

—¡Hombre, Joan! ¿Qué te trae por aquí? —respondió amablemente el cónsul.

—Verá señor, me envían del juzgado, debería ir enseguida, hay un hombre que dice ser superviviente de otro naufragio.

A Mir se le transmutó el rostro.

—¿Otro? ¡Dios mío! De acuerdo, díles que ahora mismo voy.

—Sí, señor —contestó el chico, abandonando la embajada.

Mir, que todavía no había finalizado los trámites con aquellas personas, les dijo que tenía que salir un rato debido a una urgencia y que los acompañaba hasta un café donde podían esperar. Los cinco hombres salieron de la embajada en dirección a la plaza del

Borne donde estaba ese café, junto a un lujoso teatro. Mir les señaló el lugar y les dijo que le esperaran allí. El cónsul aceleró el paso en dirección al juzgado. Una vez allí, al entrar vio que la puerta del despacho del juez estaba abierta y que dentro estaba el señor Bonet acompañado de dos hombres.

—Mir, entra por favor —dijo el juez al verle.

—Buenos días —contestó el cónsul.

Josep y Marcel se volvieron hacia él. El payés y Mir se saludaron, se conocían. Tras la presentación del francés y la introducción de los hechos por parte del juez, Marcel empezó de nuevo a contar su historia al cónsul. Este se sentó y escuchó atentamente, tomando notas en un cuadernillo que sacó de su bolsillo. Ya eran más de las diez de la mañana y mientras el muchacho estaba relatando lo sucedido al cónsul, el juez abandonó momentáneamente el despacho, llamando nuevamente al secretario.

—Id al hospital, que venga enseguida el doctor Comella.

Juan abandonó de nuevo la casa, y enfiló a toda prisa las estrechas callejuelas. Atravesando un par de plazoletas, salió del casco antiguo rumbo al hospital. El hospital estaba situado a las afueras del pueblo, en una zona en la que se estaba empezando a expandir la pequeña ciudad. Al entrar, enseguida encontró a sor Bernardina, de la orden de Nuestra Señora de la Consolación, una de las monjas que se encargaban del cuidado del hospital.

—Buenos días, hermana. Me envían del juzgado en busca del doctor Comella, hay un náufrago herido, dice que hay más de cien muertos.

La monja, tras escucharle, fue a una de las consultas, tocó la puerta y entró. El doctor Comella, que en ese momento estaba auscultando a un paciente, interrumpió su faena y tras quitarse el estetoscopio de los oídos, preguntó a la monja qué quería.

—Doctor, el señor juez requiere su presencia. Dice que hay un náufrago herido.

—Vaya, hombre, menudo día llevamos. Enseguida voy.

El doctor terminó con el paciente y se despojó de su bata blanca. Cogiendo el maletín, salió de su despacho. En el *hall* del hospital, el joven le aguardaba.

—¡Hombre, Joan! ¿Cómo va, muchacho? —le saludo el médico.

—Bien, doctor, me envían del juzgado porque esta mañana ha venido el payés de Son Escudero, Josep, ¿sabe?

—Sí, sí, sé quién es —respondió Comella.

Los dos salieron caminando con cierta prisa hacia el centro de la villa.

—Esta mañana ha venido al juzgado acompañado de un señor alto, con bigote, creo que es francés... —iba contando Joan mientras caminaban apresurados por las calles que les separaban de su destino.

—¿Y qué ha pasado?

—Pues, por lo que he podido oír, mientras desayunaban en son Escudero han visto aparecer a este hombre, empapado y descalzo; les ha dibujado un barco medio hundido y ha escrito que había 100 hombres muertos.

—¡Cien muertos! ¿Seguro?

—Sí, sí, es lo que he oído —justificó Joan.

Frente a las puertas del juzgado habían aparecido ya numerosos vecinos que, ante los rumores que corrían como la pólvora, se habían acercado en busca de noticias. Varias personas apostadas delante de la puerta puerta abrieron pasillo para que el doctor y el joven pudieran acceder al interior. Enseguida vieron al juez y a los tres hombres en el despacho.

—Entre, doctor —ordenó el juez.

—Buenos días, señores —dijo Comella.

Mir, con la mano extendida, señaló al doctor:

—*C'est le docteur, monsieur Comella, il va regarder vôtres blessures.*

—*Très bien, merci, monsieur* —contestó el francés.

En ese momento llegó el alcalde, el señor Saura, y el jefe de Policía, a los que también habían avisado. Mir y el juez salieron del despacho para dejar trabajar al médico y en la misma entrada hicieron corrillo con los recién llegados.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el alcalde con cara de preocupación.

Mir, adelantándose, contestó que el payés de Son Escudero esa mañana había encontrado al francés en su patio y que parece ser que hace un par de noches el buque en el que viajaba de Marsella a Argel naufragó.

—Se ve que debe haber más de cien muertos. Por lo que cuenta, tiene que estar cerca de Son Escudero, iba descalzo y hacía poco más de una hora que caminaba desde el lugar del naufragio.

Los cuatro hombres seguían charlando en el *ball* mientras Marcel iba siendo examinado por el doctor Comella. Josep, en pie en un segundo plano, observaba la escena, mirando con compasión a su compañero.

—Deberíamos ir hasta la zona a confirmar el hecho—apuntó el alcalde.

—Pues sí, me parece correcto, deberíamos ir cuanto antes por si hay supervivientes —contestó el jefe de Policía.

—Volvamos al ayuntamiento, usted organice una expedición hasta el lugar, avise a los carabineros, a la Guardia Civil y busque algunos voluntarios —dijo el alcalde al jefe de Policía.

—Yo iré con vosotros —añadió Mir.

El alcalde y el jefe de Policía salieron de la casa en dirección al ayuntamiento. Mir y el juez entraron de nuevo en el despacho, donde el doctor parecía haber acabado de examinar a Marcel.

—Deberíamos llevar a este hombre al hospital, hay que lavar bien esas heridas y necesita descansar. Está agotado y ha debido pasar mucho frío, sus extremidades siguen aún con el síndrome de Raynaud —dijo el doctor, enseñando al juez la palidez de los extremos de los dedos de las manos del francés.

—Yo les llevaré, tengo el carro aquí afuera —ofreció Josep.

—De acuerdo —contestó Comella.

Marcel se apoyó en Josep y junto al doctor salieron a la calle. Rodeados de la expectación de las gentes que se habían acercado para saber del suceso, subieron al pequeño carro. Mir salió tras ellos.

—Voy al ayuntamiento, más tarde vendré a verle al hospital —le dijo Mir, rodeado de los curiosos que no entendían nada del idioma.

De camino hacia donde le esperaban los del Martial, Mir podía ya percibir la agitación del vecindario ante los rumores de que había más de cien muertos. El cónsul entró en el local y pidió a los franceses que le esperaran en el hostel, que había un nuevo naufragio y ahora no podía seguir con sus trámites. El Martial, hasta ese día, había sido el último naufragio de los cientos ocurridos en las costas menorquinas.

La presencia de Marcel había levantado revuelo y era objeto de curiosidad por parte de las monjas que se encargaban del hospital. Sentado en la camilla de una de las consultas, el doctor Comella, asistido por sor Bernardina, se encargó de limpiar esos pequeños cortes superficiales en manos y pies, sobre todo en los pies. Lo que más preocupaba era su agotamiento y la hipotermia de sus extremidades. Marcel apenas había dormido unas horas en los últimos días y tan solo había comido algo en casa del aparcerero, sus fuerzas flaqueaban. Tras las curas, el doctor mandó a la monja que le dieran de comer y que durante un par de días sería oportuno que el chico descansara y repusiera fuerzas.

Josep, que no había abandonado a su huésped en ningún momento, seguía con atención la escena. Al terminar la cura, el médico y la monja salieron del pequeño cuarto dejando solos a los dos compañeros, momento en el que Marcel, con la ayuda de algunos gestos, trató de persuadirle de lo importante que era para él que le llevara de nuevo al lugar del naufragio, que tenía que encontrar a Marie.

—Pero amigo mío, ¿cómo vas a ir hasta allí en tu estado? ¿No ves que no tienes fuerzas ni para caminar? No te preocupes, yo iré hasta el lugar hoy mismo y te prometo que buscaré el más mínimo rastro de la chica y, si está allí, la ayudaremos —dijo Josep.

—Gracias, muchas gracias, pero te ruego que, si la encuentras, vengas a avisarme.

—No te preocupes, que así lo haré.

Mir, tras despachar a los supervivientes del Martial, recorrió el centenar de metros que le separaban del ayuntamiento. Este estaba ubicado en una pequeña plazoleta, justo frente a la puerta principal de la catedral. A sus puertas, un buen número de ciudadanos se concentraban ya a la espera de noticias. Pronto empezaron a aparecer por la pequeña plaza algunos miembros de la Guardia Civil, algunos carabineros y varios soldados del Estado Mayor. Para acudir hasta el lugar, traían varios vehículos ya cargados con diferentes materiales de rescate.

El cónsul se incorporó a la reunión que tenía lugar en una de las salas entre el alcalde y los mandos. Sobre la mesa tenían extendido un mapa de la zona, en la que iban planteando la organización del grupo de rescate en cuanto como iban a afrontar la búsqueda del lugar del naufragio y de cómo se iban a hacer cargo de los posibles supervivientes. Pocos minutos después, el juez entró también en la sala confirmando que acudiría con ellos para levantar acta de los hechos. Habían pasado poco más de tres horas y la comitiva de rescate se puso en marcha. Josep, que también había acudido al ayuntamiento, tomó la cabecera en dirección a su casa. Junto a él iban Mir y el juez. Parecía que la lluvia daba una tregua; sin embargo, el fuerte viento y el cielo encapotado por negros nubarrones daban al día un aspecto tenebroso ante lo que presumiblemente sería una jornada aterradora y cruel.

En el hospital, Marcel descansaba ya en la cama de una habitación. Poco tardó en caer rendido en un profundo sueño, sueño perturbado por las imágenes del gran salón repleto de gente aterrada cuyos gritos y lamentos eran silenciados por el ensordecedor ruido del viento y del mar..., esas pesadillas que se habían instalado en su cabeza y no le permitían sosiego.

CAPÍTULO DIEZ



Pau fue el primero en ver aparecer al grupo de rescate por el estrecho callejón. El crío, tras avisar a su madre, subió a esconderse en el piso de arriba, donde, desde su atalaya, podía observar todo lo que sucedía sin ser descubierto.

Durante esa mañana, los trabajos en la finca habían quedado en manos de Joana y los chicos. Miquel era ya capaz de sustituir a su padre tanto en la faena del ordeño como en la laboriosa e importante producción del queso. Tras el aviso del pequeño, dejaron sus ocupaciones y se acercaron al patio delantero a recibirlos. A la cabeza del grupo iba Glop tirando del pequeño carro ocupado por Josep y sus dos acompañantes. Miquel se hizo cargo del caballo, dejando libre la zona. A medida que iba llegando la cuadrilla, los vehículos iban siendo aparcados en una parcela cercana.

A cobijo del pórtico de la casa, los mandos extendieron sobre una pequeña mesa un mapa del término de Ciudadela, exponiendo a Josep lo acordado en cuanto a cómo iban a rastrear el terreno en busca del naufragio: dividiendo el grupo en dos, iban a batir en dirección poniente y en dirección levante. Para ganar tiempo pidieron al payés que les indicara sobre el plano la ruta más rápida y segura para llegar a la costa. Josep, que era patrio en aquella zona, declinó su uso y expuso que lo más rápido era que él les condujera

hasta la costa a través de los senderos ya despejados por el paso y que no estaban reflejados en los mapas.

Menorca es la isla más septentrional de las Baleares. Perfectamente centrada en la rosa de los vientos, tiene una superficie de unos setecientos kilómetros cuadrados. Su perímetro de costa tiene poco más de doscientos kilómetros, de los cuales, casi sesenta son de la costa norte. Dependiendo de la zona en la que nos encontremos, el estado del mar varía totalmente conforme al cuadrante del que provenga el viento, casi siempre presente en la isla. La influencia de la tramontana no solo condiciona el estado de la mar, sino que también marca la vida de Menorca. Sus edificaciones la tenían en cuenta a la hora de ser orientadas y construidas, dándole la espalda y vigilándola a través de pequeñas ventanas.

Mientras los mandos terminaban de perfilar el dispositivo, el resto de hombres que formaban la expedición fueron cargando los materiales de rescate a lomos de un par de burros que iban provistos de angarillas. Gracias a esos armazones de madera pudieron cargar varios maderos, gran cantidad de cuerdas, un par de poleas, algunas sábanas y diferentes herramientas con las que proceder al posible rescate.

A partir de ese momento la expedición pasó a ser comandada por el capitán Caracciolo, del Estado Mayor. Todos los expedicionarios estaban listos en el patio y los dos animales cargaban ya con el material de rescate. Miquel, el hijo de Josep, se les unió, ya que era buen conocedor de la zona.

—Vamos a ir hasta la costa y, una vez allí, un grupo irá hacia levante y otro hacia poniente. El grupo que encuentre evidencias del naufragio mandará a uno de sus miembros al otro grupo para informar del hallazgo y así aunar esfuerzos, ¿de acuerdo? —expuso Caracciolo a la cuadrilla que había hecho corrillo a su alrededor.

La expedición inició la marcha enfilando el camino andado pocas horas antes por el náufrago francés. La estrechez del sendero obligaba a la caravana a transitar en una columna serpenteante a través de un terreno embarrado que complicaba el avance. La llu-

via, que de vez en cuando aparecía, era proyectada por el fuerte viento sobre los rostros de los hombres. De la misma manera, los dos animales avanzaban con las orejas hacia atrás para protegerse del viento y la lluvia.

Tardaron poco más de media hora en llegar a la costa. A medida que iban llegando, los expedicionarios fueron formando corro alrededor de los mandos de los tres cuerpos que formaban la expedición: carabineros, Guardia Civil y soldados del Estado Mayor. Tal y como habían acordado, organizaron dos grupos. Un primer grupo que iba a rastrear hacia poniente estaba encabezado por el capitán Caracciolo acompañado de una veintena de hombres y uno de los burros que cargaba con parte de los materiales para el rescate; a este grupo se le sumaron Mir y el juez. El otro grupo, el que rastrearía rumbo este, hacia levante, era encabezado por los otros mandos y el resto de hombres, llevando consigo al otro animal con el resto de material. Junto a ellos partió Josep. Miquel fue junto al grupo de Caracciolo. Él y su padre eran los más patrios en ese terreno a la hora de ir en busca del otro grupo en el momento que se encontrara el naufragio.

Los dos grupos iniciaron la marcha en rumbos opuestos, enfilando los estrechos senderos marcados por el trasiego de los corderos. Poco a poco avanzaban con dificultad a través del inhóspito y engorroso terreno sobre el cual los violentos empujones de la tramontana hacían tambalear a los hombres, poniendo en riesgo su equilibrio. El día era grisáceo, frío y ventoso, y envolvía al grupo en un tenebroso paisaje que, añadido a lo narrado por el náufrago francés, con seguridad iba a resultar un cuadro terrorífico. El avance de los hombres, parapetados bajo sus abundantes ropas de abrigo, seguía transitando las estrechas sendas, escudriñando cada tramo de costa que era castigado por el furibundo mar, teñido por el blanco de sus rompientes olas. En muchas ocasiones sus labios podían percibir las saladas salpicaduras de las olas que rompían en los acantilados y que el viento se encargaba de transportar tierra adentro. No tardaron mucho

tiempo cuando, de repente, del grupo que tomó el rumbo a poniente saltó la alarma:

—¡Allí, mirad allí! ¡Se ven cosas flotando! —gritó uno de los hombres.

La alerta entre ellos fue inmediata y aceleraron el paso hacia una cala conocida con el nombre de Codolar de sa Torre Nova.

A medida que iban avanzando hacia el lugar, podían ya distinguir gran cantidad de objetos flotando que confirmaban la versión del francés. Claramente, se veían varios barriles, numerosos maderos, telas, un pequeño bote salvavidas semihundido y, entre esos restos, la dolorosa presencia de innumerables cuerpos humanos. En ese momento el capitán Caracciolo mandó a Miquel en busca del otro grupo. El joven, hábil y habituado en aquel terreno, salió a toda prisa a por el resto de la expedición.

Al llegar a lo alto de los acantilados que rodeaban la pequeña cala, el grupo quedó paralizado ante la dantesca situación que se presentaba ante ellos. Con la dificultad que suponían para sus ojos los embates del viento y las molestas salpicaduras del agua que este les lanzaba como pequeños proyectiles, quedaron inmóviles observando durante largos minutos aquel horror, horror ante el que poca cosa podían hacer.

La circunstancia de que la pequeña bahía estuviera orientada en dirección oeste-este, cerrada por el norte por un brazo de tierra y quedando abierta por el este, hacía que las grandes olas que procedían del primer cuadrante del noreste rompieran con violencia en la cala, arrastrando los restos del naufragio sobre las rocas del final de la ensenada. Desde lo alto de los peñascos, el espeluznante espectáculo tenía al grupo de rescate absorto ante un mar enfurecido y en ebullición repleto de restos flotantes de todo tipo. Lo que más perturbaba la visión del grupo eran aquellos cuerpos humanos. En la bocana de la pequeña bahía, el lóbrego mar dejaba discernir algún rastro del color rojizo de la enorme chimenea del buque que yacía en el fondo.

Mir, el cónsul francés, se acercó al capitán Caracciolo y le comunicó que regresaba a Ciudadela para dar parte a las autoridades

francesas, que sin duda estarían en alerta ante la falta de noticias del devenir del buque. El capitán pidió a Mir que transmitiera a las autoridades militares la necesidad de ayuda y medios para llevar a cabo el rescate de los posibles supervivientes, dado lo escabroso del terreno y la gran altura de los peñascos.

Pocos minutos después de abandonar el lugar, el cónsul se cruzó con el otro grupo que se dirigía al encuentro del resto de la expedición. Poco tardaron en llegar hasta el lugar y, al igual que los primeros, quedaron estupefactos ante semejante panorama. Así estuvieron varios minutos observando y sin mediar palabra en medio del pavoroso sonido del viento y del mar. La escena era aterradora, las olas hervían en cámara lenta con maderos, barriles, telas y cuerpos flotando al compás del vaivén del oleaje. Al cabo de un rato de bloqueo, el grupo empezó a reunirse en torno a los cabecillas de la expedición. Los militares que llevaban el mando empezaron a analizar la situación, conscientes de lo poco que podían hacer ante esas circunstancias.

Desde su posición podían distinguir claramente uno de los cadáveres que había quedado atrapado en unas rocas de la orilla. La prioridad en ese momento era encontrar una vía lo suficientemente segura para poder descender al fondo de la bahía e intentar recuperar ese cuerpo.

Varios hombres fueron bajando a través de una complicada pista hasta la zona donde estaba retenido el cadáver. El resto de la expedición se situó en la parte superior del acantilado, en la que armaron una estructura que pudiera servir de montacargas. Para ello usaron los tablones, las poleas y las cuerdas que habían transportado los pacientes burros.

Desde lo alto podían observar las maniobras de los hombres que estaban ya al pie de los acantilados. Uno de los valientes soldados, un hombre grande y fuerte, tomó la iniciativa y ató uno de los extremos de una cuerda a su cintura, agarrando el extremo de otra cuerda para poder asegurar el cadáver. Los demás hombres le tenían sujeto y le iban largando cuerda a medida que avanzaba.

Lentamente, fue progresando con mucha dificultad sobre un suelo mojado y escurridizo al que llegaba el final de las olas. El osado soldado iba avanzando entre las rocas concentrado en sus pies, asegurándose bien de no fallar ni un paso que pudiera provocar una caída inoportuna. Inconscientemente, su mirada se escapaba hacia el cuerpo que permanecía atrapado en las erosionadas y retentivas rocas. A medida que se aproximaba al cadáver, podía distinguir con aficción los profundos cortes sin sangre. El pequeño trayecto hasta llegar al cuerpo se hizo eterno.

Al llegar ante él, el soldado lo miró y quedó paralizado ante el rostro de aquel hombre. De la parte trasera de la cabeza colgaba un pedazo de cráneo que había dejado escapar el cerebro. Las salpicaduras de las olas le devolvieron a la realidad. Esquivando la mirada, lo levantó por la parte superior del tronco para pasar la cuerda alrededor de la cintura. Aquel cuerpo era el de un hombre grande y grueso, llevaba un abundante bigote y tan solo conservaba algunos pedazos de su camisa. A pesar de que el soldado era un hombre muy fuerte, no consiguió desprenderlo de las retentivas rocas, por lo que reclamó la ayuda de uno de sus compañeros. Con mucha dificultad consiguieron desprender el cuerpo y bajarlo del peñasco. A medida que se acercaban los demás hombres, iban cobrando las cuerdas.

Al llegar junto a sus compañeros descargaron el pesado cuerpo y lo depositaron sobre el suelo. Las miradas se centraron en ese cuerpo; sus rostros reflejaban el horror y lástima por el horrible destino de aquel pobre desafortunado. Pasado el *shock*, envolvieron el cadáver en una sábana y lo engancharon al extremo de una cuerda que les habían lanzado desde lo alto. Una vez asegurado, hicieron señales al grupo que manejaba la polea para que izaran el cadáver. Poco a poco iba subiendo el cuerpo de aquel desdichado hombre. En el fondo de la cala, los soldados que habían recuperado el cadáver empezaron a recoger diferentes objetos que las olas habían depositado ya fuera del mar.

Al llegar a Son Escudero, el cónsul pidió a la payesa que le prestara una bicicleta para regresar al pueblo. El camino a Ciudadela es de bajada y el viento a favor hizo que Mir llegara en poco tiempo.

En primer lugar se dirigió al hospital para informar a Marcel del hallazgo y confirmar algunos datos y detalles importantes que este le pudiera aclarar. Al entrar en la habitación, el joven náufrago estaba postrado en la cama con la mirada perdida en el ventanal, sumido en la pesadilla que había sufrido tan solo unas horas antes. Mir le sacó del trance.

—*Bonjour*, Marcel, hemos encontrado el naufragio —iban hablando en francés.

—¿Han encontrado a alguien vivo? —preguntó apresurado Marcel

—No lo sé, al confirmar el naufragio he vuelto a Ciudadela a dar parte. Necesito hacerle unas preguntas —añadió Mir.

—Usted dirá.

—Verá, tengo que informar inmediatamente a las autoridades francesas sobre el suceso, pero necesito asegurarme de los datos del buque, destino, pasaje y demás.

—Sí, sí, de acuerdo.

Mir sacó de su chaqueta un lapicero y el pequeño bloc de notas en el que empezó a ratificar lo que Marcel le había contado y, si cabía, a añadir algún dato más a la información.

—A ver, el buque es el Général Chanzy. C-h-a-n-c-y, ¿es correcto?

—Sí, señor —respondió el francés.

—De la Compagnie Générale Transatlantique, dijo usted, ¿no?

—Sí, así es.

—Se dirigían a Argel desde Marsella y zarpó el día 9 de febrero a las 13:00 horas, ¿correcto?

—Sí, sí.

—¿Se acuerda del número de personas que viajaban en el barco?

—Creo recordar que nos comentó el capitán que alrededor de ciento cincuenta y siete entre pasajeros y tripulación.

—¿Conocía al capitán del buque? —preguntó de nuevo el cónsul.

—Sí, nos dijo que se llamaba Cayol, le conocimos un poco antes de zarpar.

—Bueno, por ahora ya me vale. Iré enseguida a enviar unos telegramas para que no lo busquen más. Supongo que media Francia estará buscando ese barco.

—Yo viajaba junto a un compañero de trabajo de la agencia de aduanas. También había una chica que se llamaba Marie. ¿No sabe si han encontrado a alguien vivo, no? —insistió Marcel.

—No lo sé, Marcel, ya le he dicho que en cuanto confirmé el naufragio tuve que venir enseguida a dar parte de lo sucedido.

—Necesito ir.

—¿Pero cómo va a ir en su estado?

—Ya estoy bien y puedo echar una mano. Por favor, lléveme hasta allí.

—Bueno, ahora debo enviar los telegramas. Más tarde le pasaré a buscar.

—Otra cosa, señor, ¿sería tan amable de hacerme un favor?

—Usted dirá, Marcel.

—¿Podría telegrafiar a mi madre?

—Por supuesto, hijo.

Mir le acercó el pequeño cuaderno y el lápiz, y el francés escribió:

«Mme. Bodez, 95 Rue de Normandie au Havre. Général Chanzy echoné. Sui sauvé. Meilleurs caisers, Marcel».

El cónsul salió del hospital en dirección a la oficina de telégrafos.

En París, en la sede de la compañía armadora del buque la alarma era máxima. El barco llevaba desaparecido más de veinticuatro horas y desde Argel no llegaban noticias sobre su paradero. En el despacho del presidente de la compañía, Jules-Charles Roux, junto a dos de sus directivos, entre ellos Antoine Gaude, su hombre de

confianza, estaban repasando los informes acerca de las recientes pérdidas de alguno de los buques de la compañía. Roux llevaba seis años al frente de la naviliera.

La compañía fue fundada por los hermanos Pereire a mediados del siglo XIX. Sus inicios fueron el transporte a través del Atlántico, de ahí su nombre de *Compagnie Générale Transatlantique*, que una vez abreviada era conocida como la *Transat*. En su pesar estaba el recuerdo del que supuso su primera gran pérdida: con apenas dos años en el cargo, tuvo que afrontar el hundimiento del buque *Isaac Pereire* en unos peñascos al este de la isla de Menorca. La falta de noticias del *Chanzy* acrecentaba su pesimismo y el temor por el escollo que suponían las Baleares en el trayecto.

La compañía había sufrido varias pérdidas tanto en el Atlántico como en el Mediterráneo. En la actualidad, la *Transat* contaba con una flota de setenta y cuatro buques. La ruta entre Marsella y el norte de África era una de las más importantes para la compañía, aunque también cubrían otras rutas como con la del puerto español de Cartagena o con la isla de Malta. Sobre la mesa, entre otros, estaban los dosieres de los seis buques de pasajeros que en la actualidad cubrían la línea con Argel: el *Eugène Pereire*, el *Duc de Braganze*, el *Ville d'Argel*, el *Maréchal Bugeaud*, el *Général Chanzy* —todos estos botados alrededor de la última década siglo anterior— y, finalmente, el extraordinario y moderno *Charles-Roux*, botado en 1906.

—Antoine, el *Général Chanzy* no tenía programado ese trayecto el miércoles, ¿no? —preguntó contrariado—. Según el *planning*, el buque que lo tenía que cubrir era el *Maréchal Bugeaud*, ¿cierto?

—Sí, señor, tiene razón, pero tuvo que ser sustituido a última hora por una avería en el timón. Ahora mismo no tengo más detalles.

En ese momento, la ficha técnica del *Chanzy* estaba siendo examinada por los directivos. Construido en 1891 por los Astilleros Navales *Chantiers & Ateliers*, medía ciento nueve con diez metros de eslora, diez con setenta metros de manga, una altura de catorce

metros y un calado de siete con setenta y cinco metros. La capacidad de volumen del buque era de dos mil doscientas cincuenta y nueve toneladas de arqueo bruto y mil ochocientas treinta y seis de arqueo neto. Fue construido íntegramente en acero. Sus tres mil ochocientos caballos eran generados por sus magníficas máquinas de vapor que suministraban potencia suficiente a un motor a pilón de triple expansión de tres cilindros, que era capaz de conseguir que el buque alcanzara una velocidad máxima de dieciocho nudos. Su capacidad era de noventa pasajeros.

En el dossier del Général Chanzy constaba un accidente importante: en julio de 1896 tuvo que ser reflotado al quedar varado en unos escollos de las aguas de Florø, en la costa atlántica de Noruega, y que le provocaron una importante vía de agua. En 1907, remodelado totalmente, se construyeron ocho camarotes nuevos de primera clase dotados de los más lujosos detalles, entre los cuales destacaban radiadores de agua caliente, además del acceso a una terraza cubierta en popa. También fueron sustituidas sus calderas.

Otros de los dossieres que estaban sobre la mesa eran los de los buques perdidos en el Mediterráneo en los últimos años. Entre ellos el Ville de Rome, que el 22 de marzo de 1898, navegando con destino a Argel, embarrancó en la costa este de Menorca, a los pies de la fortaleza de Isabel II, a la entrada del puerto de Mahón. Era un vapor con casco de hierro de casi cien metros de eslora y poco más de diez de manga. Al mando iba el capitán M. Beauchet y viajaban ciento diecisiete pasajeros y sesenta tripulantes. No hubo víctimas, pero el barco se perdió. La causa del siniestro aportada por el capitán y algunos testigos fue la falta de visibilidad en una noche muy oscura con niebla y llovizna. El expediente iba acompañado de varias fotografías.

Otra de las fichas era el del primer gran disgusto de Roux, el caso del Isaac Pereire, parecido al anterior: el 26 de octubre de 1906, en una noche de tormenta, embarrancó a poco más de una milla náutica del Ville de Rome. Llevaba a bordo sesenta y dos pasajeros y sesenta tripulantes. Tampoco hubo víctimas, pero el barco también se perdió.

En ese momento, alguien llamó a la puerta del despacho.

—¡Pase! —vociferó el presidente.

Era su secretario, quien le entregó un telegrama que llevaba en la mano.

—Acaba de llegar, señor.

—Gracias, Palil.

El presidente lo abrió y leyó su contenido; su rostro se desfiguró.

«Transatlantique Général Chanzy englouti au nord de Minorque, tout perdu, un seul passager sauvé. M. Mir, Ciudadela de Menorca».

Los otros dos hombres le interrogaban con la vista. Este les pasó el telegrama y lo leyeron con apremio.

—¡Maldita costa! —exclamó uno de ellos con gesto crispado.

—Envíen un telegrama inmediatamente a Argel informando de lo sucedido. También convoquen una reunión urgente de directiva —ordenó Roux—. Envíen otro a Marsella informando de lo mismo y que nos manden inmediatamente el listado de los pasajeros y de la tripulación. ¿Qué pronóstico daban para estos días en el Mediterráneo? ¡Vamos, vamos! ¡Muévanse! ¡Lo quiero ya!

—Sí, señor —contestó Gaude, saliendo apresuradamente del despacho.

—El Chanzy estaba capitaneado por Cayol, ¿no es así? ¿Qué demonios ha pasado para que se haya hundido? —se preguntó en voz alta, dando un fuerte puñetazo de enfado sobre la mesa de su despacho.

Mir había enviado ya varios telegramas, entre ellos al Ministro de Exteriores de París, al cónsul de Francia en Palma de Mallorca y también el telegrama que Marcel había redactado para su madre. La alarma ya se extendía por las Baleares y media Francia.

La tarde caía en el puerto de Argel y la chica se había acercado de nuevo hasta el muelle. Era la única que se resistía a dar por he-

cho lo que ya se presumía y seguía esperando ver la silueta del barco que se aproximaba. El sonido de unos pasos tras ella la rescató de sus pensamientos.

—Señorita, siento decirle que el buque Général Chanzy no llegará nunca más a este puerto. Ha naufragado en la costa norte de Menorca, a medio camino entre Marsella y Argel. Lo siento, señorita.

Ella no respondió. Con un escueto movimiento de inclinación de su cabeza asumió las palabras que ya temía oír desde hacía varias horas. Las lágrimas cruzaron sus mejillas, al mismo tiempo que acariciaba suavemente su vientre. «¿Qué había sucedido? ¿Qué había sido de su prometido?», pensaba.

—¿Hay supervivientes? —preguntó la chica al hombre que ya se estaba alejando.

—Creo que no, señorita.

Al mismo tiempo, en Francia, los responsables del Ministerio de Asuntos Exteriores se ponían en contacto con la Transat para intercambiar la poca información que les había llegado. Para esa misma tarde se convocó una reunión de urgencia en la que tomar medidas ante la grave situación. Uno de los puntos que los directivos de la compañía querían exponer en esa reunión era el de la falta de señalización lumínica en las costas de Menorca, lo que había provocado muchas pérdidas a las navieras francesas, tanto materiales como humanas. A la reunión llevaban un acuerdo al que hacía meses habían llegado junto a otras navieras y sus capitanes para aunar fuerzas y pedir al Congreso francés que forzara a las autoridades españolas a señalar con faros las puntas este y oeste de la costa norte menorquina.

Tras informar sobre lo sucedido a las autoridades competentes, Mir regresó al hospital a recoger a Marcel y volver al lugar de los hechos.

—Bueno, Marcel, si está con ánimo de acudir de nuevo a la costa, puede venir conmigo. Debemos apresurarnos, en un par de horas anochecerá.

Marcel estaba preparado, llevaba puestas las ropas que Joana le había dado en Son Escudero.

Salieron del hospital en dirección al maldito enclave en el vehículo del Sr. Mir. En poco tiempo llegaron a la finca, desde donde caminaron el par de kilómetros que les separaba de la costa. Al chico le atemorizaba volver hasta ese lugar, pero sus ansias de volver a ver a su amigo Georges y, sobre todo, a la chica que tanto le gustaba y de la que estaba enamorado desde hacía meses eran más fuerte que el miedo.

Al llegar pudieron comprobar que en lo alto de los acantilados había ya depositados algunos restos de la carga que portaba el buque; también se encontraba el cadáver rescatado de entre los peñascos. Marcel buscaba con ansiedad en los recovecos de la costa en los que podía haberse refugiado Marie o alguna de las personas que le acompañaban en la travesía. Entre los restos que flotaban en el mar destacaban varios cadáveres que eran mancillados por las malditas gaviotas carroñeras que, sin piedad, aprovechaban para picotear en las heridas de los cuerpos mutilados, saciando así su voraz apetito. Entre el agitado oleaje, seguían semihundidos los restos de uno de los botes salvavidas que tampoco había resistido el embate contra las rocas.

El joven francés continuaba buscando entre las grietas algún indicio del vestido rojo que llevaba puesto Marie la última vez que la vio al lanzarse al mar con él. Josep, al percatarse de la presencia del francés, fue a su encuentro.

—Buenas tardes, Marcel. Me alegro de que estés aquí, veo que te encuentras mejor.

—Hola Josep. No podía quedarme más tiempo encerrado, necesitaba volver. Tenemos que encontrar a mis amigos, tienen que estar vivos y nos necesitan —respondió convencido y mirando fijamente a los ojos del payés.

—Créeme, Marcel, llevo toda la tarde escudriñando cada resquicio del acantilado y es imposible saber si están ahí abajo. Debemos esperar a que el mar amaine para comprobarlo desde allí —respondió Josep, intentando no desvanecer la esperanza de encontrar vivo a alguien, que en esas condiciones eran remotas, cuando no imposibles.

—Tienen que estar, si yo pude llegar a tierra, ¿por qué ellos no? —replicó el francés.

—Marcel, estamos cansados y apenas quedan unos minutos para que anochezca, aquí ya no podemos hacer más. Vamos a casa y mañana, al amanecer y con el mar un poco más calmado, volveremos a buscarlos —intentó convencer el aparcerero al joven náufrago.

Las labores de rescate se prolongaron hasta las últimas luces del día. En esa época del año anochece pronto y a las seis de la tarde ya oscurece. El fuerte oleaje, sumado al viento y la punzante llovizna, que no paró de incordiar a lo largo de toda la tarde, impedía que los hombres se pudieran acercar a la orilla, dificultando considerablemente los trabajos de rescate. Caracciolo ordenó la retirada del grupo de rescate hasta el día siguiente, dejando de retén a un pequeño grupo de carabineros y guardias civiles al cuidado de los objetos rescatados para evitar posibles saqueos. Los demás partieron en dirección a Son Escudero llevando el cuerpo rescatado a lomos de uno de los burros.

Los dos compañeros volvieron con el resto de la expedición. Allí, en la finca, Miquel, que había partido del lugar hacía un buen rato, trabajaba junto al joven Sebastián en las ya avanzadas labores de ordeño.

—Si quieres puedes quedarte a dormir aquí —le ofreció Josep—. Entra en la casa y espérame, yo acabaré con el queso. Descansa un rato y más tarde cenaremos.

En Ciudadela la alarma y expectación eran máximas, toda la ciudadanía esperaba noticias sobre lo acontecido.

Esa misma tarde, en la sede de la Transat en París se celebraba la reunión entre la compañía y el Estado. A esas horas se disponía ya de los listados del pasaje y de la tripulación, así como también los datos de la carga. La lista oficial de tripulantes estaba comandada por Bruno Cayol, con sus dos oficiales M. Guizol y M. Carlini; el prestigioso médico de a bordo, el Dr. Catanei; el sobrecargo, M. Parsi; cuatro miembros del personal de cocina comandados por el jefe de cocina M. J. Boccoz; M. Jean Rossi como responsable de la despensa; M. Malrait como responsable del restaurante; once miembros del personal de camareros y limpieza a las órdenes del *maître*, M. Cotte; tres mecánicos maquinistas comandados por M. Silvestre; diecinueve fogoneros; once marineros y dos grumetes, y, finalmente, nueve estibadores y un carpintero; un total de setenta miembros de tripulación.

En cuanto al pasaje, estaba formado por ochenta y siete personas: un listado con veintidós pasajeros en primera clase, trece en segunda, veintitrés en tercera y veintinueve en cuarta. Entre ellos había gente de toda condición: militares, empresarios, artistas, médicos, funcionarios, trabajadores y algún sacerdote. Entre las personas que iban a bordo del Général Chanzy en esa travesía había veinte mujeres en la lista de pasajeros, de las cuales una era un bebé de apenas veinte meses y otra era una niña de tan solo tres añitos. A ellas había que añadir las dos camareras que se habían incorporado en ese fatídico viaje, para un total de veintidós. El buque transportaba una carga de ciento ochenta y tres toneladas de mercancías y objetos manufacturados, de entre los cuales destacan gran cantidad de barriles vacíos y numerosas sacas de correo.

Por parte del Estado, acudió a la reunión el administrador jefe de la Marina francesa en representación del presidente francés. Un primer acuerdo fue el envío inmediato de una escuadra de seis contratorpederos desde el puerto de Cannes, al mando de la cual estaba el capitán de fragata M. Eng. Su principal misión sería la

investigación de lo sucedido y ponerse a disposición de las autoridades españolas para colaborar en las labores de rescate. En esa reunión, como ya tenían previsto los directivos de la compañía, uno de los principales y más agrios temas expuestos era el de insistir y apremiar a las autoridades francesas a forzar un acuerdo con el Gobierno español para subsanar la inaceptable falta de faros en la peligrosa costa de Menorca. A lo largo de toda la costa norte de la isla tan solo se contaba con un anticuado faro construido en 1857. Con más de cincuenta y seis años, su desfasado mecanismo ofrecía un destello cada cuatro minutos que apenas se podía ver a dieciocho millas en noches con buen tiempo y era totalmente ineficaz en condiciones adversas y noches de temporal. Se acordó también la partida hacia Menorca del delegado de la compañía, Antoine Gaudé, que en un par de días partiría desde Marsella a bordo del buque Calvados; su tarea sería la de hacerse cargo de las víctimas y de los restos del *liner*. La noche fue larga y de esa reunión dependía que la naviera saliera medianamente airosa de una nueva catástrofe de otro de sus buques.

CAPÍTULO ONCE



La llegada de un nuevo día despertó a la población. Lo sucedido tan solo cuarenta y ocho horas antes había impactado en sus gentes y la noticia andaba por calles, por mercados, por cafés... En todas partes el foco de las conversaciones estaba en torno a lo impactante de los relatos que habían llegado desde la zona del naufragio.

La gran cantidad de personas que viajaba en el buque, con tan solo un superviviente, sumado a las confusas circunstancias del accidente, contribuían a las especulaciones y habladurías de la ciudadanía.

Ese 12 de febrero despertó de nuevo frío y ventoso. Las condiciones marítimas se mantenían adversas para la recuperación de los cuerpos que todavía seguían flotando y que con el paso de las horas iban siendo engullidos hacia las profundidades, con pocas probabilidades de volver en algún momento a la superficie para ser recuperados y tener una sepultura digna.

A primera hora había llegado a la zona de Torre Nova el relevo del destacamento que quedó de retén durante la noche. Los soldados que habían estado de guardia esperaban ansiosos su reemplazo para volver a sus destacamentos, donde poder descansar y entrar en calor tras la durísima noche de lluvia, frío y viento.

Esa mañana Marcel despertó extenuado tras una noche marcada por las pesadillas, en las que se repetían una y otra vez sus últimos instantes a bordo; imágenes, gritos, crujidos, presentimientos y corazonadas que le desvelaron en repetidas ocasiones a lo largo de la madrugada. Josep llevaba rato levantado y, tras el ordeño y la elaboración del queso, había regresado ya de su ronda por las pequeñas tiendas de ultramarinos a las que abastecía. Esa mañana lo hizo con mayor celeridad para cumplir con su promesa de acompañar al naufrago hasta el lugar donde, con suerte, intentarían encontrar a sus amigos todavía con vida. En la ciudad fue motivo de curiosidad por parte de los que le conocían e incluso de los que no, que trataban de sonsacarle detalles de lo ocurrido en su finca. Dando largas por las prisas de su trabajo, procuraba esquivar el cotilleo. Al llegar a casa, Marcel estaba desayunando. Joana se encargó de que no le faltara nada, tal y como le había pedido su marido.

Todos eran conscientes de que sobrevivir allí abajo era imposible, más aún habiendo transcurrido tres días sin alimentos ni ropas de abrigo. A pesar de todo, Josep no iba a negar su apoyo al joven francés hasta agotar todas las posibilidades de ayuda y cerciorarse de que no había supervivientes. En cuanto el chico hubo desayunado, enfilaron de nuevo el sendero hacia los acantilados.

En la pequeña bahía, el dantesco espectáculo seguía helando la sangre de todos los que acudían allí a colaborar en las tareas de rescate. A cierta distancia de la costa, entre en un mar todavía embravecido, se podía observar una barcaza que a duras penas podía mantenerse.

Los recuerdos e imágenes de los últimos instantes en el Chanzy volvían a su mente una y otra vez: la mirada cruzada con Marie en el interior del salón, la maldita ola en cámara lenta que se tragó a su amigo, la terrible sensación del primer contacto con el agua helada, el estruendo de la explosión... Todo ese torbellino de emociones volvía de nuevo a su cabeza.

—Vamos, Marcel, acerquémonos al grupo, a ver qué novedades hay esta mañana.

En lo alto del acantilado, junto a la nueva grúa que había sustituido al improvisado montacargas del primer día, la pila de objetos recuperados del mar iba aumentando paulatinamente gracias al trabajo de los hombres que habían bajado de nuevo hasta el pie del peñasco: maderos, barriles, sacas de correo y gran cantidad de telas y ropajes, entre los que destacaba la gran bandera francesa que iba izada en la popa del paquebote.

Desde lo alto del acantilado, a pesar del azote del viento y el frío que se clavaba en sus rostros, observaban el trabajo de aquellos hombres que iban recogiendo todo lo que el mar depositaba en la rocosa orilla. La barcaza no tardó en declinar su labor ante la imposibilidad de poder acercarse a la zona para intentar recuperar alguno de los cuerpos que todavía flotaban en la cala. Al estado del mar había que añadir la gran cantidad de telas y cabos que flotaban, con el consiguiente riesgo de enredarse en sus hélices. Con la misión de rastrear las pequeñas calas cercanas en busca de algún cuerpo o resto que las corrientes hubieran podido desviar, el capitán Caracciolo había ordenado para ello la formación de un par de grupos de soldados. De esta manera iban pasando las horas de ese frío día de febrero.

La mañana había transcurrido sin poder avanzar en el rescate de sus amigos, para ello había que esperar una mejora del tiempo, por lo que Marcel accedió a acompañar a Josep de vuelta a Son Escudero. Para comer, esa mañana Joana había preparado pescado. En el horno había introducido una cazuela de barro con el fondo untado con una cucharada de manteca de cerdo. En ella añadió unas patatas cortadas a rodajas, unas tiras de pimiento verde, unos aros de cebollas, unos ajos y unos trozos de tomate de *ramellet*. Cubierto de agua casi en su totalidad, lo aderezó con unas hojas laurel, un pequeño ramillete de romero y sal. Al cabo de poco más de cuarenta minutos de cocción añadió los trozos de pescado, para acabar de hornearlo diez minutos más. Ese día el pescado que utilizó era *rajada*, un pez parecido a la manta raya. Haciendo costumbre de la abstinencia que se hace durante la Cuaresma, todos los viernes del año se consumía pescado.

Con el ajetreo del día anterior debido a la aparición del naufrago y el revuelo que ello causó, a Josep se le había olvidado comprar el pescado y lo hizo esa mañana de sábado para que su esposa lo pudiera preparar a mediodía. Lo que se cocinaba en esas fincas se basaba en los productos que le proporcionaban sus tierras, ya fueran de temporada o en conserva. El azúcar, la sal, el café, el aceite, algo de chocolate, el pescado y pocas cosas más se compraban en las tiendas y mercados. Durante el transcurso de la comida se habló poco, la timidez de los chicos frente al francés y la dificultad que suponía el idioma hicieron que se centraran en la sabrosa comida. De vez en cuando, Josep intentaba romper el hielo comentando algún tema con Miquel o con la chiquilla.

—¿Qué tal el jilguero, Miquel?

—Muy bien, padre. A ratos le observo tras la ventana y le oigo canturrear. En cuanto se acostumbre a nosotros se animará y cantará más.

—Yo quiero uno —dijo la pequeña Eulalia, bajando su mirada al darse cuenta de que el francés la miraba sonriendo.

—¡Pero si ya tenemos uno! —respondió Josep.

—Sí, pero es de Miquel. Yo quiero uno que sea mío... —reclamó la pequeña, extrañamente tímida.

—De acuerdo, una tarde de estas te construiré una jaula nueva y cazaremos uno para ti.

—¡Bien! —exclamó la niña sonriendo—. Le voy a llamar... mmm, ¡ya lo sé! ¡Careto!

Todos rieron. Pau seguía receloso, no entendía que aquel extraño que hacía pocos días se había presentado en su casa empapado y por sorpresa ahora estuviera junto a su familia como si fuera uno más.

Al terminar la comida los chicos desaparecieron. Mientras los dos hombres tomaban café aún sentados, Joana iba recogiendo la mesa y ordenando la cocina. Entretenidos en la sobremesa, Josep le iba enseñando alguno de los objetos que fabricaban durante las largas tardes de invierno al ocultarse el sol. Se le daba bien el es-

parto y le mostraba una de sus canastas a medio hacer. También le acercó una caja repleta de fotografías, las cuales recortaba de los periódicos que de vez en cuando llegaban a sus manos a través de su amigo el carnicero. Este los solía comprar y después de leerlos se los guardaba. Josep no leía bien, de crío fue muy poco al colegio y en cuanto tuvo fuerzas para el trabajo se acabó lo de estudiar. La que leía muy bien era Joana, ella sí había ido al colegio hasta los catorce años.

De los diarios solía recortar fotografías que mostraban acontecimientos extraordinarios ocurridos en aquella tranquila isla. Los naufragios y accidentes marítimos se producían con frecuencia y no pasaba año en el que se armara un gran revuelo por uno de ellos; otras de ellas reflejaban el destrozo causado por alguna riada que se formaba de vez en cuando, pero las más numerosas eran las relacionadas con los engalanados caballos que protagonizan las fiestas de San Juan. De la pared del comedor Josep descolgó un retrato para, orgulloso, mostrárselo al francés: en este se le veía a él con su elegante vestimenta montando a lomos de Glop durante la romería. Tras el ameno café se echaron a descansar un rato antes de continuar con la faena en el predio.

Esa tarde el francés decidió acompañar a Josep en su trabajo, no le apetecía bajar hasta Ciudadela. Por otro lado, Marcel no había visto nunca ordeñar ni elaborar el queso y la idea le apetecía, seguro que eso le distraería de sus tormentos.

Los dos hombres entraron en la vaquería, donde Miquel estaba ya racionando el alimento en cada puesto de ordeño. Fuera del recinto, las reses esperaban para acceder. Josep indicó al joven francés un lugar seguro donde no pudiera ser embestido por una de las vacas en su ansia por llegar rápidamente a su puesto.

—¿Las ordeñáis cada día?

—Sí, hay que ordeñarlas cada día, es la primera e ineludible tarea de cada mañana. En esta época es una faena de mañana y tarde, y se hace antes de que accedan a su ración de comida.

—¿Por qué dos veces al día?

—Estos animales paren a finales de septiembre y hasta mediados de mayo producen mucha leche, por lo que se las tiene que ordeñar dos veces al día. En los meses de junio y julio la producción disminuye y lo hacemos solo una vez. Se ordeñan diez meses al año y descansan en agosto y septiembre, hasta que vuelven a parir.

Liberado el acceso, las reses acudían instintivamente a sus respectivos puestos. En ellos eran amarradas con una cadena alrededor del cuello; no era muy necesario, pero sí que eso las persuadía de no moverse mientras eran ordeñadas. Aquella temporada había incorporado una nueva vaca, sumando seis reses, lo que para ser un predio relativamente pequeño era una meritoria inversión. Enseguida comenzaron a vaciar las ubres de sus preciados animales de color canela.

—¿Cuánta leche da cada una?

—Pues, según el animal, puede dar entre diez y doce litros por tanda.

—¿Veinte litros diarios?

—Sí, más o menos.

En poco más de una hora consiguieron descargar las rebosantes ubres. Acabada la faena, las soltaban para que pudieran acceder a su ración de comida y salir libremente en dirección a los pastos.

—¿Qué les dais para comer?

—Casi todo el ganado come más o menos lo mismo: una mezcla de cereales, harinas y un poco de pienso —a la vez, le iba enseñando una muestra sobre sus manos—. Dependiendo de la época del año puede variar de cereal, puede ser salvado de trigo, maíz, sorgo o cebada. A esto se les suma el forraje o la alfalfa. Cuando acaban con su ración salen hacia los pastos. En esta época comienzan los de zulla, esta planta les gusta mucho y, a medida que va floreciendo, tiñe el paisaje de un maravilloso color grana.

—¿Y a las ovejas y a las cabras?

—No, hasta mañana a la mañana no las ordeñamos.

En la finca había una veintena de ovejas y una docena cabras; estas últimas iban encolladas de dos en dos para evitar que saltaran las paredes medianeras y se adentraran en las parcelas de los pre-

dios vecinos. Para su ordeño se las conducía a *l'après*, una especie de callejón donde eran más fácilmente acorraladas y podían ser ordeñadas con mayor comodidad.

Su ciclo era diferente al de las vacas, estas parían dos veces al año. Una de ellas solía ser a finales de noviembre y, tras un periodo de unos cuarenta días, cuando los pequeños borregos comenzaban a pastar, se las podía empezar a ordeñar. Se hacía siempre a la mañana, cuando las ubres estaban rebosantes por la ausencia de sus crías, que eran encerradas toda la noche en los establos. Estos animales, en el ordeño, guardaban instintivamente parte de la leche y, al finalizar con todas, había que volver a hacer un ordeño de repaso. Tras la faena, los borregos eran liberados y pasaban el resto del día junto a sus madres hasta que de nuevo eran encerrados durante la noche.

Con la caída del sol acabaron con el ordeño y pasaron a la que sería. En la pequeña habitación había un gran depósito rectangular donde era vertida la leche de cada ordeño. Joana ya había aparecido por allí para preparar los utensilios y empezar con la elaboración del queso: paños, cordeles, delantales y ese oscuro líquido humeante que llevaba en un pequeño cazo y que vertió sobre la leche que estaba en la cuba. Pocos minutos después de haber vertido el fermento, la leche empezó a espesar, separándose en sus dos elementos. Con un enorme peine de acero iban rompiendo en pequeños pedazos el cuajo.

—¿Qué ha pasado? ¡Se ha cortado la leche! —exclamó sorprendido el francés.

—¡Jajaja! —rieron los payeses—. Efectivamente, se ha cortado.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué?

—Para elaborar el queso necesitamos fermentar la leche y separar el cuajo del suero; lo provocamos añadiendo el líquido oscuro que has visto.

—¿Y qué es?

—Pues se consigue machacando las flores secas de la alcachofa,

ese polvo se mezcla con un poco de agua caliente y así obtenemos el fermento —le iban explicando con ayuda de algunos gestos.

Entre sesenta y setenta litros de leche de vaca eran obtenidos en cada tanda; a la cantidad obtenida a la mañana se les sumaba la cuarentena que se obtenían de las ovejas y las cabras. Esta cantidad de leche daba para la elaboración del queso y cubrir el abastecimiento a varias tiendas de ultramarinos para el consumo diario de la población.

Una vez partido el cuajo, iban extrayéndolo con las manos y lo estrujaban para eliminar la mayor cantidad de suero posible antes de depositarlo sobre un paño cuadrado de tela de algodón; en él era envuelto ciñendo los cuatro extremos con un cordel. Una vez atrapado en la tela, era exprimido contra la mesa con la fuerza del peso del cuerpo canalizado en sus manos, recogiendo el suero sobrante en un recipiente bajo el desagüe al que la pequeña pendiente de la mesa conducía el líquido.

—¿Cuánta leche se necesita para cada pieza de queso? —preguntó fascinado el joven francés.

—Un kilo de queso requiere unos ocho litros de leche, y las piezas enteras suelen pesar sobre los dos kilos...

Al acabar de exprimir al máximo cada pieza, las colocaban bajo las pequeñas prensas que estaban fijadas en una de las paredes de la habitación y que en unas horas terminaban de eliminar el resto de suero.

—¿Qué hacéis con el suero?

—Con parte del suero hacemos el requesón y el resto lo suministramos a los cerdos y a los pequeños terneros.

Una pequeña parte de la leche que se obtenía a la mañana se apartaba en un cazo y se hervía para el consumo diario de la casa.

—¿Y la mantequilla cómo se hace?

—La mantequilla se hace a partir de la nata que se produce al hervir la leche.

—Mmm, a mí me encanta esa nata sobre una rebanada de pan y un poco de azúcar —añadió la mujer sonriendo.

—Y cuando lo sacáis de sus telas, ¿qué se hace?

—En unas horas, cuando ya está compactado, lo sumergimos en esa cuba con salmuera, donde permanece unas horas hasta conseguir el punto óptimo de sabor. Finalmente, se secan en los armarios de la habitación contigua, donde están varias semanas o meses, según el tipo de curado que precisemos. Algunas de estas piezas no se salan y se venden como queso fresco.

El domingo amaneció sin una mejora sustancial del tiempo que permitiera iniciar el rescate con garantías. El ánimo del francés estaba decayendo y cada vez era más consciente de que había pocas posibilidades de encontrar a alguien con vida allí abajo. Tras desayunar fue hasta la quesería en busca de Josep, que de nuevo estaba en plena faena.

—Buenos días, Josep.

—Buenos días. ¿Qué tal has descansado? —respondió.

—Mejor, esta noche he podido dormir profundamente, estaba muy cansado y lo necesitaba. Voy a ir hasta los acantilados en busca de noticias.

—De acuerdo, si te apetece ir hasta el pueblo, esta mañana sobre las once iremos toda la familia hasta allí. Es domingo y vamos a misa.

En los acantilados de Torre Nova, los soldados que continuaban con los trabajos de rescate se sentían impotentes ante la imposibilidad de recuperar aquellos cuerpos que estaban a pocos metros de la costa. La fuerza del viento había calmado, pero el temporal marítimo necesitaba unas horas más para ello. Por otra parte, con escasa fortuna para el joven francés, aquellos recovecos seguían sin ofrecer rastro alguno de Marie o de alguna de las demás personas que iban a bordo.

Las largas horas que pasaba en la zona le daban tiempo a pensar sobre aquellos últimos meses en los que su vida había dado un vuelco: en poco menos de un año había pasado de ser un chico normal con una vida normal a perder a su padre, a separarse de

su madre para emprender un vuelo truncado y en ese momento encontrarse en lo alto de los acantilados de un lugar del que nunca había oído hablar, observando imágenes terroríficas que durante toda su vida iban a perdurar en su memoria. Muchos de esos sentimientos se centraban en su madre: añoraba verla, besarla, y deseaba con todas sus fuerzas que ese trance pasara para volver junto a ella. «Cuando llegue a Ciudadela le escribiré de nuevo un telegrama para decirle que sigo bien», pensó.

Nuevamente derrotado, regresó a Son Escudero para bajar al pueblo con la familia de Josep. Al llegar a Ciudadela, Marcel dejó a la familia y se dirigió a la oficina de telégrafos. Durante toda la mañana, con la continua llegada de telegramas de los familiares de las víctimas, la pequeña oficina siguió sin tregua a pesar de ser domingo. Allí encontró al agotado Mir, que, con la ayuda del listado de pasajeros que le habían proporcionado, iba clasificando y archivando todos los telegramas que aportaban descripciones físicas que pudieran contribuir a la identificación de los posibles cadáveres rescatados. Marcel consiguió a través de Mir poder cumplir su deseo de volver a escribir a su madre. Tras esas horas en la ciudad retornaron a Son Escudero para, de nuevo, cumplir con su esclava obligación de cada día: ordeño y queso.

Los días posteriores al hundimiento se hacían interminables, el temporal no daba tregua y lo único que se podía hacer era tener todos los medios preparados para poder actuar desde el mar e intentar el rescate de aquellos cuerpos que todavía resistían el embate de las olas. La labor de los grupos que iban revisando las calas cercanas no dio fruto y apenas se recuperaron algunos maderos y algún que otro cabo. En la pequeña población, la ciudadanía se preparaba para afrontar los desgarradores momentos que ya habían empezado a perturbar la tranquilidad y que bien seguro impactarían en el ánimo de la gente ante el elevado número de víctimas que se preveían.

Para Marcel, el paso de las horas y los días esperando la mejora del tiempo aumentaba el desánimo por la contrarreloj que suponía para las vidas de sus amigos. El chico pasaba esas largas horas yendo y viniendo a Torre Nova. Entre idas y venidas, se entretenía con las tareas de la finca, unos ratos tras Josep, otros tras su esposa. Le sorprendía la capacidad de trabajo de Joana no solo con las labores de la casa, sino también con todo lo que concernía a sus faenas en la finca. Aparte de toda su labor, el seguimiento y cuidado que tenía con Pau le causaba una enorme admiración.

Otros ratos se sentaba frente a la chimenea y hojeaba alguno de los pocos libros que había en la casa. Entre ellos le llamó la atención uno escrito en menorquín y del que pudo entender mucho de lo que leía gracias a la semejanza gramatical con su idioma, además de un gran número de vocablos en común. Era un pequeño libro titulado *Cintadella Veia*, cuyo autor era un maestro de la misma ciudad llamado Joan Benejam. La entretenida narración de diferentes pasajes de la infancia del autor en aquella pequeña población, esos detallados escenarios, esos personajes, sus conflictos y anécdotas..., todo ello conseguía por un tiempo distraerlo de sus preocupaciones.

—¿Quieres jugar? — preguntó tímidamente Eulalia, mostrándole un viejo tablero de damas.

—¡Sí! Pero tendrás que enseñarme...

La niña esbozó una amplia sonrisa de satisfacción, eso de ser ella la maestra le agradaba. Durante un buen rato, con un juego simulado, fue explicando al chico los movimientos de las fichas y el objetivo de comerse al rival. El resultado fue apabullante: la niña ganó las cinco partidas que jugaron. El francés estaba encantado con la cara de satisfacción de su rival, aunque ante ella se hacía el enojado por su torpeza. Con Pau, las cosas eran diferentes, el niño le rehuía y era evidente su desconfianza. A veces, Marcel conseguía acercarse al niño mientras este estaba concentrado en sus dibujos.

Aprovechó también las largas horas de esos días de espera para visitar la villa. El uso de la bicicleta que tenían en el predio le daba

libertad de movimiento para ello. Marcel acudía a menudo al consulado, donde había fraguado una buena amistad con el señor Mir. Con él pasaba largas horas y en muchas ocasiones le acompañaba en sus recados por el pueblo, en las que, sin él desearlo, era objeto de curiosidad de todas las miradas. En sus callejeos por el casco antiguo podía observar la cotidianidad del día a día, el ajetreo en tiendas y mercados, y el ir y venir de sus gentes. A lo largo de esos paseos, los magníficos palacios señoriales, las iglesias y los conventos repartidos por todo el centro histórico atraían su atención. El conjunto arquitectónico daba una gran categoría a la pequeña ciudad. En una de esas, toparon con la catedral dedicada a Santa María.

—¿Y esto? —exclamó admirado.

—Esta es la catedral.

—¿También tienen catedral? —preguntó sorprendido el francés.

—Sí, señor —sonrió el cónsul—. Fue construida por orden del rey Alfonso III. En un principio se construyó de estilo gótico, pero al haber sido saqueada varias veces, tiene partes barrocas y partes neoclásicas. Todavía conserva el antiguo minarete de la mezquita sobre la que se levantó.

Estos paseos con el cónsul se convertían en una visita guiada por sus calles, por sus plazas y sus mercados, descubriendo bonitos rincones a los que el cónsul adornaba con sus entretenidas explicaciones. En una ocasión acudieron a hacer un recado a una zona donde la ciudad se estaba expandiendo, al margen de la antigua muralla que delimitaba el casco antiguo. La tranquilidad de las callejuelas del centro contrarrestaba con el ajetreo de las hirvientes calles de la ciudad creciente.

La gran cantidad de gentes que iban y venían, carros y coches cargando y transportando mercancías de un lugar a otro, y especialmente la presencia de talleres en la mayoría de las casas, llamaban la atención del francés, que interrogaba a Mir sobre la próspera ciudad. «Efectivamente —iba contando el cónsul—, la isla se estaba recuperando poco a poco de unos años críticos en los que la casi totalidad

de las fábricas habían quedado al borde del cierre. Ahora, el calzado en Menorca estaba despuntando como una potente industria a nivel nacional. La fabricación era aún muy artesanal y poco mecanizada, hándicap que se contrarrestaba con la calidad del producto». En torno al ramo del calzado, gran cantidad de sectores despuntaban abasteciendo de diferentes materiales a esas fábricas. Varios de ellos se habían especializado en la elaboración de suelas o en la importación de pieles y cauchos; algunas carpinterías habían reconvertido su producción para elaborar tacones y hormas; otros talleres se especializaron en cajas de cartón y de madera para los envíos... A todo ello se le sumaba que parte de la elaboración del calzado se hacía fuera de las fábricas: un claro ejemplo lo podían observar en muchas de esas casas en las que sus pequeños talleres albergaban las hábiles manos de las aparadoras, que junto a sus Singer cosían los diferentes cortes del zapato antes de pasar a las expertas manos de los zapateros, que terminaban de darles forma ya en la fábrica.

Por otro lado, el cierre de una de las mayores empresas textiles en la ciudad de Mahón fue subsanado por la absorción de sus trabajadores por parte de dos nuevas industrias que habían surgido con fuerza. La mayoría de los hombres fueron recolocados en la empresa La Anglo, en el puerto de Mahón. La inversión británica en la empresa a través de la compañía Crossley, desde Liverpool, dio un fuerte empujón para posicionarla como una potencia en la fabricación de motores, así como en la instalación de centrales eléctricas, la fabricación de coches y en un pujante astillero. Las mujeres, por otro lado, se dedicaron a la fabricación de bolsas de malla de plata: hasta cuatro mil se dedicaban a ello, sobre todo en sus casas. Estas bolsas estaban muy de moda en Europa, principalmente en Inglaterra. Aun así, la emigración era obligada para muchos menorquines.

—Pero ¿cómo una isla tan pequeña tiene tanta industria? Creía que era más agrícola.

—Pues ya ves, la mayoría de ocupados lo están en la industria, aunque un gran porcentaje de la población sigue en la agricultura, que cada vez tiene más fuerza.

El incremento de la cabaña vacuna había aumentado la fabricación y exportación de queso, así como la producción cárnica, la de cereales y la de harinas; todo ello gracias a la llegada de la maquinaria, que hacía más provechoso el trabajo de aquellos infatigables payeses. A pesar de ello, el auge del calzado hizo que muchos trabajadores del ramo agrícola se pasaran a cubrir vacantes en el sector del calzado al contar con mejores condiciones laborales y una mayor rentabilidad. El trabajo del agricultor era muy sacrificado en cuanto al horario y su rentabilidad iba en función de muchos factores, principalmente el clima y la salud del ganado.

—Y dígame, Mir, ¿por qué sigue habiendo emigración? En vista de lo que usted cuenta, se diría que es una isla floreciente.

La recuperación de la industria era real, pero no lo suficiente para satisfacer las necesidades de toda la población, de ahí que todavía muchas personas tomaban la decisión de ir en busca de un mejor futuro —contaba el cónsul—. «Pero no crea usted que la emigración en la isla es cosa de ahora. Durante la colonización francesa de Argelia, a donde usted se dirigía, a mediados del siglo pasado, casi diez mil menorquines fueron hasta allí a cambio de tierras para cultivar. Fíjese si llegaron a ser una comunidad importante que fundaron varias ciudades, entre ellas la de Fort-de-l'Eau. Actualmente, se calcula que esa comunidad ha aumentado hasta los veinte mil menorquines. De igual manera, tenemos comunidades menorquinas en Gibraltar; en Sudamérica, sobretodo en Córdoba; y en Norteamérica están muy presentes en La Florida o en Nueva Orleáns».

—Actualmente, ¿cuántos habitantes tiene Menorca?

—Pues ahora rondamos los cuarenta y dos mil.

—¿Y qué sistema de energía utilizan?

—En Mahón está la central eléctrica, que va con carbón.

—¿Carbón? ¿Y de dónde lo traen?

—El carbón lo importamos desde Inglaterra.

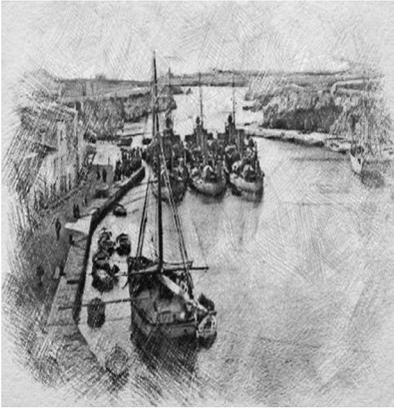
En esos días también tuvo tiempo de reunirse con sus compatriotas franceses que habían corrido su misma suerte unas semanas

antes a bordo del Martial. Los supervivientes le narraron su particular odisea en la costa norte, no muy lejos de donde el Chanzy había naufragado.

A bordo de una goleta, la madrugada del 13 al 14 de enero fueron sorprendidos por un fuerte temporal que provocó la rotura del trinchete, dejando la goleta a la deriva, estrellándose sin remedio contra los peñascos de la conocida cala del Pilar. Momentos después de la colisión, junto al capitán, tres de ellos salieron a cubierta para inspeccionar los daños: una gran ola se los llevó consigo. El capitán que estaba narrando lo sucedido contó que él quedó enganchado en unos cabos y pudo subir de nuevo a bordo. Encerrados en el interior de la goleta durante el resto de la noche, esperaron a que amainara el oleaje para intentar ponerse a salvo. Al amanecer, la marejada, que seguía azotando con violencia, impidió que pudieran abandonar su refugio. A media mañana pudieron percatarse de la presencia de dos personas en lo alto de los peñascos, quienes al verlos dieron la voz de alarma. Al día siguiente, con la calma del temporal, consiguieron ser rescatados.

El frío y el miedo de aquellas horas habían marcado a los cuatro hombres que, milagrosamente, habían resistido a la voracidad de las olas. Esas mismas vivencias y esos mismos sentimientos fueron los que Marcel experimentó días después, lo que forjó la empatía entre los compatriotas.

CAPÍTULO DOCE



Por fin, el lunes 14 de febrero llegó la esperada y ansiada tregua climatológica. A primera hora de la mañana, algunas embarcaciones de pesca, entre las que estaban el Dos Hermanos y el María, zarparon con una decena de hombres a bordo hacia el lugar del siniestro, a apenas seis millas del puerto de Ciudadela.

Junto a ellos zarpó también la barcaza Juanito, que realizaría las funciones de apoyo.

El fuerte temporal había dado paso a un mar de fondo, pese al cual las pequeñas embarcaciones podían acercarse hasta el lugar donde seguían flotando algunos de los cuerpos.

Desde que se confirmó el accidente, el cónsul acudía cada mañana a la oficina de telégrafos, desde allí seguía comunicándose con el Ministerio francés, con la delegación de Gobierno y con la compañía armadora. También se hacía cargo de la recepción de los innumerables telegramas enviados por los familiares de las personas que viajaban en el Chanzy, mediante los cuales seguían aportando decisivos detalles y reseñas para ayudar a la identificación de sus seres queridos. Todo ello era perfectamente registrado por el agente consular. Una vez terminada su labor en la oficina de

telégrafos, regresó a su despacho. Allí de nuevo le estaba esperando el joven francés.

—Buenos días, Bodez. ¿Cómo está esta mañana?

—Bien, señor. Si me permite, quisiera saber si tiene noticias de la familia de Marie Crespel, me gustaría ponerme en contacto con ellos e informarles personalmente de la situación.

—De acuerdo, vamos a buscar entre los telegramas que he ido recibiendo estos días, sé que tengo información sobre ese nombre. Por cierto, esta mañana han salido varias embarcaciones hacia el lugar, las condiciones marítimas parece que van a permitir acercarse a las más pequeñas.

Marie Crespel: dos telegramas remitidos desde la oficina de telégrafos de Épinal; concretamente de Jules Crespel, su padre, la madre se llamaba Manon. La dirección remitente era la de la Rue de L'Âtre número 9. La chica era descrita como «mujer joven, morena de cabellos largos, de ojos negros, lleva un anillo con la inscripción “J. Crespel M. Ducerf. 23 juin 1892”».

—La compañía también ha pasado una dirección en Marsella, calle de la République número 8.

—¿Puede hacerme un favor? ¿Enviaría por mí un telegrama a sus familiares?

—Por supuesto, Marcel. Escríbame aquí lo que quiera mandar —respondió Mir, extendiéndole un cuadernillo y un lapicero.

«Soy Marcel Bodez, amigo de Marie. Estoy buscando a su hija, espero darles buenas noticias en breve».

—Perfecto, Marcel. En un rato tengo que volver a la oficina de telégrafos y lo mandaré.

—Gracias, señor. Ahora regresaré hasta los acantilados a ver qué novedades hay.

A media mañana, sobre las once, apareció en el consulado un muchacho en busca del señor Mir para que acudiera al puerto: habían llegado unos buques de guerra franceses. Desde lo alto de las escaleras de acceso al muelle, el cónsul pudo ya observar a los seis buques abarloados en grupos de a tres, era una imagen que rara

vez se podía ver en el pequeño y tranquilo puerto de Ciudadela. Al llegar hasta el lugar se dirigió al oficial que parecía estar al mando.

—Buenos días, señor. Bienvenido a Menorca. Soy M. Mir, cónsul de Francia en Menorca.

—Buenos días. Soy el capitán de fragata M. Eng. Como supongo le habrán informado, venimos a colaborar en las labores de rescate.

—Sí, señor, estaba al corriente, me pongo a su disposición para lo que necesiten. Lo primero es informarle de que esta mañana a primera hora varias embarcaciones han acudido hasta el lugar del siniestro a empezar las labores de rescate; el viento ha amainado y parece que podrán acercarse a la costa e intentar recuperar los primeros cuerpos. Van acompañados de una barcaza de la tabacalera para apoyarles.

—Perfecto, no hay tiempo que perder. ¿El lugar del naufragio está lejos de aquí?

—No, señor, está bastante cerca, a pocas millas, en dirección norte.

—Pues subamos a uno de los contratorpederos y vayamos a echar un vistazo al lugar.

Como en días anteriores, Marcel estaba ya en la zona del hundimiento intentando echar una mano a los hombres que seguían con su labor de recoger lo que el mar iba depositando en la orilla. El francés, que se había unido al grupo de soldados que trabajaban a pie de acantilado, seguía revisando empecinadamente los recovecos de la orilla a los que podía acceder y a los que ya había inspeccionado varias veces. Allí abajo estaba relativamente cerca de los botes y podía observar los trabajos de recuperación de los primeros cadáveres que seguían flotando en las todavía movidas aguas de la pequeña bahía del Codolar de Torre Nova.

Al mediodía apareció por la zona el buque francés en el que había embarcado el cónsul junto al capitán Eng. A lo largo de la jornada el mar se fue calmando gracias al cambio de dirección del viento que roló a sur; a pesar de ello, el mar de fondo seguía balanceando las pequeñas embarcaciones, dificultando

su tarea. Cuando se recuperaba alguno de los cadáveres, era trasladado hasta la barcaza y allí se introducía en una de las sacas fabricadas con ese propósito. Al final de la tarde se habían conseguido recuperar once cadáveres. Ante la inminente caída del sol, a medida que iban terminando con sus trabajos, los patrones de los pequeños *llaüts* fueron ordenando el retorno a puerto, dando por finalizadas las labores de rescate de esa jornada.

Marcel, que desde su posición estaba atento a todo, al verlos partir decidió volver a Son Escudero y desde allí regresar a Ciudadela para saber sobre los cuerpos hallados en el mar. Al llegar al predio le contó a Josep cómo habían transcurrido los trabajos de recuperación y le pidió que le llevara hasta la población en busca de información sobre aquellos compañeros de viaje a los que la fortuna les había sido esquiva. Josep dejó el trabajo en manos de Miquel y Sebastián para poder acompañar a su joven huésped.

Al llegar a Ciudadela, el puerto fue su primer destino, pero, al llegar, los cadáveres habían sido ya desembarcados y llevados al cementerio municipal. Montaron de nuevo en el pequeño carro y se dirigieron hacia allí. En el cementerio estaban ya el cónsul, el Dr. Comella y el señor juez, quienes enseguida se percataron de la presencia de los dos hombres. Junto a Mir se encontraba una persona a la que no conocían. Dirigiendo su mirada hacia el francés, el cónsul habló al recién llegado sobre el chico, saliendo a su encuentro.

—Buenas noches, Marcel. Le presento a M. Antoine Gaude. Es el representante de la Compagnie Générale Transatlantique y acaba de llegar desde Marsella —dijo el cónsul.

Tras el saludo, empezaron a conversar. Josep los oía sin entender nada de lo que hablaban. Pronto desvió su atención y se acercó lentamente hacia el tétrico escenario.

Un gran foco iluminaba la escena. En una plazoleta del cementerio, a los pies de una gran cruz de piedra, los cuerpos rescatados durante esa jornada se encontraban tendidos sobre unas mantas y cubiertos por sábanas. Un extraño olor se incrustaba en

su olfato, un aroma a flor marchita, a humedad, a... cementerio. Uno de los cadáveres había sido despojado de su embozo y estaba siendo examinado por el Dr. Comella y el juez Bonet. Junto a ellos, otra persona estaba tomando fotografías del cuerpo. Josep estaba sumido en un escenario terrorífico del que parte de su ser le pedía huir, pero otra parte morbosa le pedía presenciar la escena que tenía ante sí. Al lado de cada uno de los cuerpos que estaban ocultos bajo su mortaja había un pequeño cartón doblado en forma de V invertida que identificaba a cada uno de ellos con un número.

El silencioso escenario tan solo era turbado por el sutil cuchicheo de los franceses y el tenue rezo de un sacerdote que iba ofreciendo un solemne responso a cada una de esas personas fallecidas. De este trance le sacó la irrupción en la escena de su amigo Marcel junto al cónsul y aquel nuevo personaje. Los tres hombres se sumaron al médico y al juez, que rodeaban uno de los cuerpos que yacía en el suelo. El payés, desde la distancia, observaba la secuencia sin llegar a oír bien lo que conversaban.

Sus rostros reflejaban el horror que tenían ante ellos. Poco a poco fueron pasando de un cuerpo a otro, tratando de identificar alguno de aquellos restos. En uno de ellos hubo una reacción distinta a los demás, parecía que ese cuerpo pertenecía a alguien conocido por el hombre recién llegado: eran los restos marcados con el número cinco.

—Este cadáver pertenece al Dr. Catanei —dijo Gaude, a la vez que asentía apesadumbrado con la cabeza—. Era el médico del barco.

Gaude conocía bien a Catanei, eran amigos y compañeros desde hacía muchos años.

—Le vi varias veces en el *liner*, me suena, pero no le conozco —añadió Marcel.

—Señores, es tarde, sería más conveniente esperar a mañana a la mañana. Con la luz del día podremos examinar con más detalle los cadáveres —dijo el cónsul.

Ya hacía rato que había oscurecido y los trabajos en ese lúgubre escenario llegaban a su fin. De repente apareció un nuevo carruaje que portaba otros dos cuerpos metidos en sus sacas, estos habían sido recuperados a última hora por una de las embarcaciones que se había rezagado. El juez Bonet adjudicó a estos nuevos restos los números trece y catorce —por ahora era el único modo de registrar a los desafortunados pasajeros—. Ese día se habían recuperado de las aguas gélidas de Torre Nova trece cadáveres, al que se sumaba el recuperado el día 11 a la tarde.

Josep andaba abstraído en el trabajo de los sepultureros que iban introduciendo los cadáveres en varios nichos. A cada resto se le anudó a su mortaja el cartoncillo con su correspondiente número. Al concluir la labor de los enterradores, el payés se entretuvo paseando entre las tumbas, curioseando los nombres escritos sobre sus lápidas, ajeno al corrillo que se había formado alrededor de Marcel. Al cabo de un rato, su compañero le sustrajo de sus pensamientos.

—Josep, ¿nos vamos? Ya he visto demasiadas cosas horribles hoy.

—Sí, sí... Yo también he visto suficiente.

—Le he pedido al señor Mir que mañana me embarque en uno de los *llaiits* para acercarme hasta el lugar. Necesito bajar, amigo mío, tengo que ir.

CAPÍTULO TRECE



Una noche más las pesadillas y la ansiedad le mantuvieron entresueño hasta las seis de la mañana. A esa hora, Marcel salió de Son Escudero en dirección al puerto, allí debía embarcar en uno de los *llaiits* con los que el cónsul había concertado la noche anterior para que ese día les acompañara en las labores de rescate.

Juan, el patrón de la embarcación que le llevaría hasta el lugar de la tragedia, era un hombre serio, poco hablador y mirada fría.

Junto a sus cuatro marineros, aguardaban la llegada del joven náufrago para zarpar. Al subir a bordo del *llaiit*, el chico pudo ver que en un costado de la proa había un nombre: María. «¿Que le guardaba el destino al embarcarlo en aquel pequeño bote con el mismo nombre que la persona a la que ansiaba volver a ver viva con todas sus fuerzas?», pensó.

La pequeña flotilla de rescate zarpó al despuntar el alba. La mañana concedía una nueva tregua para la recuperación de los cuerpos que todavía estaban al alcance de aquellos hombres que durante unos días habían alterado su objetivo de pescar peces por el de recuperar cadáveres. El mar había calmado, aunque seguía algún vestigio de mar vieja que hacía ondular las pequeñas em-

barcaciones que iban escudriñando el lugar. La faena se realizaba con dificultad, procurando no enredar en los remos algunas de las telas y cabos que seguían flotando. Desde lo alto de los acantilados eran guiados hacia la ubicación de los cuerpos que desde allí arriba tenían localizados; los que estaban semihundidos atrapados en las rocas o enredados entre los restos debían ser localizados desde los botes. Su labor también era la de izar a bordo todos los materiales que seguían flotando sobre las aguas.

Cada vez que subían a bordo alguno de los maltrechos cuerpos, en los rostros de los arrojados pescadores, acostumbrados a su sufrido y peligroso oficio, se reflejaba la compasión y el dolor por aquellas personas a las que la suerte les había dado la espalda. Habían pasado ya muchos días y a las graves heridas y mutilaciones había que sumarles el fuerte olor que desprendía la descomposición.

Marcel tenía la corazonada de que Marie tenía que estar en una de esas pequeñas cavidades de la costa a las que la rabia del mar había ido dando forma a través de miles de años de erosión, modelándolas a capricho con cada nuevo temporal. El joven naufrago instaba a Juan a acercarse a esas grietas para ir examinando cada una de ellas.

Las horas avanzaban y el esfuerzo daba poco resultado. El paso de los días había hecho que el mar hubiera engullido a la mayoría de cadáveres que se vieron flotar durante las primeras horas; por el contrario, pasado ya un tiempo, el efecto de los gases producidos por la descomposición hacía que algunos de ellos fueran subiendo a la superficie. De hecho, a media mañana, ellos apenas habían podido rescatar dos cuerpos. Esta circunstancia hacía suponer al joven naufrago que la mayoría de cuerpos debían haber quedado atrapados en el interior del buque. En su memoria tenía clavadas las imágenes del salón repleto de personas que no salieron tras ellos al saltar al mar. De ser así, tan solo podrían ser rescatados bajando hasta los restos del *liner*.

Durante la inspección de esos recovecos de la costa pudo reconocer el lugar en el que la fortuna le había resguardado y el sen-

dero que pocos días antes había trepado para huir de su pequeña prisión. «Tiene que estar cerca; si el mar me trajo aquí, a ella tuvo que traerla cerca de este lugar», pensaba Marcel.

A la espera de reanudar su identificación, los cuerpos que habían sido exhumados por los sepultureros reposaban de nuevo bajo el cobijo de la gran cruz. A media mañana estaban ya en el cementerio el juez Bonet, el cónsul y el responsable de la compañía Antoine Gaude, junto a él los periodistas franceses que también habían arribado la noche anterior. Esa mañana, el doctor Andreu fue el que acudió a examinar los cadáveres. Junto a él llegó el alcalde. También estaba presente un fotógrafo contratado por el consulado para tomar imágenes de los cuerpos y adjuntarlas a los respectivos expedientes, de esa manera se podría corroborar su identificación por parte de los familiares si era necesario. Esa mañana también acudió el cura que se encargaba de la capilla del cementerio. Gracias a las descripciones proporcionadas en los muchísimos telegramas llegados desde innumerables partes de Europa y desde el norte de África, el cónsul llevaba consigo abundante información sobre las personas desaparecidas.

La labor fue larga y dolorosa. La exploración de cada cuerpo era realizada por el médico, que iba narrando minuciosamente cada particularidad. Empezando por diferenciar el sexo, procedía a describir cada rasgo, cada pertenencia, cada característica que lo pudiera diferenciar de los demás. Todos esos detalles eran cotejados a su vez con las anotaciones que Mir tenía de la mayoría de los viajeros. Por su parte, el juez Bonet iba anotando y dando fe de lo que se estaba viendo. Cada identificación llevaba su tiempo, ya que, al estar casi todos prácticamente desnudos, dependía de un anillo, de una peculiaridad física o algún pequeño detalle que pudiera delatar su identidad.

El primer cuerpo, el que se recuperó de las rocas a lo largo del primer día, fue identificado como el perteneciente a Eduardo Bo-

londo. Gracias a las descripciones recibidas y al preciso detalle de las iniciales EB bordadas en un trozo de su camisa, lo corroboraron. Seguidamente, pasaron al cuerpo número dos.

—Hombre, altura considerable, fuerte, calvo en la zona parietal, en el resto de la cabeza pelo negro con canas, bigote rubio y corto. Edad aproximada: sesenta años. Tiene la pierna izquierda más larga que la derecha. Sin anillos. Maxilar superior edéntulo, en la mandíbula faltan los molares —iba narrando Andreu.

Mir no tardó en afirmar que se trataba de Jean Rossi, ya que los datos que le iba proporcionando el médico le llevaban a lo anotado junto a ese nombre, descartando al resto. Este era miembro de la tripulación, al igual que el Dr. Catanei, que fue identificado la noche anterior por M. Gaude.

Así siguieron con el resto de los cuerpos. Al cabo de una hora, pasaron al cadáver número seis.

—Cadáver número seis: mujer, aproximadamente de unos cuarenta años, de pequeña envergadura —contaba Andreu, quien, agachándose sobre el cadáver, abrió sus párpados para comprobar si quedaba algún vestigio del color de sus ojos—. Ojos ya grisáceos por la deshidratación; pelo castaño; en su mano derecha lleva tres sortijas, otra en su mano izquierda, además de una alianza.

El médico extrajo la alianza del anular izquierdo a la espera de alguna pista. Efectivamente, llevaba una inscripción:

—La alianza lleva una inscripción: «A.A.J.N. 23 oct 1890».

Mir, que estaba atento al relato, tardó poco en identificar a la mujer.

—Sí, señores, se trata de Mme. Audivert, Joséphine Nègre. Es la esposa de M. Antoine Audivert, que también viajaba en el Chanzy. La inscripción del anillo significa «Antoine Audivert, Joséphine Nègre» y la fecha de su boda —dijo el cónsul.

En sus anotaciones, el cónsul tenía: «Joséphine-Rose-Marie-Léonie Nègre (Mme. Audibert), treinta y siete años, delgada, estatura media, castaña con pelo largo, ojos azules, hoyuelo en el mentón, cara redonda. Su ficha dental aportaba que en el cuadrán-

te superior izquierdo lleva una prótesis fija de oro de primer premolar a segundo molar. En su mano derecha lleva una alianza en cuyo interior está inscrita la leyenda “A.A.J.N. 23 oct 1890”».

No todas las anotaciones que había ido recopilando el cónsul aportaban datos precisos, por lo que algunos de los cuerpos podían adjudicarse a varias identidades. Así siguieron durante unas horas hasta examinar todos los cadáveres y conseguir identificar a otros tres de ellos. Mlle. Lucie Weill fue identificada a través de uno de sus anillos, en el que llevaba grabadas las iniciales de sus padres y su fecha de nacimiento, «I.W.R.S. 13 Juillet 1889». Dr. Hammers, otro médico, también alemán como la anterior, fue identificado gracias a una marcada cicatriz en la cabeza. Andreu la describió como «una cicatriz antigua en la región parietal izquierda, en el límite con la frontal. Tiene forma de gancho de unos tres o cuatro centímetros de longitud». El último cadáver al que se consiguió identificar esa mañana fue el de M. Georges Halouze. La inscripción «L.B.G.H. 10 Juin 1896» en una alianza, que correspondían a las iniciales de su esposa, Louise Besançon, junto a las suyas, delató su identidad.

La triste y desagradable faena de esa mañana terminó con la sepultura de los cadáveres en sus respectivos nichos, a la espera de cuál fuera a ser su destino inminente. Tras el doloroso trance, Mir y Gaude regresaron al consulado. A pesar de que el viento había amainado, hacía frío y de vez en cuando el cielo gris descargaba una fina lluvia que helaba aún más la temperatura.

Tras largas horas escudriñando cada resquicio de aquel imponente acantilado, el sol estaba ya decayendo y Marcel estaba a punto de rendirse. De repente, uno de los marineros dio la voz de alarma al divisar lo que parecía parte de una rueda salvavidas en un pequeño resquicio de la roca. Juan, el patrón de la pequeña embarcación, aproximó la proa al borde de la rocosa orilla y mandó saltar

a tierra a un par de sus hombres para que inspeccionaran esa gruta. Efectivamente, se trataba de una de las ruedas salvavidas que llevaba el Chanzy amarradas en cubierta, así lo corroboraba el nombre que llevaba escrito la rueda. Marcel esperaba ansioso el anuncio de aquellos dos marineros. En pocos pero eternos segundos se oyó una fuerte voz desde el interior:

—¡Aquí hay dos más!

A Marcel le dio un vuelco el corazón y se puso de pie rápidamente: tenía que ser ella. Con la mirada fija en la apertura de la cavidad, vio salir a uno de los hombres, que les confirmó que se trataba de la mujer y el niño, pero que estaban muertos. El joven francés se sentó abatido y derrotado, su esperanza de encontrar viva a Marie se había difuminado. Sus cortos pero apasionantes planes con la bella chica de la biblioteca se extinguieron definitivamente sin apenas haber comenzado.

Con mucha dificultad sacaron en primer lugar el cuerpecillo del crío, subiéndolo a bordo con ayuda de los otros dos hombres. Enseguida volvieron al interior en busca de la chica; el acceso a la pequeña gruta era estrecho y su extracción fue algo más dificultosa y complicada al haberla encontrado acurrucada. El joven deseaba volver a ver a la bella Marie, pero, aunque en el fondo temía este desenlace, esperaba que se hubiera producido un milagro. La depositaron en la proa. Marcel observaba el cuerpo de la chica, que había quedado con el rostro cubierto por sus cabellos; con la vista fijada en aquella cara difuminada bajo los mechones desordenados de su melena, sus sentimientos se mezclaban entre tristeza y miedo. Necesitaba mirar de nuevo la cara de la chica, aunque era consciente que era mejor recordarla viva. Sin embargo, sus ansias le vencieron y pidió acercarse a ella. Tembloroso, apartó suavemente el cabello que lo cubría, contemplando con pesadumbre a su querida Marie, quien, a pesar de estar fallecida, seguía estando guapa.

Las horas habían pasado rápidamente y las labores de ese día no fueron tan fructíferas como el día anterior. De la zona de Torre Nova tan solo se recuperaron ocho cadáveres. Juan, el patrón del

María, al igual que hicieron desde el resto de las embarcaciones, dio la orden de volver a puerto, las horas de luz ya no daban para más. Estos dos últimos cuerpos también fueron embarcados en la barcaza y metidos en sacas. Marcel quiso volver a puerto junto al cuerpo de Marie. Al chico, el trayecto de vuelta se le hizo tedioso y frío. Con la mirada perdida en el horizonte, el sonido martilleante del motor y el ondulante movimiento del barco envolvían su cabeza, que estaba enredada en la confusión de sus sentimientos. En el muelle, las autoridades estaban preparadas para recibir a las nuevas víctimas rescatadas; la avanzadilla francesa que había llegado antes que el resto de embarcaciones había informado ya sobre los nuevos hallazgos.

Josep, que había estado todo el día trabajando en el predio, al ver que empezaba a caer el sol decidió bajar hasta el pueblo en busca de noticias. Miquel le relevó junto a su madre en la elaboración del queso. El payés acudió al puerto, donde probablemente estarían a punto de llegar las embarcaciones de rescate.

El revuelo en el muelle era notorio. Los acontecimientos de esos días habían provocado en la población la necesidad de noticias y toda la atención se centraba, como era lógico, en el puerto. No tardó mucho tiempo en aparecer la barcaza; el sonido de su característico y acompasado repique de pistones envolvió a la silenciosa y expectante muchedumbre. Desde el muelle, Josep le vio. A medida que se acercaban, adivinó en el rostro del francés el pesar y la decepción. Cruzaron la mirada y, desde la embarcación, Marcel, con un ligero gesto de su cabeza, le hizo saber que la había encontrado. Josep vio unos bultos cubiertos sobre la proa que le confirmaban la tragedia. Acercando su mano extendida sobre su corazón, le transmitió su pesar.

En el abarrotado muelle, el señor Mir y el juez Bonet, junto a M. Gaude, al capitán Eng y a los militares franceses, aguardaban la llegada de los restos. Poco a poco fueron descargando las sacas que contenían los cuerpos, depositándolos en los carruajes habilitados en el muelle para su traslado al cementerio. Pocos minutos después, entró en el puer-

to uno de los barcos franceses que había acudido hasta el puerto de Fornells, desde allí se había dado la alerta ante el rescate de un cuerpo por parte de un pescador a varias millas al este del lugar del siniestro.

El cónsul pudo ver a Marcel, que desembarcaba de la barcaza, y se acercó a él.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido?

—Mal, los he encontrado, pero están muertos —contestó con tristeza el joven.

—¿Puede identificarlos con certeza? —preguntó Mir.

—Sí, es ella, Marie Crespel.

—¿Y el niño?

—Sí, también es él. El crío es uno de los que vi a bordo con sus padres. Viajaba junto a otro pequeño y la niñera. Saltó al mar junto a Marie —contestó Marcel.

Del buque francés llegado posteriormente desembarcaron el último cuerpo, al que depositaron en el carruaje junto a los otros ocho. El capitán Eng deshizo el nudo de la saca que había llegado en último lugar, dejando el rostro de aquella persona al descubierto, con el consiguiente murmullo de la gente. Gaude identificó inmediatamente el cadáver.

—Es el capitán Cayol.

—Sí, con él estuvimos hablando antes de zarpar —dijo Bodez con voz tenue.

—¿Seguro? —preguntó el juez Bonet.

—Sí, sí, seguro —respondieron los dos franceses.

La tenue y cálida luz de las farolas envolvía el triste escenario protagonizado por la fatídica carga de aquellos carruajes flanqueados por la numerosa dotación de militares. A este asistían respetuosos gran cantidad de ciudadanos. El silencio tan solo era roto por las órdenes del oficial francés a sus soldados para que formaran en torno a los carruajes. En mitad del trance, una mano amiga se posó sobre el hombro de Marcel, era Josep.

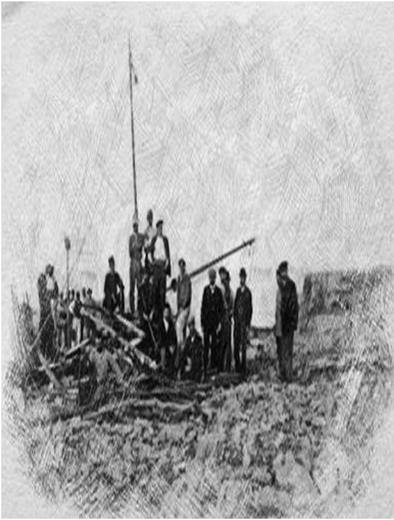
—Vámonos, Marcel, descansa esta noche; te esperan días fatigosos por delante. Si te apetece, mañana te bajaré al cementerio.

Poco a poco, el muelle se fue quedando vacío; los ciudadanos se iban dispersando mientras el cortejo fúnebre ponía rumbo al cementerio, allí quedarían a la espera de un nuevo día en el que se intentaría la identificación de los seis cuerpos que restaban.

El dolor había hecho mella en una ciudadanía que llevaba muchos días de tensión y tristeza ante lo sucedido. Los dantescos testimonios sobre el estado de los cadáveres recuperados hasta el momento aumentaban el pesar de las gentes; pocos eran esos veintitrés para las ciento cincuenta y seis personas que acompañaron al buque hasta su último destino. Los carruajes que portaban los cuerpos iban flanqueados por los soldados y las autoridades, que en comitiva abandonaron los muelles enfilando la cuesta que les conducía hasta la plaza del Borne. A lo largo del trayecto, gran multitud de ciudadanos salieron a su paso mostrando su respeto a los fallecidos y a sus compatriotas. Poco tardaron en cubrir el trayecto hasta el cementerio municipal, donde fueron sepultados.

Los dos hombres recorrieron en silencio los escasos kilómetros que les separaban de Son Escudero. Marcel estaba serio, su mirada perdida denotaba su frustración. Encajonado entre sus brazos recogidos sobre su pecho, intentaba protegerse de la húmeda y fría brisa. Al llegar al caserío, el joven francés no quiso cenar, a pesar de no haber ingerido nada en todo el día. Esa noche Marcel pudo dormir poco. La cara de Marie no desaparecía de su mente y su última visión se imponía a todas las que tenía grabadas desde el primer día que la vio iluminada por aquella pequeña lamparita en la biblioteca de Épinal.

CAPÍTULO CATORCE



La relativa calma con la que despertó el día ofrecía a la pequeña flotilla una nueva oportunidad para continuar con la recuperación de los ya improbables restos de las ciento treinta y tres personas que aún permanecían desaparecidas y que, probablemente, tras su último viaje, acompañarían para siempre al *liner* en su reposo bajo las aguas de aquel pequeño enclave de la costa menorquina.

Los trabajos en el cementerio reanudaron su pesarosa labor. A los siete cuerpos que habían sido identificados en días anteriores había que sumar los reconocidos por Bodez la noche anterior: el de Marie Crespel, corroborado por la inscripción de su anillo; el del pequeño Yves Féméiaux, con apenas cinco añitos, y el del capitán Bruno Cayol, al que tanto Gaude como Bodez pudieron reconocer. Esta identificación fue ratificada también por la inscripción en su alianza: «Gabrielle a Bruno, 7 août 1894». La circunstancia de que el rescate del cuerpo del capitán del *liner* se hubiera producido a varias millas del lugar de los hechos, en dirección este, despertó gran revuelo en torno a las verdaderas razones del inexplicable accidente sufrido por el Chanzy.

Además de estos tres cadáveres, esa mañana consiguieron identificar al de Léon Monier. El médico describió el cadáver como: «Hombre calvo, con abundante barba y una cicatriz en la región temporal izquierda; tan solo conserva uno de sus zapatos con su correspondiente calcetín», aunque fue el peculiar detalle de «un lunar en la parte interna de su pierna izquierda, a la altura de la región femoral», el que confirmó al cónsul que se trataba sin ninguna duda de esa persona; a esta la tenía inscrita en el listado de pasajeros de segunda clase. Los otros cinco cuerpos examinados esa mañana no presentaban rasgos o pistas que los pudieran relacionar con certeza con alguna de las descripciones recibidas durante esos días a través de los cientos de telegramas. Hasta este día, tan solo esos once cadáveres habían sido identificados de entre los veintitrés recuperados de aquel funesto lugar tras el naufragio del 10 de febrero de 1910.

Marcel se había convertido en un asiduo del despacho del señor Mir y de la oficina de telégrafos. Esa mañana se armó de coraje para escribir de nuevo a los padres de la chica de la biblioteca para hacerles llegar sus condolencias: «Reciban mi más sentido pésame por la muerte de su hija. Prometo devolverles lo antes posible sus restos mortales. Marcel Bodez».

A lo largo de esos días, el ajetreo en las normalmente tranquilas oficinas de telégrafos fue frenético, llegando a recibir alrededor de mil quinientos telegramas, a los que había que sumar los enviados por parte del consulado. La noticia de la catástrofe había dado la vuelta al mundo. La abultada cifra de personas desaparecidas y el escaso número de víctimas recuperadas de las aguas había provocado gran consternación en Francia y especialmente a la isla de Córcega, de donde eran la mayoría de ellas. Gran parte de los corsos eran miembros de la tripulación, rondando la cuarentena, de los que tan solo uno de ellos pudo ser identificado, el médico del buque, el Dr. Catanei. Ese día habían embarcado personas de diferentes nacionalidades. Muy numerosa era la italiana y, en menor medida, había personas de nacionalidad alemana, danesa, sueca... y alguna española, como el comerciante, Antonio Sanchidrian.

Durante esos días, la prensa francesa había ocupado las calles de la pequeña población en busca de noticias sobre lo ocurrido y sobre los avances en la recuperación de los fallecidos; a su vez, recorrían la ciudad en busca de pequeñas historias y curiosidades sobre la isla, con las que entretener a sus lectores.

Esa misma mañana, a bordo del Ville d'Alger, llegó al puerto de Mahón el presidente de la compañía naviera propietaria del Chanzy, el marsellés M. Jules-Charles Roux, acompañado, entre otros, de dos ingenieros navales y dos capitanes compañeros de Cayol. Estos últimos conocían bien esa zona del Mediterráneo y el trayecto que debía haber culminado el Chanzy. También llegó una dotación de buzos escafandristas enviados por la compañía aseguradora inglesa. Las dos compañías habían acordado que la misión del equipo de escafandristas al sumergirse hasta los restos del buque, además de evaluar su estado para el informe pericial de cara al pago de posibles indemnizaciones, sirviera a su vez para la búsqueda y rescate de algún cuerpo que pudiera haber quedado atrapado en su interior.

Las labores desde la superficie siguieron durante todo el día sin apenas resultados. En las aguas de la cala ya no quedaban restos flotando y los que habían llegado hasta las rocas habían sido ya recuperados. Tan solo la participación de los buzos que bajaron hasta el casco pudo dar con otros dos cuerpos que habían quedado atrapados; en su inspección por los recovecos del fondo de la pequeña cala pudieron dar con alguna extremidad mutilada.

Al llegar a Ciudadela, Roux había requerido la presencia de Marcel para conocer de primera mano el relato de lo sucedido. A primera hora de la tarde, Bodez acudió al consulado, donde le esperaban los directivos de la compañía. Durante largo rato interrogaron al joven sobre lo ocurrido durante el trayecto, centrando su máxima atención en los trascendentales detalles previos a la colisión. La compañía necesitaba conocer con la máxima precisión posible la hora del hundimiento, así como reafirmar su declaración en cuanto a que el puente de mando estaba vacío y que hubo una

fuerte explosión antes de hundirse. Era primordial cerciorarse de esa declaración de cara a esclarecer los hechos y así recopilar la máxima información posible ante la demanda a la compañía de seguros.

En Son Escudero se habían librado ya del ajetreo del rescate. La calma había llegado al predio y Josep retomó con relativa normalidad sus faenas junto a su esposa y los chicos. El acceso hasta el lugar del accidente se hacía por una vía alternativa abierta en las tierras pertenecientes al predio de Sa Torre Nova, el cual daba nombre al maldito enclave. De esta manera se facilitaba la llegada de los carruajes hasta una zona muy próxima, desde la cual transportar con más comodidad los materiales recuperados.

Las mañanas en las que Josep bajaba hasta la ciudad a surtir de mercancía a sus clientas podía oír los rumores y noticias sobre los hechos, muchas veces exagerados cuando los cotejaba con la versión de Marcel. En la zona de Torre Nova, la grúa que había sustituido a la sencilla polea del primer día y que había facilitado enormemente el trabajo de recuperación de los restos desde el fondo del acantilado seguía montada, aunque su uso era ya escaso. Aún así, Marcel pasaba horas en los acantilados yendo de un lado a otro, recorriendo la costa con la esperanza de encontrar algún vestigio de sus compañeros de viaje.

El gobernador de Baleares, el señor Fernández Caro, había viajado también hasta Menorca ante la importancia de la catástrofe. Esa noche, en la sala de juntas del ayuntamiento, tuvo lugar una importante reunión entre las autoridades locales y los miembros de la compañía. El objetivo era analizar los hechos y organizar el rescate del resto de víctimas y lo que se pudiera recuperar del buque. Por parte española, además del gobernador, acudió el alcalde Saura; el

Sr. Mir; el gobernador militar, el general Galbis; el comandante de la Marina, el Almirante Rigués, y el teniente Obrador, de la Guardia Civil de Menorca. Por parte de la naviera estaban presentes M. Roux, Gaude y los dos capitanes que le acompañaron hasta la isla, M. Size y M. Heit; a ellos se les sumó el capitán de fragata, M. Eng.

Sobre la mesa estaba la inmediata actuación en el lugar de los hechos. En este asunto las partes acordaron una importante aportación económica por parte de la compañía para sufragar los gastos del rescate. Los locales habían puesto ya a disposición de los medios franceses los puertos de la isla, con el compromiso de facilitar el abastecimiento de combustible. Otro de los puntos calientes era la causa del siniestro. Los dos capitanes eran expertos navegantes en esas aguas y conocían muy bien la ruta. Todos coincidieron en la condición de extrema prudencia del capitán Cayol. A pesar de ello y dada su gran experiencia al mando de diferentes buques, no se ponían de acuerdo en cómo pudo llegar a errar tanto en sus cálculos para arremeter a toda velocidad contra los peñascos. Tenían claro que no se percató de la presencia del acantilado hasta estar a pocos metros, de lo contrario, el buque hubiese tenido la opción de virar o al menos quedar encallado, con alguna posibilidad de rescate de los pasajeros. Otro hecho que reforzaba esta versión era que los cadáveres rescatados y los que se observaron flotando durante esos días no llevaban puestos sus chalecos salvavidas.

El capitán Size no pertenecía en ese momento a la Transat, pero fue requerido por Roux dada su gran amistad con Cayol. Size había hecho la travesía inversa esa misma noche del 9 de febrero y sostenía que las corrientes de ese día habían sido más fuertes de lo habitual, sufriendo él mismo un desvío muy considerable. El hecho de que el cuerpo del capitán Bruno Cayol hubiera aparecido a tantas millas del lugar del accidente en dirección este abría otra vía sobre las causas del naufragio. Size mantenía que a Cayol no le gustaba el Chanzzy, no le inspiraba confianza y conocía el hecho de que hacía poco tiempo estuvo a punto de naufragar debido a un golpe de mar que anegó sus bodegas, llegando hasta la sala de máquinas,

y que, milagrosamente, se logró resistir al temporal. Una posible hipótesis era el probable desgobierno del buque a consecuencia de un golpe de mar que les hubiera arrastrado fuera de la cabina de mando. Esta hipótesis se basaba en el relato del superviviente, en el que aseguraba que el puente estaba vacío y sin sus cristaleras.

Aunque remota, también cabía la posibilidad de que el barco hubiera quedado al paio por una avería. El capitán Heit, no obstante, era contrario a esta última versión, ya que la velocidad de crucero debió ser de unos quince nudos de media. Esto confirmaría la hora del siniestro sobre las cuatro de la mañana, dado que la distancia en línea recta entre Marsella y el norte de la isla era de doscientas doce millas, cuadrando así sus cálculos. La versión de que no se percataron de la presencia de los acantilados hasta tenerlos encima cogía fuerza si se consideraba que la inestabilidad de la brújula debido a los bruscos movimientos del barco, sumado al desvío propiciado por la fuerza de las olas sobre el casco y las corrientes más fuertes de lo normal, podrían haber conducido al Chanzy hasta la pequeña bahía de Torre Nova por un simple error de cálculo, agravado con la más que probable falta de visión de la señal lumínica procedente del faro de la costa norte.

Faltaba tratar un punto crucial esa noche y era el de solucionar de una vez por todas la falta de iluminación en las costas menorquinas. Roux informó del principio de acuerdo llegado con el Gobierno francés para pedir a las autoridades españolas que dotara de faros a todos los cabos de la isla. Todos los presentes firmaron un escrito instando al Ministerio de Fomento español a que aprobara un plan de faros y modernizara el ya existente en el Cap de Cavalleria. Sobre la mesa estaba también la repatriación de los cadáveres identificados.

—Esta mañana, a través del delegado del Gobierno, hemos enviado un telegrama al Ministerio de Estado para que interceda en acelerar los trámites en la repatriación a Francia de los cuerpos recuperados en este desgraciado e insólito accidente. Supongo que en pocos días recibiremos contestación —dijo Gaude.

La situación política en España estaba enredada con el cambio de Gobierno que se había producido apenas una semana antes, ello hacía temer que esta reclamación se enquistara y no se permitiera hacer una excepción en este caso. Con este anuncio acabó la reunión, destacando la buena sintonía entre las partes y el compromiso de empezar a trabajar juntos a la mañana siguiente.

Marcel había decidido que no partiría con sus compatriotas del Martial, que tenían previsto ser repatriados a Francia al día siguiente. Estos iban a embarcar en el vapor Vicente Sanz con destino a Barcelona, donde cogerían un ferrocarril hasta Marsella y desde allí viajarían a París.

Ese miércoles, Marcel acudió de nuevo hasta Ciudadela en busca de novedades sobre la repatriación de los cadáveres. Al llegar al consulado, encontró de nuevo a Mir en su despacho.

—Entre, Marcel, siéntese.

—Buenos, días señor. ¿Ha recibido noticias de la familia de Mlle. Crespel?

—Pues la verdad es que no lo sé, aún no he tenido tiempo de ir hasta la oficina de telégrafos.

—¿Por qué no retornamos ya los cuerpos rescatados hasta Francia?

—Verá, Marcel, las leyes españolas son muy complicadas en estos casos y los trámites para la repatriación son difíciles. Uno de los escollos más complejos que nos encontramos es que han de transcurrir cinco años antes de poder ser devueltos al país demandante.

—¿Cómo que cinco años? —preguntó entre sorprendido y enojado.

—Pues sí, así es, pero ayer se envió una petición al Ministerio para que acceda a la autorización de la inmediata repatriación de los restos identificados, a ver si tenemos suerte... Eso sí, los que no han sido reconocidos se quedarán aquí.

—¿Y cuánto va a tardar esa autorización?

—No lo sé, Marcel, pero a tenor del encargo de unos ataúdes forrados de plomo que ha hecho el delegado del Gobierno esta mañana, supongo que estos días se dará la orden. Sé que desde Marsella ha salido un buque hacia aquí con varios familiares.

—Si se da autorización para repatriar los cuerpos, yo quiero ir en ese barco, quiero hacerme responsable de los restos de Marie y llevarlos junto a sus padres, como les prometí.

—No se preocupe, que haré todo lo posible para que así sea.

—Gracias, señor, se lo agradezco mucho.

Al abandonar el consulado, el joven francés andaba sin rumbo, confuso en sus pensamientos. Deambuló hasta el cementerio y se detuvo ante el nicho en el que habían sepultado momentáneamente a la chica, a su chica. Allí estuvo un rato recordando lo que fue y anhelando lo que pudo ser. Parecía una contradicción, pero en aquel frío lugar se sentía sosegado, sereno. Al cabo de un rato abandonó el lugar sin dirección.

—¡Marcell!

Una voz gritó su nombre. Era Josep, que iba montado en su carro y que, casualmente, pasaba por allí.

—¿Adónde vas?

—A ninguna parte —contestó pesaroso el joven.

—Sube, acompáñame a unos recados.

Esa mañana, el payés tenía previsto acudir hasta la viña de La Vall, situada en las tierras de la finca de Algaiarens, en la zona más noreste de Ciudadela. En la viña trabajaba uno de sus hermanos como viticultor. Cada mes solía acudir a comprar el vino para el consumo de la finca. Marcel montó y salieron hacia allí. El ofrecimiento le animó, la espera se le hacía eterna y esos pequeños entretenimientos le apartaban un tanto de su ansiedad ante la incierta salida de la isla, que en esos momentos estaba pendiente de una decisión política sobre la cual poco podía hacer, por más que la deseara. Mientras ese tema se solucionaba, acompañar a Josep le parecía una buena opción. Al salir de Ciudadela enfilaron el largo y estrecho camino que la unía

con las fincas de esa zona del municipio. Ese día el trayecto estaba más concurrido de lo normal; un buen número de carros en dirección a la ciudad cargaban grandes troncos de pino. Lo extraño del asunto era que esos carros eran conducidos por personas a las cuales no conocía y eso despertaba su curiosidad. «¿Quién demonios serán estos tipos?», se preguntaba.

El serpenteante camino discurría entre extensos terrenos de abundantes pastos, de los cuales daba buena cuenta el ganado. En los portalones de las fincas, una placa indicaba el nombre del predio al que pertenecían las tierras frente a las cuales transitaban. De nuevo entre el verde paisaje, irrumpían las barracas de piedra que a Marcel le habían llamado tanto la atención. Además de estas barracas, a lo largo del trayecto aparecían casetas de carboneros, establos y, sobre todo, muros, metros y metros de ellos; todas estas construcciones eran levantadas con la antiquísima técnica de piedra seca, sin argamasa que las una —este sistema se usa en la isla desde la época medieval—. Los muros cuya finalidad es la de parcelar se alzan poco más de metro y medio; otros pueden elevarse hasta cuatro o cinco metros y su finalidad es la de proteger de la fuerza de la tramontana a los huertos de hortalizas o plantaciones de frutales. Más de once mil kilómetros de estas paredes dividen y parcelan las fincas de la isla de Menorca.

Otra de las cosas que más le llamaban la atención eran las barreras de cerramiento en portalones y establos; esas características barreras de travesaños curvos se fabrican con la resistente madera del acebuche, un olivo silvestre muy abundante en los bosques menorquines y cuyo fruto tan solo sirve de alimento a las aves, sobre todo a zorzales y estorninos, que durante su migración se detienen en la isla para reponer fuerzas.

—Buenos días, Llorenç.

—¡Hombre, Josep! ¿Cómo estás? ¿Qué tal la familia?

—Todo bien, mucho trabajo, pero bien. ¿Qué tal vosotros?

—Ya ves, con mucho trabajo también, preparando ya las cepas y la tierra.

—Te presento a Marcel Bodez; Marcel, mi hermano Llorenç. Los dos hombres se estrecharon la mano.

—¿Es...?

—Sí, está viviendo en casa hasta que regrese a Francia.

—Sí, me había enterado —dijo, a la vez que asentía con la cabeza.

—¿Cómo te va con esa dichosa enfermedad que se está cargando las cepas? Me he enterado que en Son Saura y en Sa Vinyeta han tenido que quitar las cepas este año.

—Pues por ahora no me ha llegado, pero en cuanto me llegue la plaga habrá que cambiar de cultivo, decir adiós al vino y dedicarme al grano. La verdad es que actualmente es lo más rentable.

—Oye, otra cosa, cuando venía para acá me he cruzado con varios carros cargados con troncos de pinos y no he reconocido a ninguno de los arrieros. ¿Quiénes son, qué hacen por aquí?

—Ah, los mallorquines —rió—. Pues resulta que los señores han vendido gran cantidad de pinos a una empresa de Mallorca y esta se ha traído a casi cien personas desde allí para hacer la faena. Los han instalado en cuevas y barracas de madera. Hasta incluso han construido una cantina para aprovisionar a toda esta gente y que no tengan que bajar a la ciudad.

Los tres hombres caminaron hasta la bodega. A lo largo del recorrido iban observando a varios jornaleros atareados en la preparación de las vides para la siguiente temporada; unos tijera en mano podando las parras, otros con sus azadas cavando y eliminando las malas hierbas que durante los meses posteriores a la vendimia habían ido invadiendo las tierras que rodean las cepas. Ese laborioso trabajo se hacía durante el invierno y la faena les ocupaba entre dos y tres meses hasta conseguir de nuevo el hermoso y ordenado paisaje. Una vez en la bodega, hablando tranquilamente de sus cosas y entretenidos en asuntos y chismes que corrían por la ciudad, iban llenando la tinaja de veinte litros que solía llevarse cada mes. Marcel seguía observando el entretenido trabajo con las cepas.

En la visita mensual a la zona aprovechaba también para provisionarse de un par de sacos de carbón que compraba a uno de los muchos carboneros de esa zona.

De vuelta a casa, el descenso hacia la ciudad ofrecía una magnífica postal: de frente se veía la pequeña población coronada por sus campanarios, tras los cuales aparecía la enorme franja de mar enmarcada en el horizonte por la dentada silueta de la Serra de Tramuntana en la vecina isla de Mallorca y de la que apenas la separan unas decenas de kilómetros.

Las labores de rescate de ese día fueron seguidas por los directivos de la compañía naviera que habían embarcado junto al capitán Eng hasta Torre Nova. El viento del sur había calmado la mar, proporcionando unos días de tregua en los que se había conseguido recuperar todos los restos del buque que flotaban sobre la superficie o se encontraban ya en las rocas. En cuanto a las víctimas, parecía que el mar se las había tragado; a pesar de la minuciosa búsqueda por parte de los buzos, tanto en los fondos de la pequeña bahía como en las dos calas próximas, los resultados fueron nulos. El acceso de los escafandristas al interior del buque era complicado y peligroso, y no se podía confirmar si en su interior todavía quedaban cadáveres. La previsión de un empeoramiento del tiempo, con una nueva entrada de la tramontana, apremiaba a los buzos a revisar el casco y terminar de elaborar el informe sobre su estado.

CAPÍTULO QUINCE



A lo largo de la noche, de nuevo la gélida tramontana acechó la costa menorquina. Bajo el agradable calor de sus mantas, Marcel se mantenía acurrucado ante el amenazante sonido del viento que anunciaba un nuevo día de frío. Metido en su caliente catre, iba remoloneando ante su salida al exterior en mitad de ese maldito ventarrón, viento del que en pocos momentos se había podido librar durante su estancia en Menorca.

Tras un buen rato retrasando su salida, decidió que ya era hora de levantarse. En la casa no había nadie, sus anfitriones andaban ya metidos en sus faenas. Tan solo el crepitar del fuego de la chimenea y el incipiente trino del jilguero rompían el silencio.

Sobre la mesa del comedor Joana le había dejado preparado el desayuno: una jarra de leche aún caliente y un tazón de café, unas rebanadas de pan recién hecho, un buen pedazo de queso y un bote de *figat*, esa deliciosa mermelada de higos que ellos mismos preparaban. Josep le había enseñado a combinar sobre el pan unas lonchas del maravilloso queso curado cubierto de una buena capa de esa confitura. Al francés le fascinaba esa combinación. Al acabar de desayunar salió del caserío.

En el pequeño jardín que antecede al porche, la mujer estaba arrodillada entre sus rosales y sus geranios, liberándolos de las malas hierbas que en esa época ganaban terreno. Unos ladridos del vigilante Truc delataron su salida.

Al verle, la mujer interrumpió su faena y le indicó dónde estaba Josep. Esa mañana la faena se centraba en abastecerse de más leños para la chimenea y aumentar la reserva de ramaje para el horno; las previsiones de que el viento y la lluvia iban a seguir unas semanas más lo hacían imprescindible ante la disminución de las reservas en esos meses de intenso frío.

Hacía ya un buen rato que los tres hombres habían montado en el carruaje en dirección a un pequeño arbolado en el que hacía unos meses las furiosas ráfagas de la tramontana habían tumbado algunos pinos. Con estos árboles desahuciados iban a tener suficiente leña para pasar el año. Provistos de unas hachas, un pesado azadón y una sierra de arco, se adentraron en busca de uno de ellos ya lo bastante seco. Rápidamente, despojaron sus ramas secas, aunque más costoso fue el trocear el grueso tronco; certeros golpes del pesado azadón y la destreza con la afilada hacha conseguían su cometido. Cargada ya la leña en el carro del que tiraba el robusto Glop, volvieron al caserío. Al poco de iniciar el camino de vuelta, en medio de la vereda, encontraron al francés, que iba en su busca.

—Buenos días, Marcel, ¿has descansado?

—¡Sí! Llevo rato ya despierto, pero estaba muy calentito bajo mis mantas, afuera se oía el viento y me daba pereza salir —contestó riendo.

—Sube, vamos hasta la casa.

Miquel y Sebastián pasaron a la parte trasera del carro y se sentaron sobre los troncos. En silencio, observaban al peculiar personaje que había sido capaz de salir vivo de aquel infierno. Al llegar al caserío los dos chicos empezaron a descargar el carro y metieron la madera en uno de los establos que tenían destinados para este cometido.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó Josep al francés.

—Voy a ir hasta el pueblo en busca de noticias.

Mientras en el predio seguían con sus trabajos, el francés montó en la bicicleta y bajó hasta la ciudad. Esta bicicleta era la que habían usado los chicos cuando todavía iban al colegio. Pau no sabía montar muy bien y el mayor le solía llevar de paquete. Poco antes del mediodía, Marcel apareció de nuevo por el consulado; para el joven náufrago, ese era su sitio de referencia en la ciudad. Esa mañana, en el despacho del cónsul se encontraban los directivos de la compañía naviera ultimando los detalles de la salida de los cuerpos identificados con destino a Francia. El chico llamó a la puerta y accedió tras el consentimiento del cónsul desde el interior.

—Adelante, Marcel.

—Buenos días, señores.

—M. Bodez, ha llegado esta mañana la autorización para el traslado a Francia de los cuerpos identificados. Mañana a la tarde saldrán en dirección a Marsella. De allí, cada fallecido será trasladado hasta su lugar de origen —dijo Roux.

—Yo quiero ir, quiero acompañar el cuerpo de Marie hasta Épinal, me comprometí con sus padres a que se la llevaría.

—De acuerdo —respondió Roux—. Mañana a las 18:00 horas venga al cementerio, desde allí transportaremos los restos al puerto. He ordenado al buque que venga hasta Ciudadela, partiremos desde aquí.

—De acuerdo, señor. Allí estaré.

—Le prepararé el papeleo —le dijo el cónsul al chico—. Por cierto, mañana a las once se celebrará un funeral en la catedral, sería conveniente que asistiera.

—Sí, claro, allí estaré

La importancia de la noticia sobre el naufragio había llegado a oídos del rey Alfonso XIII, que, ante la presión del Gobierno francés, había intercedido en la decisión del Ministerio de conceder el traslado de las víctimas identificadas. La resolución de la repatriación había aliviado a Marcel, necesitaba volver a ver y a abrazar a su madre, aunque primero debía cumplir su promesa de pasar por Épinal. El grueso de la expedición de la compañía iba a partir

también esa tarde, a excepción de Antoine Gaudé, que se quedaba en la isla con el cometido de llegar a un acuerdo sobre la venta de los restos del Chanzy. La naviera iba a sacar a subasta los restos del paquebote al confirmarse la imposibilidad de reflote del mismo. Durante las horas en las que los buzos estuvieron trabajando bajo las aguas, recuperaron algunos objetos, entre los cuales había unas bandejas de plata, algunos cubiertos, unos prismáticos, una de las campanas de cubierta, un par de espadas, algún equipaje...

Concluidos los trámites de su nueva documentación, Marcel acudió de nuevo hasta Son Escudero. En las boyeras, Josep estaba ordeñando. Desde la distancia, el pequeño Pau iba observando a su padre cómo trabajaba. Con su seseo y su frote de manos observaba a aquellos enormes animales que le daban miedo y respeto, pero, sin saber por qué, le atraían. Josep no comprendía muy bien ese sonido y ese frote de manos, pero se había acostumbrado a ello. A pesar de los ánimos de su padre para que se acercara, al pequeño le costaba hacerlo, y aunque en el fondo le interesaba lo que estaba haciendo Josep, se acercaba tan lentamente que cuando ya estaba a su altura, la faena había terminado. Con la aparición de los pequeños y correosos borregos que Miquel conducía hacia los establos, huyó y tomó de nuevo distancia. Esto a Josep le divertía y se lo tomaba como un juego en el que podía interactuar con el chico, aunque mediaran pocas palabras. Ciertamente es que a medida que iba creciendo crecía también su coraje y Josep estaba convencido de que, tarde o temprano, Pau también se atrevería a ayudarlo con el ordeño.

Marcel apareció en la boyera. Pau, que no le había oído acercarse, al verle se asustó y salió a toda prisa como si a un gato le persiguiera un perro. Al francés le supo mal espantar al pobre crío, con el cual apenas había podido tener trato. Con el resto de la familia había forjado un gran afecto: había sido acogido en unas circunstancias extraordinarias y durante los días que estuvo en la finca fue tratado como uno más, compartiendo su día a día y sus costumbres.

—Mañana me voy, Josep. Ha llegado la autorización para la repatriación de las víctimas identificadas y les voy a acompañar.

—Me alegro por ti... y por Marie, así podrá descansar en paz junto a los suyos. ¿Cómo has quedado?

—A las once de la mañana se celebra un funeral en la catedral y el señor Mir me ha pedido que asista. Más tarde, a las seis, tengo que estar en el cementerio y desde allí saldremos a embarcar.

—Perfecto, te acompañaré a los dos sitios.

—Gracias, Josep.

Aquella noche, en el transcurso de la cena que tuvo lugar en la casa del cónsul, se debía decidir sobre los pasos que seguir en los días sucesivos. A esa cena también asistieron los ingenieros, con ellos había que analizar los informes de los buzos sobre el estado del buque y de cómo debían plantear sus reclamaciones ante la aseguradora. Uno de los acuerdos tomados esa noche fue el de otorgar licencia a Gaude para solucionar la venta de los restos del buque que pertenecían a la compañía. Los restos privados de las personas que viajaban a bordo y que pudieran ser identificados debían ser devueltos a sus familiares; para este fin, el Gobierno francés había pasado instrucciones a Mir. Sobre las posibles víctimas que pudieran ser rescatadas en días sucesivos, se decidió que el procedimiento llevado a cabo hasta el momento era el correcto: si se lograban identificar, un buque de la compañía acudiría a la isla a repatriarlos.

Durante la cena, Mir tuvo la oportunidad de ir detallando a los ingenieros lo que había ido sucediendo en las horas y días posteriores a la aparición del superviviente en la casa del aparcerero:

»En pocas horas se había conseguido la movilización de un buen número de militares y voluntarios para acudir hasta la costa. El principal objetivo era intentar hallar la zona donde se había producido el naufragio y, una vez localizado, proceder al rescate

de los posibles supervivientes. Sin otra opción hasta que el tiempo amainara, se fueron recogiendo todos los restos que el oleaje iba depositando sobre las rocas y que tenían a su alcance. Ese primer día se recuperó un primer cadáver, el cual había quedado atrapado sobre un saliente —iba contando Mir a sus atentos invitados—. Al día siguiente poco pudimos hacer, ya que el tiempo seguía revuelto. Desde lo alto del acantilado, contemplábamos con impotencia el terrible maltrato de aquellos cuerpos a los que la furia de las olas estampaba contra las rocas, siendo todavía inviable su recuperación desde el mar. Desde el viernes hasta el domingo fue imposible recuperar esos cuerpos que continuaban flotando en la bahía. No fue hasta el lunes 14 de febrero cuando se empezaron a recuperar algunos: un total de trece en esa jornada, al que había que sumar el recuperado el primer día.

—Esa misma tarde llegué a Ciudadela —prosiguió Gaude—. Tuve tiempo de llegar hasta el cementerio y presenciar la inspección de esos primeros cadáveres. Allí pude hablar con Bodez por primera vez, quien me relató lo sucedido desde su partida de Marsella.

»En el asunto de los cuerpos rescatados hasta el momento, contando ya con los que han recuperado los escafandristas esta mañana, suman un total de veinticinco cadáveres y varias extremidades. De ellos tan solo se han podido identificar a once —iba explicando Gaude—. Esa tarde, en el cementerio pude reconocer a Ange Catanei. Al día siguiente, entre otros, pudimos identificar el cuerpo de Jean Rossi, otro miembro de la tripulación, que era el responsable de la despensa. El día 15 se identificó el cuerpo del capitán Bruno Cayol, cuyos restos se recuperaron muy lejos del lugar del siniestro, algo que deberemos analizar con más detenimiento más adelante —subrayó—. Ese día se identificó también el de Marie Crespel, una de las dos camareras que se había incorporado en este viaje. Estos cuatro cuerpos pertenecían a miembros de la tripulación. Entre los cadáveres de los pasajeros se reconocieron a dos súbditos alemanes, el Dr. Hammers y Mlle. Lucie Weill; también se identifi-

caron, con nacionalidad francesa, el de Mme. Josephine Audivert, que viajaba junto a su marido; el del pequeño Yves Fémélieux, que iba junto a sus padres, su hermana y la niñera, y el último cadáver con esta nacionalidad fue el de Georges Halouze. De nacionalidad argelina, un pasajero, Léon Monier, y, finalmente a Eduardo Bolondo, un argentino afincado en París. Zarparon ciento cincuenta y siete personas entre tripulación y pasajeros: un superviviente, Marcel Bodez; veinticinco cuerpos recuperados, once identificados y ciento treinta y un desaparecidos —concluyó Gaude.

—Triste final —añadió Roux.

—En cuanto al *liner* —prosiguió Mir—, se encargó un peritaje sobre lo que pudo ocurrir esa noche. Dado el estado en el que se encuentra el buque en el fondo de la cala, las conclusiones son que llegó a toda marcha hasta la pequeña bahía sin percatarse de su proximidad, probablemente debido a la nula visibilidad de esa noche y a la neblina producida por oleaje al romper sus crestas. En relación al rumbo que debía llevar, tenemos dos posibilidades: una primera es que enfilara la cala en sentido noreste o que llevara rumbo norte. En ambos casos, el resultado hubiese sido el mismo, dada, como digo, la disposición del casco en el fondo de la bocana de la cala. La opción más probable es que su rumbo fuera el noreste. Presumiblemente, al verse ya muy próximo al acantilado, se dio la orden de viraje a babor para evitar el choque. Al estar tan cerca, la maniobra no se consiguió, ya que se aprecia en la denominada Punta des Codolar, en la parte norte de la bahía, que a escasos metros bajo el nivel del mar hay una parte de la roca recién rota por efecto del golpe del timón, al que se puede apreciar a unos doce metros de profundidad, junto a la hélice y parte del codaste. Pocos metros más adelante se puede distinguir la parte de popa totalmente destrozada. En la otra punta que cierra la ensenada, a los pies de la Punta des Llosar, se puede diferenciar claramente la proa del vapor en dirección al primer cuadrante noreste, lo que confirma que el buque está partido en dos o más trozos. Teniendo en cuenta estos datos, se considera imposible la recuperación del buque.

—El informe de los buzos confirma este punto, ya que el buque está partido en tres partes —intervino Gaude.

Al terminar las faenas de esa mañana, los dos amigos salieron de Son Escudero en dirección a Ciudadela. Josep le había prestado su mejor y único traje, era conveniente que el joven francés acudiese a la ceremonia lo más arreglado posible. Al llegar, se acercaron al consulado, donde se había citado con los directivos de la compañía para acudir a las exequias. En las calles, la consternación de la gente que se dirigía hacia la catedral era patente. Marcel, el cónsul y los directivos de la compañía naviera se incorporaron a la comitiva de autoridades que se dirigía hacia el templo. Esta estaba encabezada por la dotación de soldados de Marina franceses y militares del Estado Mayor de la isla; tras ellos, la corporación municipal, en compañía de todos los mandos de las fuerzas militares de la isla. En representación del Estado francés acudió el capitán Eng junto al resto de oficiales de la escuadrilla. A su paso por la calle Mayor en dirección a la explanada de la catedral, llena ya de gente, eran respetuosamente aplaudidos por la ciudadanía.

Al llegar al templo se abrió un amplio pasillo por el que la comitiva accedió al interior. El recinto estaba engalanado con las coronas y ramos de flores que habían llegado en honor a las víctimas desde todos los rincones de la isla. La celebración fue oficiada por el obispo de Menorca, concelebrada por una docena de sacerdotes venidos de toda la diócesis.

Al finalizar el culto, volvieron de nuevo a la finca. La comida fue silenciosa y triste, estas eran sus últimas horas junto a su familia de acogida. Se acercaba la hora. Tras una pequeña siesta, el chico se aseó y se vistió con las ropas nuevas que le habían proporcionado desde el consulado. En su bolsillo introdujo las dos monedas que todavía conservaba al no haberlas podido usar, dado su nulo valor en la isla. Si había necesitado algo, se lo había proporcionado el

cónsul o Josep. Al salir de la habitación le estaban esperando para su despedida. La pequeña Eulalia se le abrazó y le besó en la mejilla; estaba seria y parecía que se le iban a escapar unas lágrimas, pero luchó para que no sucediera.

—Voy a practicar mucho, la próxima partida te ganaré —dijo sonriente Marcel.

—Hasta la próxima —añadió Miquel, dándole un buen apretón de mano.

Seguidamente era el turno de Joana. La mujer le había cogido cariño, las duras circunstancias que le llevaron hasta ellos y los duros reveses a los que debió enfrentarse esos días despertaron sentimientos de compasión hacia el chico. Un abrazo y dos besos les despidieron.

En el patio ya le estaba esperando Josep montado en el carro. Desde el porche, todos le miraban cómo subía junto al payés. Pau, que hasta ese momento no había aparecido, lo hizo detrás de su madre. Los dos se miraron y el francés le llamó. El crío avanzó lentamente hacia Marcel, este descendió del carro y le esperó. Agachándose ante él, le extendió la mano para chocarla; Pau la miró y, al cabo de unos segundos, le correspondió. La madre, que observaba la escena, no pudo evitar que se le escaparan unas lágrimas.

En el suelo de la plazuela presidida por la gran cruz de piedra, diez ataúdes emplomados esperaban abiertos para albergar los cuerpos identificados durante esos días. A Marcel le extrañó que tan solo fueran diez y quiso asegurarse de que los restos de Marie no se quedaran en Menorca.

—¿Por qué solo hay diez féretros? —preguntó el chico a Mir.

—Uno de los cuerpos, el del responsable de la despensa, se queda en la isla por deseo de la familia.

—¡Ah! —respiró aliviado el chico.

En el exterior del cementerio, varios carruajes aguardaban ya para el traslado de los ataúdes hasta el puerto de Ciudadela, donde había pernoctado el buque que les iba a transportar hasta Francia. A las nueve de la noche todo estaba a punto para zarpar. La

partida de los fallecidos había provocado cierto revuelo entre la ciudadanía, que en buen número habían acudido hasta el muelle. Los ataúdes ya estaban en las bodegas y Roux y el resto de sus acompañantes también embarcados; al pie de la rampa tan solo restaba el naufrago.

—Bueno, Marcel, hasta aquí tu primer viaje a la isla —dijo medio sonriendo Josep—. Espero que te recuperes pronto de este trance y que sigas con una larga y afortunada vida. Aquí me tienes si algún día necesitas volver a esta roca.

—Te lo agradezco mucho, amigo mío. Gracias por salvarme la vida y por acogirme en tu casa durante estos días. Espero que algún día nos volvamos a ver —respondió el francés.

Los dos amigos se abrazaron y se dieron la mano. En ese momento, el payés depositó sobre la mano del joven cinco francos que Mir le había conseguido a cambio de algunos ahorros que tenía Josep.

—Es todo lo que te puedo dar.

—¡No! ¡No puedo aceptarlo, no tienes por qué darme nada! —contestó Marcel, intentando rechazar el dinero.

Josep apartó la mano.

—Te van a hacer falta. Ya me los devolverás cuando todo esto esté más tranquilo y te hayas recuperado.

—Gracias, amigo —dijo el francés, aceptando el ofrecimiento y volviendo a abrazar a Josep—. No tardaré en volver y saldar mi deuda —rio de nuevo.

Bodez enfiló la rampa de acceso al vapor y desde la cubierta se giró hacia Josep para saludarle por última vez. Entró en el barco y el payés perdió de vista a su inesperado amigo. «¿Quién sabe si esta es la última vez que le veo?», pensó.

A Marcel se le hacía pesado el trayecto, estaba nervioso y ansioso por lo que le esperaba a su llegada a Francia. Los recuerdos e imágenes de sus paseos por Marsella junto a su amigo Georges Duraz, los últimos espectáculos a los que asistieron, las emociones compartidas, aquellas vivencias..., seguro que todo eso iba a

contrastar con la dureza de lo que le esperaba en los siguientes días. Esa noche acudió al comedor, tenía apetito y cenó bien; entre tantas emociones había comido poco y la tarde se hizo larga. Al terminar de cenar coincidió con Roux. Este le invitó a tomar asiento en unos butacones y compartir un rato saboreando una copa de coñac. Allí sentados, charlaron largo rato.

—Dígame, Marcel, ¿qué piensa hacer ahora? ¿Volverá pronto a trabajar o se tomará un tiempo libre?

—No lo sé, ahora lo que más me importa es ir a Le Havre a ver a mi madre; sé que está preocupada y necesito estar con ella unos días. Pero antes tengo que acompañar a Marie hasta Épinal.

—¿De dónde es?

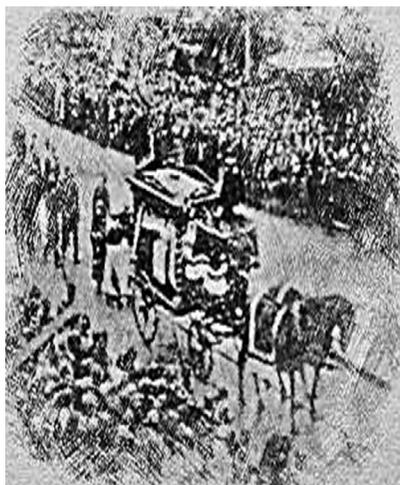
—Soy de Épinal, como Marie.

—No he estado nunca allí.

—Está a unos cuatrocientos kilómetros al este de París; tiene unos treinta mil habitantes.

Su agradable charla siguió un buen rato y giró en torno a los meses anteriores al accidente. Marcel le habló sobre su familia, especialmente de su padre, un hombre serio y algo introvertido de quien él había heredado su vocación de ser agente de aduana. El impacto emocional de la muerte de su padre, hacía casi un año, hizo que la vida del chico diera un vuelco; ese terrible hecho había supuesto un *shock* para él, a lo que se sumó la partida de su madre a otra ciudad y que tuviera que afrontar en soledad los nuevos retos que le presentaba la vida. A su madre la definió como una mujer dulce y muy cariñosa que había volcado todo su amor en la familia. También hablaron sobre su amigo Georges Duraz y sobre su truncado destino al lado de su prometida, con la que pretendía formar una nueva familia. Marcel tenía entre sus objetivos más cercanos escribir a Sarah sobre lo ocurrido. La conversación se alargó hasta que, agotado, decidió retirarse a su camarote en busca de un sueño que le permitiese descansar y poder afrontar con valor el difícil día que se le presentaba.

CAPÍTULO DIECISÉIS



Sobre la terraza de proa del buque de la Transat que en ese momento enfilaba la bocana del espectacular puerto de Mahón, la suave y cálida brisa de la decadente primavera acariciaba los rostros de Marcel y las dos chicas que lo acompañaban. Una tensa emoción recorría sus corazones al ser conscientes que se iban a enfrentar a recuerdos dolorosos.

Ajeno a todo, un pequeño dormitaba en brazos de una de las chicas. Lentamente, el *liner* fue surcando las calmadas aguas del puerto. En la margen izquierda de la embocadura podían observar los restos de la antigua fortificación militar de San Felipe, ya en desuso, y que durante muchos siglos había protegido a la ciudad mahonesa de sus continuos e innumerables asaltantes; frente a ella, en la orilla opuesta estaba la imponente fortaleza de Isabel II, La Mola, con sus magníficos cañones.

Durante un largo rato pudieron disfrutar del bellissimo paisaje del puerto natural más grande del Mediterráneo, navegaron ante la isla del Lazareto, por la cual todos los barcos que pretendían entrar en la península española debían parar a guardar la cuarentena, aunque en esa época ya casi estaba en desuso gracias a las vacunas;

más adelante pudieron observar la isla del Rey, en ella los ingleses, a lo largo de una de sus dominaciones construyeron un hospital en el siglo XVIII. El trayecto culminó en el mismo corazón de la ciudad de Mahón. Al aproximarse al muelle, enseguida reconocieron a Josep y al cónsul, que habían acudido a recibirles.

A la muerte de su madre tras una repentina enfermedad, Marcel, acompañado de Marie, había acudido hasta Argelia en respuesta a la desesperada llamada de su amiga Sarah para que le ayudaran a abandonar el continente africano y volver a Francia cinco años después de su partida. La repentina desaparición de Georges había dado al traste con la ilusión de la pareja de casarse y aumentar la familia cuanto antes, sin levantar sospechas de su prematuro embarazo. Esta circunstancia no fue aceptada por la familia de la argelina, que durante ese tiempo tuvo que afrontar sola ese trance. Con el paso de esos años, su situación empeoró ante una sociedad que le dio la espalda por seguir adelante con la crianza de su hijo sin aceptar una boda de conveniencia. En su viaje de retorno a Francia, habían decidido pararse en la isla para afrontar unos asuntos.

Al bajar a tierra, los dos amigos se unieron en un gran abrazo. Tras saludar a Marcel, hizo lo mismo con Marie, quien le presentó a la bellísima Sarah y a su pequeño Georges, de los que tanto le habían escrito. Durante unos minutos estuvieron hablando en el muelle. Mir hizo las funciones de traductor para que los chicos pudieran entenderse —los dos franceses conseguían apañarse bastante bien, pero la argelina no entendía el idioma—.

La llegada a Ciudadela volvió a despertar en ellos la emoción y el nerviosismo ante los recuerdos de lo que allí vivieron, sentimientos a los que llevaban tiempo temiendo, pero a los que habían decidido afrontar y así intentar mitigar sus pesadillas. Una vez en la pequeña ciudad, apremiaron a Josep para acudir hasta Son Escudero y poder ver al resto de la familia a la que tanta estima tenían tras ser acogidos en los peores días de sus vidas. Montados en el carruaje, se encaminaron hacia el predio. Poco había cambiado el camino, el mismo paisaje, los mismos vecinos que solían saludarles

a su paso y esas barracas que tanto le gustaban a Marie y de las que hacía bromas diciendo que el paisaje de Menorca estaba lleno de «grandes tartas de piedra».

Pronto enfilaron el callejón que desembocaba en el gran patio donde Joana y Eulalia ya les esperaban con una gran sonrisa. La emoción de sus abrazos rememoraba las circunstancias que habían sellado su amistad. Medio oculto tras los arcos de las vaquerizas, Pau les observaba un tanto desconcertado. «¿Quiénes eran esa mujer y ese niño que pululaba tras el pequeño Truc?», pensaba. Algo no cuadraba con lo que le habían anticipado sobre la visita de Marcel y Marie. El francés le vio y, poco a poco, se le fue acercando. El chico salió de su resguardo para finalmente aceptar el abrazo que le ofreció Marcel. También Marie consiguió su abrazo. Los franceses no pudieron ocultar su emoción, especialmente Marie, de cuyos ojos se escaparon algunas lágrimas de emoción. La dedicación de la madre estaba dando sus frutos y el chico había conseguido habituarse a muchas de las rutinas del mundo que le rodeaba; otras situaciones no lograba entenderlas bien y a algunas eran los demás los que se adaptaban a él para así conseguir la armonía de la familia.

Al poco rato apareció por el caserío Miquel. Su modo de ser no había cambiado mucho y, a pesar de ser ya un hombre, su carácter introvertido le impedía expresar abiertamente su felicidad ante el reencuentro con los franceses. Tras un rato de charla en el patio, pasearon plácidamente por los alrededores de la casa, donde el pequeño Truc era el objetivo del crío, que no paraba de corretear tras él. Al llegar al corral, las gallinas y los pavos reclamaron la atención del pequeño Georges, que tras la valla los miraba fascinado. Su paseo terminó con la visita al establo. Al acercarse a acariciar al caballo, la cercanía de la enorme cabeza del animal asustó al niño, que, aterrado, se aferraba al cuello de su madre. El hambre, que a esas horas apremiaba a Josep y al resto de sus acompañantes, dio por finalizado el paseo.

Entraron en el caserío, donde Joana tenía preparada una gran comida de bienvenida. Comieron, hablaron, rieron y también llo-

aron. Tras un confortable café, salieron de la casa en dirección a la costa. Josep y Pau fueron con ellos. Nuevamente recorrieron el trayecto que tantas veces habían caminado hasta el lugar del naufragio. El silencio sustituyó a la alegría del reencuentro y a cada paso el corazón de los dos naufragos se aceleraba. Sarah andaba en último lugar; avanzaba con temor hacia un lugar al que nunca había acudido físicamente, pero que tantas veces había aparecido en sus pesadillas y que ahora necesitaba ver con sus propios ojos. En sus brazos, el pequeño dormía profundamente.

No tardaron en llegar al borde del impresionante acantilado que circundaba la pequeña y, ahora, calmada bahía. Nada conseguía romper el silencio que se había apoderado del momento. De nuevo, las mejillas se humedecieron ante el recuerdo de los trágicos sucesos. La afortunada decisión de saltar juntos y agarrados con fuerza a una de las ruedas salvavidas de la cubierta del Chanzy hizo que el destino y una misteriosa fuerza que surgió de lo más profundo del mar les depositara en la pequeña cueva al fondo de la cala. Los tres estaban allí en pie, cogidos de la mano. Algún sollozo rompía, ahora sí, el silencio. Un poco más atrás, Josep y Pau guardaban cierta distancia. Pau los veía plañir. «¿Qué les estaba pasando?», pensaba, al no entender bien eso de llorar.

«¡Broooooom, broooooom!». El fuerte sonido de la bocina del buque a la entrada en el muelle de la Joliette despertó súbitamente a Marcel y le rescató del sueño en el que estaba inmerso. Aturdido, se incorporó sobre el camastro de su camarote. «No puede ser». Pero lo era, la realidad se imponía y sus ilusiones se fueron de nuevo al traste.

A las diez de la mañana, el buque Calvados atracó en el muelle marsellés con los diez ataúdes a bordo. Aquel muelle, que apenas unos días antes se encontraba desbordado de felicidad, contrastaba ahora con la tristeza y el silencio. Aun así, gran número de periodistas y curiosos esperaban la aparición del famoso naufrago: Marcel Bodez. El chico era ajeno a la expectación que había provocado el hecho de ser el único superviviente y la angustia le invadió

al darse cuenta de que él era el protagonista y el objetivo de los periodistas. En esos momentos, su prioridad no era ni la fama ni tener que dar nuevas explicaciones sobre lo sucedido. Roux, que ya temía ese revuelo, había requerido la presencia de la gendarmería para posibilitar el desembarco tanto de los ataúdes como el de ellos mismos. Las explicaciones en aquellos momentos de tanta tristeza y duelo en las calles de Marsella no eran prioritarias.

Desembarcados los féretros, fueron depositados en un hangar que la compañía había dispuesto en el mismo puerto. Tan solo el ataúd que albergaba los restos de León Monier fue trasladado a otro barco con destino a Orán y que zarpaba esa misma mañana. Los directivos de la Transat y el propio Marcel fueron recibidos por el alcalde de Marsella, que encabezaba un numeroso grupo de autoridades. A las puertas del hangar las carrozas engalanadas con coronas y ramos de flores blancas esperaban para transportar los ataúdes por las calles de Marsella, que ya estaban abarrotadas de gente.

El joven náufrago estaba un tanto desconcertado, él pensaba que el féretro de Marie sería trasladado desde el puerto a la estación del tren para viajar a París y de allí a Épinal, sin tener en cuenta la posibilidad de la celebración de los actos litúrgicos. Ante la llegada de los restos mortales de las víctimas, las autoridades habían programado que, tras recibirlos en el mismo puerto, se acudiría en comitiva hasta la catedral, donde se celebrarían los funerales, para posteriormente ser transportados hasta la estación de ferrocarril y desde allí cada fallecido sería trasladado a su respectivo lugar de descanso.

El cortejo recorrió lentamente las atestadas calles que le separaban de la cercana plaza de la Catedral; tan solo las notas fúnebres de la banda municipal rompían el respetuoso silencio del público. Miles de personas esperaban ya en la explanada presidida por La Mayor, la moderna basílica de estilo románico bizantino en cuyo interior decenas de ciudadanos aguardaban las exequias.

Concluido el emotivo y solemne acto religioso, los féretros fueron de nuevo cargados en los carruajes ante la aflicción de los

ciudadanos que observaban los trabajos. De nuevo en comitiva acudieron hasta la estación de ferrocarril, desde donde casi todos los fallecidos fueron embarcados en sus respectivos trenes. Tan solo los restos del Dr. Catanei fueron llevados al cementerio de Marsella, ya que en unos días iba a viajar a Córcega, de donde era originario. Los de Hammers y Lucie Weil viajaron rumbo a Alemania. Los demás tomaron dirección a París, desde donde saldrían hacia sus destinos finales.

Doce días después la misma estación, el mismo andén, el mismo tren. La soledad del día de su llegada era ahora contrastada por una estación abarrotada de periodistas y gente que le atosigan. Todo había cambiado y se disponía a emprender el camino inverso. Agobiado por la multitud que intentaba acercarse a él, su única salida era responder lo más rápidamente posible a los periodistas y subir cuanto antes al tren para poder huir de todo aquello. Esta vez tuvo mejor suerte, las autoridades le acomodaron en un compartimento privado en el que pudo descansar en una comfortable butaca, a diferencia de los fríos y duros bancos del viaje anterior.

Con la cabeza apoyada en el cristal del ventanal, su mirada se perdía entre las imágenes que pasaban a toda velocidad. Su mente intentaba huir de sus sentimientos de tristeza e intentaba imaginar de nuevo su paseo hasta la cochambrosa habitación de aquel viejo hotelillo de Marsella y proseguir su viaje junto a su amigo Georges Duraz, pero eso ya no iba a suceder. Su destino, su triste destino, era enfrentarse a los padres de Marie y entregarles a su hija fallecida. Ese trance le angustiaba y por momentos deseaba no haberse comprometido a retornar sus restos. Su cabeza rumiaba, «¿Qué les iba a decir? ¿Quién era él para haberse hecho cargo de su hija? Él no era más que un perfecto desconocido para Marie, alguien a quien ella jamás había visto y que de repente irrumpió en su vida como si la conociera desde siempre». Poco a poco, con el paso de las horas y el relajante traqueteo del tren, logró dormirse. De vez en cuando sus pesadillas le arrancaban de su fugaz sosiego, esas en las que una y otra vez aparecía Marie y sus angustiosos instantes

antes del salto al enfurecido mar, aquellas caras, aquellos ruidos o aquellos terroríficos *flashes* que tozudamente volvían a su mente. El viaje duró toda la noche.

A su llegada a la estación de París, de nuevo le esperaba un grupo de periodistas ansiosos de que les volviera a repetir una y otra vez lo ocurrido, que les narrara cómo había logrado saltar y nadar hasta las rocas, cómo pudo trepar por el acantilado. Cómo y porqués que no tenían explicación, hechos angustiosos que ya había relatado montones de veces. De repente, de entre la nube de periodistas le rescató un viejo conocido del departamento de aduanas, quien le sacó de la estación y le llevó hasta la central, a la espera de la salida de su tren con destino a Épinal. Esa misma mañana ese tren iba a partir y recorrer los casi cuatrocientos kilómetros hasta llegar a su destino, entrada ya la noche.

—Bueno, M. Bodez, ya hemos leído suficiente sobre su desafortunado viaje, no querría importunar más sobre ello —dijo M. Delanney, director general de aduanas francesas—. Siento mucho la pérdida de Georges Duraz; como bien sabe, le apreciaba mucho.

—Sí, señor, fue un gran amigo para mí también.

—Me he permitido la licencia de hacerle venir hasta la central. He pensado que estaría más tranquilo aquí que en la estación a merced de los curiosos.

—Se lo agradezco mucho, señor. Desde mi llegada a Marsella me siento muy abrumado con tanto revuelo a mi alrededor. No estoy acostumbrado a esto, llevo muchos días de tensión y nervios, y necesito aislarme de este jaleo.

—Dadas las excepcionales circunstancias, había pensado que se cogiera un tiempo para descansar y ordenar un poco su vida. Tras ello, ¿qué le parece si se incorpora a la agencia en Épinal?

—¿En Épinal? —respondió con disgusto Marcel.

—Sí, ¿no le parece bien? ¿No es usted de allí?

—Sí, sí... Pero, la verdad, si fuera posible, preferiría estar cerca de mi madre. Además, en Épinal... ahora tan solo tengo malos recuerdos.

—¿Dónde está su madre Sr. Bodez?

—Actualmente vive en Le Havre.

—De acuerdo, miraré si puede incorporarse a un puesto allí.

—Gracias, señor. Se lo agradezco mucho.

Marcel aprovechó para salir a un café cercano al que solía acudir a desayunar en su época en París. Con unos deliciosos *croissants* y un café con leche muy caliente tuvo tiempo de ojear alguno de los antiguos periódicos que estaban amontonados en un revistero y buscar referencias sobre el naufragio. Para su sorpresa, aparecía su cara en varios de ellos acompañada de su nombre escrito en grandes letras. En los periódicos más importantes del país, como *Le Petit Parisien*, *Le Matin* o *La Presse*, aparecía la noticia en primera plana, así iba sucediendo desde la catástrofe.

En su interior, los reportajes sobre los acontecimientos entretenían a sus lectores, Chanzy... Bodez... Menorca... muerte... Marcel empezaba a ser consciente del revuelo que había causado el accidente en todo el mundo y uno de sus principales protagonistas, involuntariamente, era él. Al rato apareció por el café su colega para acompañarle de nuevo a la estación. En un rato iba a salir su tren y seguro que los periodistas ya se habían dispersado. Durante el trayecto, a través de la ventanilla del coche que le llevaba hasta la estación, iba reconociendo lugares a los que en más de una ocasión había estado junto a Georges. Marcel recordaba melancólicamente sus aventuras por París de la mano de Duraz y de su prometida, Sarah.

—¡Pare un momento en esta oficina de telégrafos, por favor!
—pidió Marcel—. Me gustaría enviar un telegrama a mi madre.

—De acuerdo, pero no se entretenga mucho, en poco más de media hora sale su tren.

«Querida madre, estoy en París, viajo hoy a Épinal. Tras el entierro me reuniré con usted. Un abrazo. Marcel».

El trayecto en el tren fue de nuevo largo y pesado, ratos de aburrimiento, otros de somnolencia y, por supuesto, otros de angustia por tener que afrontar a los padres de Marie.

La familiaridad de la estación hizo que se le acelerara el corazón. Lentamente, el tren se fue deteniendo y su mirada buscaba tras el cristal el gentío que, de nuevo, le tuviera a él como objetivo. Al detenerse todo parecía estar tranquilo, no había periodistas ni curiosos esperando. Para su sosiego, parecía que se habían olvidado de su llegada. Marcel cogió su chaqueta, que para entonces era su único equipaje, y se apeó del tren. Había poca gente en el andén, tan solo los que se apeaban de los demás coches e iban caminando por el corredor en dirección a la salida. Al vaciarse el apeadero, entre los últimos chorros de vapor, apareció el funcionario que había acompañado el féretro de Marie. Este se dirigió hacia un pequeño grupo de gente que esperaba en una zona apartada en el *hall* de la estación. El chico supuso que debían ser los familiares de Marie. Aliviado en parte por la ausencia de gentío, fue acercándose tímidamente hasta el grupito de gente con el que estaba charlando el funcionario.

—Usted debe ser M. Bodez, ¿verdad? —preguntó amablemente un hombre.

—Sí, soy Marcel Bodez.

El hombre abandonó el grupo y le salió al paso. Tras él, una mujer.

—Soy Jules Crespel —dijo, extendiendo su mano hacia la de Marcel—. Esta es Manon, mi esposa.

El afable gesto de aquel hombre calmó el nerviosismo que frente a ese trance le atosigaba desde su llegada a Francia.

—Mucho gusto, señores. Me sentía un poco angustiado ante este encuentro.

—No se preocupe, M. Bodez. Le agradecemos mucho su labor en busca de nuestra hija y que nos mantuviera informados. Por desgracia, el final para nosotros ha sido desastroso.

—Ante todo, quiero transmitirles mi más sentidas condolencias...

—Gracias, M. Bodez. Dígame... —habló la mujer

—Marcel, llámeme Marcel, por favor, señora —interrumpió el chico.

—Dígame, Marcel: ¿de qué conocía a Marie?

—No sé si saben que yo también soy de Épinal.

—Sí, sí, lo hemos leído en la prensa —interrumpió el hombre

—Pues yo la había visto algunas veces en la biblioteca de aquí, pero la conocí en el buque el mismo día del accidente. Estuve hablando con ella unas horas tras su trabajo y...

La conversación con los padres de Marie se interrumpió con la aparición de un par de hombres que iban empujando una camilla sobre la que reposaba el féretro de la chica. La emoción se apoderó del grupo de familiares.

—Un momento —dijo Marcel ante la marcha apresurada de los padres de la joven hacia el ataúd de su hija.

El chico se acercó a la madre y depositó en sus manos el anillo de Marie. La mujer rompió a llorar, agradeciendo con la mirada el gesto de Marcel.

Desde allí tomaron dirección al cementerio donde Marie fue sepultada. Esa noche Marcel volvió a dormir en su cama gracias a la llave que, unos meses antes, le había dejado a su vecina Julie por si acaso.

A la mañana siguiente, Marcel estaba nuevamente en la estación para reencontrarse con su añorada madre. Tras otro largo y tortuoso viaje consiguió por fin el anhelado abrazo con ella. Como en otras ocasiones, su charla se desarrollaba frente a un humeante café con leche, sentados alrededor de la acogedora mesa camilla.

—El barco se balanceaba mucho y costaba mantenerse en pie —contaba Marcel—. Yo estaba muy asustado, pero me calmaba ver que los camareros y los oficiales que iban por los pasillos se mantenían tranquilos. Cuando sonó el chirriar del casco, salté de mi cama y salimos a toda prisa del camarote hacia la cubierta superior. Era un caos: la gente gritaba, lloraba, muchos estaban paralizados... Tenía mucho miedo, madre, no sé qué me empujó a saltar

a aquel mar enfurecido que nos tenía atrapados frente al enorme acantilado, al que tenuemente se distinguía gracias a los focos del barco. No sé si hice bien, pero hice saltar a aquella chica con un crío en brazos. Al caer al agua, los perdí. ¡No los pude ayudar! — respiró hondo bajando la cabeza mientras su madre le acariciaba las manos intentando consolarlo.

Hacía frío, pero la sensación gélida que sentí al contactar con el mar fue terrible. Chapoteé en su busca, pero fue inútil. Nadé con todas mis fuerzas, parecía que no avanzaba y, de repente, una enorme ola me elevó limpiamente hasta lo alto de la orilla. Aquella noche deseé morir. Estaba solo en aquella maldita oscuridad; el estruendo del viento, del mar, el tremendo frío que me hacía tiritar sin control, sin nada con que cubrirme. Fue terrible.

Tras salir de aquel infierno, los días en la isla fueron muy largos. Me sentía contrariado y angustiado ante la realidad de que yo estaba vivo y, probablemente, aunque me resistiera a aceptarlo, todos los demás estarían muertos. He visto cosas que no podré olvidar nunca, no puedo apartar de mi memoria los cuerpos destrozados de aquellas personas que horas antes estaban junto a mí. Tampoco me podré olvidar de la chica con la que charlé durante un largo y agradable rato esa noche, no podré olvidar a Georges... Lo único positivo de todo esto es que el destino me llevó hasta una familia maravillosa que me trató como a un hermano, al igual que la gente de aquella pequeña población que me acogió y se volcó en el rescate de mis compañeros de viaje.

Marcel cogió unos días de descanso, pero pronto se animó a iniciar su nuevo periplo en la agencia de aduanas de Le Havre, donde le habían asignado plaza, casualmente, junto a su cuñado, que también era agente de aduanas.

Ya hacía varios días que Marcel había abandonado la isla y que Josep, tras aquellos intensos días en los que tuvo que delegar parte

de su labor en los chicos, había retomado su faena con normalidad. Ese día, además de surtir a sus clientas, tenía que acudir a casa del dueño de las tierras en las que trabajaba, ya que Son Escudero no le pertenecía. Su dueño formaba parte de una de las familias de linaje noble de la isla a las que alguno de los monarcas reinantes se las otorgó siglos atrás. Existía algún empresario que fruto de su trabajo había conseguido comprar algunas de estas tierras, pero el caso era raro y la mayoría seguían en poder de estas familias. Una vez al mes se reunían para pasar cuentas. El sistema que utilizaban para el desarrollo de la actividad de las fincas era el de que el payés tenía derecho a trabajar las tierras y a usar la vivienda destinada al campesino; a cambio, debía aportar la mitad de los beneficios que se producían con su labor, así como el mantenimiento tanto de su vivienda como la estancia de verano de los dueños. Por su parte, el señor corría con la mitad de los gastos que ocasionaba la actividad. Era un régimen conocido en la isla como *amitges*, a medias. Al cumplir con su compromiso mensual con el dueño de las tierras, acudió hasta el consulado en busca de noticias sobre su amigo francés.

—Buenos días, ¿cómo va?

—¡Hombre, Josep! Pues ya ves, muy liado con el tema de los restos del buque. Es el último fleco que queda pendiente y desde la compañía nos apremian a que cerremos el trato ya.

—Creía que estaba ya solucionado.

—No, en estos momentos se está pagando a una empresa para que recupere todo lo aprovechable. Las subastas quedaron desiertas, yo creo que pedían mucho, treinta mil francos..., pero ahora estamos en el tira y afloja con Arguimbau y Alzina, los de la naviera de aquí, ¿sabes? Con ellos estamos cerca de un acuerdo en veinticuatro mil quinientos.

—He oído que en una de las sacas han aparecido unos billetes de lotería.

—¡Sí! —rio Mir—. Treinta y dos billetes, ¡pero ya los han reclamado!

—¿Sabes algo de Bodez? —preguntó Josep.

—Me escribió un telegrama, que ya estaba en casa y que estaba bien.

Josep no contestó. Esperaba más que esas escasas líneas, así que se limitó a asentir. Tras despedirse, contrariado, abandonó la embajada en dirección a sus tierras.

En aquella época de principios de año, en el predio no había muchas cosas importantes que hacer, eran más trabajos de preparativos que de dura faena y, por supuesto, esperar a que los pastos crecieran: labores como la poda de los frutales y su abono, la reconstrucción de algún tramo de muro tumbado por la fuerza de las lluvias y el viento, hacer leña, el cuidado del pequeño jardín o el cultivo del huerto de invierno donde era el turno de coles, habas, lechugas, patatas, etc. A algunos de esos trabajos solía enviar a Sebastián. La faena en lo que al ganado se refería seguía siendo la parte más importante y es en la que se centraba Josep junto a Miquel. Pau solía ir tras ellos y no perdía detalle de lo que hacían. Ellos también le veían y le seguían el juego para normalizar su presencia, de esta manera intentaban que el chico cogiera confianza y no saliera corriendo.

CAPÍTULO DIECISIETE



Ciudadella, 17 de enero de 1913.

«Amigo Marcel, ¿cómo van las cosas? Espero que muy bien. Nos hizo mucha ilusión recibir tu carta de felicitación en Navidad. Eulalia se empeñó en leerla. Ha pegado un estirón y está muy alta; sigue en el colegio con sus estudios.

Por aquí las cosas marchan bien, todos estamos bien. Joana está consiguiendo muchos progresos con Pau, que también está muy crecido.

Ya nos ayuda en muchas labores de la finca y ha aprendido a hacer pan. Dice su madre que tiene muy buena mano para amasar. Miquel está trabajando tan duro como yo; con su ayuda hemos aumentado el rebaño de vacas con otras cuatro cabezas y los beneficios han aumentado considerablemente.

Por lo demás, la gente del pueblo ha cambiado mucho desde el naufragio, todo aquello ha dejado huella en el ánimo. En el cementerio hace ya unos meses que se inauguró un monumento en memoria de las víctimas del Chanzy. En cuanto a la isla, se está terminando de construir un faro muy

cerca de donde naufragasteis. También se están remodelando los que ya estaban construidos. Se ve que lo que me dijiste de las quejas de las autoridades francesas ha dado resultado. En cuanto a mí, todavía me cuesta olvidar aquellos días, a menudo se me vienen a la mente las imágenes de aquellos cuerpos flotando en el mar o de los que vimos en el suelo del cementerio. Supongo que tú debes seguir con tus mismas pesadillas. Aprovecho la ocasión para invitarte a visitarnos cuando te apetezca. ¡Un abrazo!».

JOSEP COLL MARQUÈS

A principios de octubre de 1913, Marcel Bodez, a bordo de un vapor procedente de Barcelona, entraba en el pequeño puerto de Ciudadela. En el muelle le esperaban Josep y Miquel. Tras un emotivo abrazo entre los dos amigos, empezó la visita del francés a la isla en la que la suerte y/o el destino hicieron que esquivase la muerte y fuese el único superviviente del naufragio de aquel barco en el que viajaba junto a otras ciento cincuenta y seis personas.

—¡Estás hecho un hombre! —dijo el francés al chico con un apretón de manos.

—Sí, ya lo ve, señor —respondió Miquel con una tímida sonrisa.

—Ya debes tener veinte años, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Cómo andas de novias? —rió Marcel.

—Ahí andamos —respondió entre una nueva y tímida sonrisa, algo cohibido por la presencia de su padre, que también sonreía.

—Marcel, vamos a subir hasta el consulado. El señor Mir me dijo que tenía algo para ti.

—¿Algo para mí? ¿Qué es?

—No te lo puedo decir, es una sorpresa —rió de nuevo Josep.

Los tres hombres subieron al carretón y enfilaron la cuesta del puerto hacia el interior de la pequeña ciudad, en dirección al domicilio del cónsul. Por el camino se iban poniendo al día sobre sus

asuntos y sobre sus nuevas vidas tras el naufragio. Aquella mañana del 11 de febrero el azar mezcló las vidas del joven náufrago con la de una familia que, unidos ante la adversidad, consiguieron forjar una relación de amistad y cariño. En pocos minutos llegaron a su destino. Mir, que estaba sentado en su despacho, les vio entrar y salió a recibirles.

—¡Hombre, Marcell! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo está? —saludó el cónsul con un nuevo apretón de manos.

—Muy bien, gracias. ¿Y usted?

—Perfectamente, Marcell. ¿Qué tal está su madre?

—Muy bien, está feliz, todo el día rodeada de críos. ¡Ya tiene tres nietos!

—Qué bien, me alegro mucho. Marcell, hace unos meses me trajeron algo que creo que le pertenece.

Entró de nuevo en su despacho y del cajón de su escritorio sacó un pedazo de tela doblado. Con una sonrisa de oreja a oreja lo depositó en manos del francés, que, sorprendido, miró a Mir y después a Josep.

—Ande, despliegue la tela, mire lo que guarda.

Despacio y con mucha delicadeza fue abriendo los pliegues del paño. «¿Qué demonios había allí dentro?». ¡Su sorpresa fue mayúscula! «Bodez», eso es lo que ponía la tapa del viejo reloj que había heredado de su padre y que daba por perdido.

—Lo encontraron los buzos ya hace algún tiempo.

Los trabajos de rescate de los restos del buque habían terminado hacía ya casi un año. De él tan solo quedaba parte de la estructura que no pudo ser desmontada o troceada por los buzos, el resto de lo que se llevó al fondo fue extraído y vendido por la empresa que se adjudicó la venta: motores, toneladas de acero y hierro, montones de maderas nobles que adornaban el magnífico comedor, los listones de teca de la cubierta y todo tipo de objetos y muebles, entre los que destacó el piano de pared del salón, el cual, a pesar de pasar varios días bajo el agua, pudo recuperar su sonido. También fue destacable un armario con cajones repletos de letras

de imprenta, a los que dieron uso durante decenas de años tras su recuperación.

Esos trabajos también dieron con los restos óseos de varias personas, los cuales fueron enterrados en el cementerio de Ciudadela, a los pies del panteón erigido en honor a las víctimas del naufragio del Chanzy. A pesar de ello, a menudo algunos aprovechados solían bajar en busca de los pequeños tesoros que las mareas dejaban al descubierto tras alguna tempestad. Uno de esos buzos encontró el reloj de Bodez; al reconocer la inscripción, se lo entregó al cónsul para que se lo devolviera.

Marcel abrió la tapa. En su interior, la maltrecha foto apenas dejaba distinguir algún resto de la imagen de sus padres. El dial estaba manchado de óxido, aunque las manecillas parecían intactas. Intentó darle cuerda, pero la corona estaba fija, no conseguía que rodase y no la forzó.

—Llevaba casi tres años allí abajo, no creo que tenga arreglo. Por lo menos aquí intentamos arreglarlo para mandárselo en funcionamiento, pero el relojero no quiso abrirlo al haber estado tanto tiempo sumergido. A lo mejor en Francia tiene mejor suerte.

—Da igual si funciona o no, me basta con volver a tenerlo. ¡Muchas gracias!

Tras la visita al cónsul, Josep le propuso acudir al cementerio a ver el monumento que se había erigido en memoria de las víctimas del naufragio. Marcel aceptó con agrado y se empeñó en ir hasta allí paseando. Deseaba volver a recorrer las callejuelas de la pequeña ciudad que tanto le habían cautivado cuando las recorría en espera de que el tiempo amainara y permitiera el rescate de sus compañeros de viaje.

Desde la casa del agente consular, su paseo se inició por la gran plaza del Borne, desde cuyo mirador se podía contemplar el pequeño puerto, ahora prácticamente vacío en comparación con aquellos días. Recorriendo las estrechas callejuelas, volvía a pasar frente a algunos de los palacios, frente a iglesias, a mercados y, a su paso, la gente que no se había olvidado de él le iba saludando. Marcel, sorprendido, iba correspondiendo. Poco a poco, su paseo

los llevó hasta su destino. En silencio entraron en el cementerio, un escalofrío recorrió su cuerpo y los recuerdos retornaron a su mente. Josep le condujo hasta el lugar donde se había erigido el monumento. Ante ellos, un panteón de unos cuatro metros de altura presidido por un gran ángel de piedra blanca sobre una atalaya de rocas. Su mano izquierda sujetaba un ancla y, en el centro de una gran cruz que sobresalía de entre sus alas, una rueda salvavidas con la inscripción «Général Chanzy 1910». A sus pies, sobre la atalaya, un relieve de piedra del *liner* en el momento de su colisión contra los peñascos. La lápida que cerraba la fosa tenía una inscripción en castellano y en francés: «A las víctimas del naufragio del vapor, 10 febrero / Aux victimes du naufrage du vapeur, Général Chanzy, 10 Février MCMX». En la fosa bajo los pies del ángel fueron depositados los restos de los cuerpos que quedaron en Ciudadela.

Tras un rato en silencio frente al panteón, resurgieron de su pequeño trance.

—Hace unos meses asistí a la inauguración de un monumento en memoria de los artistas de la *troupe* que murieron aquí. Lo erigieron en los jardines de una residencia para artistas jubilados en Ris-Orangis, en Francia —dijo el francés.

—Tanto el ángel del cementerio como la cruz erigida en Torre Nova se han levantado con las donaciones de la ciudadanía de Menorca.

—Me ha llamado la atención que la gente me reconociera por la calle, ya ha pasado mucho tiempo...

—Aquel mes de febrero de 1910 marcó a los habitantes de esta ciudad. El hecho de que la prensa internacional tachara a Menorca como la «isla de la muerte» no nos sentó nada bien. ¡Sin duda alguna, la dejadez de las autoridades españolas en cuanto a la isla es muy evidente y hasta que no ocurre algo grave nos ignoran! —expuso un tanto cabreado Josep.

—¡Ah! Por cierto, Josep, toma, te debo esto desde hace tiempo —dijo el francés, sacando de su bolsillo mil pesetas que había conseguido cambiar en Barcelona antes de zarpar.

—No, no hace falta que me lo devuelvas, y además no te dí tanto.

—Lo sé, pero te pago con intereses—volvió a reír el francés—. Ya te dije que volvería a saldar mi deuda

Al salir del recinto del cementerio montaron en el carretón en el que les esperaba Miquel. El chico había aprovechado el tiempo en atender las comandas que esa mañana debían entregar a sus clientes. De allí se dirigieron a Son Escudero. A medio día aparecieron en la finca. Pau los había visto de lejos. Nada de lo que pasaba en la finca se le escapaba, lo tenía todo controlado: sabía el número de reses, cuántas vacas, cuántos corderos, cuántas cabras, cerdos, gallinas..., sabía cuándo nacían, cuándo comían, dónde pastaban... Lo sabía todo y lo tenía todo anotado en su ordenado cuaderno. Pau hacía que Son Escudero fuera una finca diferente a las demás; le obsesionaba el orden y la limpieza, eran pequeñas o grandes manías que contagiaba al resto de la familia y que, poco a poco, todos fueron asumiendo como suyas.

Enseguida se dejó ver; él sabía que Marcel iba a visitarlos porque su madre se lo había anunciado el día antes. El francés pronto se percató de su presencia y dejó que el chico se le fuera acercando. Un choque de palmas sirvió como saludo. Agachado frente al chico, el francés extendió los brazos ofreciéndole un abrazo. Pau dudó, pero finalmente aceptó abrazarle. Tras ello, Pau continuó a lo suyo, Marcel le siguió con la mirada y dirigió una enorme sonrisa de satisfacción a Joana, que había observado con atención la escena. No tardó mucho en llegar Eulalia, que al bajar de la bicicleta corrió a abrazar al visitante. Su partida de damas terminó con una nueva derrota del francés y una nueva sonrisa de satisfacción por parte de la cría; esta había practicado mucho más que él.

Como en otras ocasiones, sentados a la mesa, volvieron a disfrutar con una de las maravillosas viandas que Joana bordaba como nadie. A la hora del postre Marcel imploró, entre bromas, deleitar su paladar con lo que llevaba años anhelando: una gran rebanada de pan con su queso curado cubierto del delicioso *figat*.

Su cara de placer hizo sonreír a Pau, contagiado por las risas de los demás. Tras el almuerzo, junto al humeante café, charlaron largo rato sobre el impacto que había provocado el suceso en la pequeña población.

Durante una buena temporada, el asunto primordial de las conversaciones en las calles era las consecuencias producidas por el déficit de infraestructuras que afectaban a todos los niveles, tanto en lo económico, con tremendas trabas para la importación y exportación de materias primas y alimentos, así como también en lo concerniente a la seguridad en las costas, que había acostumbrado a la población a los continuos desastres navales.

Finalizada la entretenida charla, enfilaron el conocido sendero hacia los acantilados. Marcel y Josep seguían hablando de sus cosas. Marcel le iba explicando sus planes junto a su nueva compañera, con la se pensaba casar en los próximos meses. En cuanto a su trabajo, había pedido el traslado a París; su estancia en la capital francesa en los primeros días como agente le habían marcado. Ansiaba volver a aquella intensa vida, se había cansado ya de la aburrida ciudad de Le Havre en comparación con esta.

Al llegar al lugar, en lo alto del acantilado, destacaba una gran cruz de hierro forjado sobre un pedestal de piedras erigida pocos meses después del naufragio. A sus pies, una pequeña placa en recuerdo a las ciento cincuenta y seis personas que viajaban en el barco, ciento treinta y una de las cuales no pudieron ser rescatadas y reposan allí abajo junto a lo que resta del *liner* Général Chanzy. Las muestras de generosidad de aquel pequeño pueblo de Ciudadela y del resto de las poblaciones de la isla quedaron patentes en las numerosas donaciones de personas de toda condición, con las que se ha conseguido mantener en la memoria lo ocurrido.

Desde lo alto del acantilado iban reconociendo aquellos recovecos que tantas veces habían escudriñado con esmero en busca de algún rastro de su «chica de la biblioteca».

—Me comentaron desde la Transat que un mecánico marsellés enrolado en el Chanzy el día del naufragio, un tal Lorenzetti, a

finales del siglo pasado, había sobrevivido a otro naufragio en el Atlántico. Esta vez no corrió la misma suerte.

Tras un rato en el lugar, recorrieron la pequeña distancia que separaba el fatídico lugar del naufragio del edificio que se acababa de construir en Punta Nati para albergar un nuevo faro, el cual había sido dotado de un moderno mecanismo que utilizaba luces de incandescencia por vapor de petróleo. Junto al renovado del Cap de Cavalleria y al construido en 1922 en el cabo más oriental, en el Cap de Favaritx, se subsanó la desastrosa deficiencia de señalización lumínica de la costa norte menorquina. El plan de faros aprobados por el Ministerio de Fomento también llevó a cabo la remodelación de los dos faros del sur de la isla: el de la Illa del Aire y el de Cap d'Artruix.

Marcel Bodez fue el centro de atención de la prensa francesa durante muchos meses, llegando a grabar una entrevista sobre lo ocurrido en la costa norte de Menorca y que se pasó subtitulada en muchos cines de Francia. Durante ese tiempo fue un personaje muy célebre en el territorio francés. Al cabo de unos meses de su visita a Menorca se casó con su prometida, Georgette, con la que tuvo dos hijos. Un año después se reencontró con el viejo Fiquet, que tuvo que regresar durante unos días al viejo continente debido a la grave enfermedad de su madre. Su emocionante encuentro tuvo lugar en Remiremont, donde vivía esta.

Tras un periplo por diferentes ciudades de Francia, a finales de 1937 embarcó de nuevo para retomar su viaje a Argelia, donde tomó posesión de su plaza como agente de aduanas con veintisiete años de retraso. Allí volvió a ver a Sarah, con quien se había escrito en varias ocasiones a partir de su primer contacto unos días después del accidente. Cinco años más tarde se retiró con cincuenta y seis años y se instaló en Neufchâteau, muy cerca de su ciudad natal, donde vivió el resto de su vida. Falleció el 15 de febrero de 1978, a los noventa y dos años.

Por su parte, Josep y su familia cambiaron de tierras y se pusieron al mando de una finca en el vecino pueblo de Ferreries, de donde Josep era oriundo. Trabajaron duro y prosperaron. Miquel se casó y siguió trabajando junto a su padre hasta el retiro de este, cogiendo él el relevo junto a sus hijos. Eulalia demostró lo lista que era consiguiendo llegar a formarse como maestra y dar clases en la escuela a la que había acudido de cría. Pau estuvo toda su vida al cobijo de su madre, la cual dedicó gran parte de sus esfuerzos a su cuidado. Esos esfuerzos dieron resultados al conseguir que el chico trabajase en el predio al cuidado de los animales, manteniendo, claro está, su empeño en cuanto a la limpieza y al orden. Su pericia con los lapiceros siguió encandilando a su madre. Joana continuó al frente de la familia; gracias a la tenacidad y el trabajo de estas mujeres del campo se conseguía que el engranaje de las fincas funcionara. Josep continuó trabajando en el predio hasta que sus fuerzas se lo permitieron. Su contacto con el francés siguió por carta a lo largo de los años, volviéndose a ver por última vez el 10 de febrero de 1950, en la conmemoración del cuadragésimo aniversario del naufragio. Pocos años después de ese último abrazo entre los dos amigos, el 12 de enero de 1953, Josep falleció a los ochenta y cinco años.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Mi más profundo agradecimiento a Antonio Camps y a Alfonso Buenaventura por su magnífico y laborioso trabajo de investigación, el cual dio pie a que me animara a escribir esta novela. De igual modo, a Toni Bonet, Marc Pallicer, Xec Riudavets y Samu Carreras, que me han acercado a la cultura y costumbres de aquella Menorca de principios del siglo XX, en la que transcurrieron los hechos.

Esta edición se terminó
de imprimir
en España
en abril de 2025

